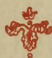

3 1761 09545924 4





G. MARTINEZ SIERRA



CANCION DE CVNA



PRIMAVERA EN OTOÑO



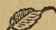
LA SUERTE DE ISABELITA



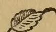
LIRIO ENTRE ESPINAS

G. MARTINEZ SIERRA

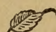
CANCIÓN DE CUNA



PRIMAVERA EN OTOÑO



LA SUERTE DE ISABELITA



LIRIO ENTRE ESPINAS



RENACIMIENTO

MADRID — SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES — LIBERTAD, 172

1915

A JACINTO BENAVENTE

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRENTA RENACIMIENTO. — SAN MARCOS, 42.

CANCION DE CUNA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el TEATRO DE LARA el 21 de Febrero de 1911

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOR JUANA DE LA CRUZ (18 años).	Concepción Ruiz.
TERESA (18 íd.)...................	Mercedes Pardo.
LA PRIORA (40 íd.)..........	Joaquina del Pino.
LA VICARIA (40 íd.).............	Leocadia Alba.
MAESTRA DE NOVICIAS (36 íd.).	Asunción Echevarría.
SOR MARCELA (19 íd.)...........	María Luisa Moneró.
SOR MARIA JESÚS (19 íd.).......	María F. Rosala.
SOR SAGRARIO (18 íd.)..........	Mercedes Latorre.
HERMANA INÉS (50 íd.)..........	Carmen Seco.
HERMANA TORNERA (30 íd).....	Sara Esteban.
LA DEMANDADERA.....	Cecilia Recatero.
EL MÉDICO (60 íd.)...............	Francisco Palanca.
ANTONIO (25 íd.)..	Luis Manrique,
EL POETA.........	Alfonso Muñoz.
UN HOMBRE DEL PUEBLO......	Enrique Rodríguez.

Dos celadoras y varias monjas más.

ACTO PRIMERO

Rincón de claustro en un convento de monjas dominicas.—Paredes blanqueadas, y suelo de ladrillos. — En la pared de la derecha, portón con portillo que comunica con el exterior: sobre el portón, campana para llamar desde la calle.—A un lado del portón, torno.—Cerca del torno, mesita de pino.—Por las peredes del claustro, algunos cuadros viejos.—Por los arcos se ve un jardín pobre con pozo en el centro.—Hay plantadas en él verduras, algunos árboles frutales y unos cuantos rosales: en los poyos de los arcos, macetas de rosas, claveles, albahaca, hierba-luisa, sándalo y balsamina. Algunos bancos de madera, sillas de paja y tres sillones.

Al levantarse el telón, la Madre Priora estará sentada en un sillón. La Maestra de Novicias y la Vicaria en otros dos sillones. Las demás Monjas las rodean, unas sentadas en los bancos, otras en los poyos de los arcos, algunas en el suelo sobre ruedos de pleita, y otras en pie. Hay mucha animación y alegría.

SOR SAGRARIO

¡Sí, sí, que los diga!

SOR MARCELA

¿Verdad que sí, Madre?

PRIORA

Dígalos, dígalos, ya que los ha compuesto.

SOR JUANA

Me da mucha vergüenza.

MAESTRA

Esas son tentaciones de amor propio, hija mía.

VICARIA

Y el primer pecado del mundo fué la soberbia.

SOR JUANA

Es que están muy mal, y se van á reir todas de mí.

VICARIA

Con eso se mortifica la vanidad.

MAESTRA

Además, que aquí no estamos en ninguna Academia, y lo que nuestra Madre ha de ver en ellos es la intención.

PRIORA

¡Vaya, vaya, no sea melindrosa!

SOR JUANA

Recitando.

A nuestra amadísima Madre en el día de su Santa Patrona:

Reverenda madre:
En tan fausto día,
á felicitarla
acuden sus hijas.
Ovejuelas somos,
que bajo su guía,
buscamos del cielo
la senda escondida.
A un lado las rosas,
á otro las espinas.
En lo alto del monte,
Jesús y María.
A Jesús le pido
cien años de vida,
y á su dulce Madre
cien años de dicha,
para que los goce
en santa alegría
que bien lo merece
mi madre querida.

Las monjas palmotean y hablan todas á un tiempo.

VARIAS

¡Bien, muy bien!

OTRAS

¡Ay, qué bonitos!

TORNERA

¡Si parecen los gozos de la Virgen del Carmen!

INÉS

Con mala intención.

Los habrá copiado de alguna novena.

SOR JUANA

Envalentonada por el triunfo

¡Viva nuestra Madre!

TODAS

Con alborozo.

¡Viva!

PRIORA

Vaya, vaya, no se me alboroten... Muy lindos. Muchas gracias, hijita. No sabía yo que teníamos un poeta en casa. Ya me los pondrá en un papel para que yo los lea.

SOR JUANA

Ya están puestos, reverenda Madre. Si su reverencia se sirve aceptarlos.

Le ofrece un rollo de papel pergamino, atado con primorosos lazos azules. En él están escritos los versos, dentro de una orla de flores, palomas y corazones, pintada á mano.

PRIORA

Deshaciendo el rollo.

¡Jesús, qué bien escritos y qué orla tan linda! ¿También sabe pintar?

SOR JUANA

¡No, reverenda Madre! Los ha copiado Sor María.

Jesús, y la orla la ha pintado Sor Sagrario. Sor Marcela ha hecho los lazos.

SOR MARCELA

Con eso es un recuerdo de todas sus novicias.

PRIORA

¡Y yo sin enterarme de nada! ¡Miren qué disimulo han tenido las benjaminas!

SOR JUANA

Teníamos permiso de la madre Ana de San Francisco. Ella nos dió la cinta y el pergamino.

PRIORA

¡Muy bonito! ¡También sabe guardarme secretos la señora maestra de novicias!

MAESTRA

Un día es un día...

SOR JUANA

Y hoy se perdona todo.

PRIORA

Sonriendo.

El pecado no es grave.

VICARIA

Agriamente.

Con tal de que no vayan á sacar vanidad de sus habilidades. La Santa madre Teresa de Jesús, nunca quiso

que hubiera labor curiosa en manos de sus hijas. El Malo nos combate por donde menos lo pensamos, y no están bien primores del siglo donde se han hecho votos de humildad y pobreza.

MAESTRA

Alabado sea Dios, Madre Vicaria; ¡no le busque su reverencia tres pies al gato!

SOR MARCELA

Escandalosamente.

¡Ja, ja, ja!

VICARIA

¡Qué risita más inoportuna!

SOR MARCELA

Fingiendo humildad, pero riéndose con disimulo

Perdone su reverencia, que ha sido sin querer. Servidora tiene muchas veces tentaciones de risa y no lo puede remediar.

VICARIA

Mordiéndose la lengua, se remedia.

SOR MARCELA

¡Ay, no lo crea su reverencia!

PRIORA

Decidiéndose á intervenir.

Vaya, vaya, no sea respondona, que hoy no quiero castigar á nadie.

VICARIA

Murmurando.

¡Ni hoy, ni nunca!

PRIORA

Quemada.

¿Qué quiere decir su reverencia con eso, Madre Vicaria?

VICARIA

Muy humilde.

Lo que todas sabemos, reverenda Madre. Que la bondad de vuestra reverencia es inagotable.

PRIORA

¿A su reverencia le pesa que lo sea?

VICARIA

Remilgada

Por mí no, que, con la ayuda del Señor, procuro cumplir mi obligación, ajustándome á la letra y al espíritu de nuestra Santa Regla; pero no faltará quien, alentada por tanta indulgencia, pueda resbalar y aun caer...

PRIORA

¿Es que tiene su reverencia algo que proclamar determinadamente? Si es así, hable.

VICARIA

Vengo observando, y el Señor me perdone la malicia, que, de algún tiempo á esta parte, en la comunidad

abundan esas "tentaciones de risa" de que habla So-Marcela. Y esto, unido á otras manifestaciones de regocijo, no menos extemporáneas, demuestra cierto relajamiento en la virtud de la circunspección.

PRIORA

No se preocupe por eso. La Providencia se ha servido últimamente traernos al rebaño ovejuelas jóvenes, y triscan un poquillo por los prados del Señor; pero no llevan malicia las pobres. ¿No es éste el parecer de la señora Maestra de novicias?

MAESTRA

Desde luego, reverenda Madre. *¡Gaudeamus autem in Domino!*

VICARIA

Vuestras reverencias sabrán lo que hacen: yo he cumplido con mi deber.

Suena la campana del torno. La Hermana Tornera, que es una viejecilla vivaracha, se acerca al torno después de hacer una reverencia á la Priora.

TORNERA

¡Ave María Purísima!

VOZ

Con voz bronca, dentro.

¡Sin pecado concebida! ¿Se puede hablar con la Madre Abadesa?

TORNERA

Diga qué se le ofrece, hermano.

VOZ

Pues de parte de la señora Alcaldesa, que los tenga muy felices, y que aquí tiene un recuerdo suyo, y que siente no venir en persona á felicitarla; pero que no puede por lo que ustedes saben *(La Priora suspira, levantando los ojos al cielo, y las demás hacen coro al suspiro),* y que, aunque pudiera por eso, tampoco podría, porque está en cama con el dolor que ustedes saben.

TORNERA

Todo sea por Dios. ¿No mejora la pobre de sus dolencias? Dígale que esta tarde le mandaremos un tarrito de ungüento de Santa Clara, y que estas pobres monjas no la olvidan en sus oraciones. Aquí quedan pidiendo por ella para que el Señor le dé conformidad... ¡Ah!, y que la Madre agradece muchísimo el obsequio. Vaya con Dios, hermano.

Acercándose al grupo con el cesto que ha cogido del torno.

¡Pobre señora! ¡Cuántas tribulaciones le da nuestro Señor sobre la cruz del matrimonio!

PRIORA

Para ella, más pesada que para nadie. Tan piadosa la pobre, y casada con un liberalote.

MAESTRA

Y que desde que tiene la sartén por el mango se ha

desatado el hombre. ¿Oyeron vuestras reverencias ayer á media tarde repicar las campanas de la parroquia? Pues es que el muy hereje las mandó voltear porque en las elecciones de Madrid sacaron mayoría los republicanos.

TODAS

¡Jesús, Jesús!

VICARIA

¿Y el párroco lo ha consentido?

INÉS

Otro que tal el párroco, y el Señor me perdone si falto á la caridad. ¿Saben vuestras reverencias lo que ha tenido el valor de decirle á este pobre capellán nuestro, que es más bueno que el pan? Pues le ha dicho que él es más liberal que el alcalde, y que el día menos pensado canta en misa mayor el prefacio con la música del himno de Riego.

PRIORA

¡Calle, calle, no diga herejías!

MAESTRA

Esas son calumnias de gente mal pensada...

INÉS

¡Ay, no; me lo ha contado á mí el propio don Calixto esta mañana, mientras se revestía para celebrar! Por cierto que á la casulla blanca hay que ponerle nueva la tira del centro.

PRIORA

¿Otra vez?

INÉS

Otra vez: está hecha una lástima; el pobre don Calixto es tan fervoroso, que muele la seda á golpes de pecho.

VICARIA

¡Todo sea por Dios! Es un santo.

PRIORA

Y á todo esto no hemos visto el obsequio de la señora alcaldesa. Acérquelo, hermana.

SOR SAGRARIO

¡Ay, qué cesto tan grande!

TORNERA

Pues pesa muy poco.

SOR MARÍA JESÚS

¡Serán merengues!

INÉS

¡Ya salió la golosa!

SOR MARÍA JESÚS

¡Como si ella aborreciera el dulce!

SOR MARCELA

¡Vamos, hermana Inés, que bien le gusta rebañar el perol de cuando en cuando!

INÉS

¡¡Rebañar el perol!! ¡Servidora rebañar el perol! ¡Ay, Jesús dulcísimo, qué falsedad tan grande!

PRIORA

No se disguste, que ha sido broma. ¡Ay, Sor Marcela, Sor Marcela, tenga un poco más de formalidad y pídale perdón á la hermana!

SOR MARCELA

Arrodillándose delante de la monja.

Perdóneme, hermana, para que Dios la perdone, y haga la caridad de dejarme que le bese la mano en desagravio de haberla ofendido.

PRIORA

Así han de ser mis hijas, humildes. Hermana Inés, dele á besar la mano á Sor Marcela, ya que lo pide tan humildemente!

SOR MARCELA

Besándole la mano con encarnizamiento.

¡Ay, qué olor á vainilla tan rico le echa este dedo, hermana! ¡De seguro tenemos natillas de postre!

Risa homérica de todas las monjas.

INÉS

Rompiendo á llorar de rabia.

¡A mí, á mí! ¡A vainilla! ¡Madre de los Dolores...! ¡Cuándo se oyó tal!

PRIORA

Imponiéndose seriedad.

Sor Marcela, tiene usted el demonio en el cuerpo, el Señor me perdone. Vaya usted á arrodillarse en un rincón, de cara á la pared, con los brazos en cruz, y rece usted una estación mayor al Santísimo.

SOR MARCELA

Con muchísimo gusto, reverenda Madre...

Va á arrodillarse en el rincón, pero á cada momento vuelve la cabeza, saca la lengua y se sienta en el suelo como si se cansara.

PRIORA

¡Vaya, hermana, destape ese cesto y veamos qué hay!

TORNERA

Con su licencia, reverenda Madre. ¡Ay, si es una jaula!

SOR SAGRARIO

¡Con un canario dentro!

TODAS

¡Un canario, un canario! ¡A ver, á ver!

MAESTRA

¡Qué lindo!

SOR MARÍA JESÚS

¡Qué bonito!

SOR JUANA

¡Si parece de seda!

INÉS

¿Cantará?

PRIORA

Claro que cantará; no nos iba a enviar la señora alcaldesa un canario mudo.

SOR SAGRARIO

¡Ay, la jaula! ¡Miren qué adorno tiene con alambre dorado!

MAESTRA

No es adorno, son letras.

SOR MARÍA JESÚS

¡Ay, sí, sí! ¡A ver qué dicen!

MAESTRA

Convento de Religiosas Dominicas.

INÉS

¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia!

VICARIA

Si es más buena que el pan la pobre señora.

PRIORA

No podía habernos regalado cosa más de mi gusto. Precisamente estaba yo loca por un canario.

INÉS

Dicen que las monjas carmelitas tienen dos primorosos, y que el año pasado por Jueves Santo los colgaron en el Monumento y daba gozo oirlós.

MAESTRA

Pues si éste canta bien, le colgaremos nosotrás este año, y quitamos la caja de música.

PRIORA

Eso no, que la caja de música es regalo del señor capellán, y con razón se ofendería. Habrá caja y canario. Con las sonatas se animará á cantar el animalito...

SOR JUANA

¡Ay, cómo se baña!

SOR SAGRARIO

¡Y cómo se sacude!...

PRIORA

¡Qué cosas hace Dios!

VICARIA

¡Y luego hay desdichados que dicen que el mundo se ha hecho solo!

INÉS

¡Sor Marcela me ha sacado la lengua!

SOR MARCELA

¡Ay, reverenda madre, es incierto!

VICARIA

¡Cómo incierto, si lo he visto yo con estos ojos que ha de comer la tierra!

SOR MARCELA

Digo que es incierto que se la haya sacado á la hermana. La saqué porque se me puso una mosca en la punta de la nariz, y como tengo los brazos en cruz, con algo la había de espantar.

SOR JUANA

Reverenda Madre, por ser el día de su Santa Patrona, levántele el castigo á Sor Marcela.

SOR MARÍA JESÚS

Sí, reverenda Madre, nosotras le fiamos que no vuelve á hacer ninguna travesura.

PRIORA

La hermana Inés, que ha sido la ofendida, es quien tiene que pedir el perdón.

NOVICIAS

Lo pide, lo pide; ¿verdad, hermana Inés?

INÉS

Con mal gesto.

Perdónela si gusta su reverencia.

PRIORA

Ea, pues venga acá, diablejo malo. Sepa que la perdono por ser el día que es y por no desairar á sus hermanas.

SOR MARCELA

Dios se lo pague.

PRIORA

Póngase derecha esa toca, que siempre parece que va á echar á volar. Y ahora cada una á su oficio. ¿Qué están ahí murmurando?

SOR SAGRARIO

No murmuramos, Madre; es que queríamos pedirle una cosa.

SOR MARÍA JESÚS

Y nos da reparo.

PRIORA

¿Tan atrevida es?

SOR MARÍA JESÚS

Atrevida, no; pero...

SOR JUANA

Ya se lo figura su reverencia...

PRIORA

¿Servidora? No, por cierto.

SOR SAGRARIO

Pues que lo diga nuestra Madre Maestra.

MAESTRA

¿Servidora?

NOVICIAS

¡Sí, sí!

MAESTRA

Alabado sea Dios. Como saberlo, no lo sé de cierto; pero me figuro que lo que desean es que, atendiendo á la festividad, la reverenda Madre les conceda un ratito de *parleta*. ¿Es eso?

NOVICIAS

¡Sí, sí, sí!

SOR MARCELA

¡Viva nuestra Madre Maestra!

PRIORA

¡Silencio, silencio! ¿Aun no tienen bastante con lo que esta mañana llevan hablado?

VICARIA

El apetito siempre pide más. Es corcel indómito, y ¡ay de quien le afloja las riendas! Si en mi mano estuviera, no daría ocasión á posibles deslices. El Apóstol Santiago dice bien: "¡Aquel que diga que por la lengua no delinquió, miente!"

SOR MARCELA

¡Ay, Sor Crucifixión, no quite su reverencia la voluntad á la Madre!

VICARIA

¿Servidora? ¡Qué vale mi opinión en esta casa!

PRIORA

¿Me prometen no ofender al Señor con murmuraciones ni palabras disipadas?

NOVICIAS

Lo prometemos.

PRIORA

Siendo así, hablen cuanto gusten, hasta la hora del rezo.

NOVICIAS

¡Gracias, gracias!

Suena la campana de la puerta.

TORNERA

Dos golpes. ¡El médico!

PRIORA

Cúbranse.

Las monjas se echan los velos por la cara.

Y quítense del paso.

Las monjas desaparecen como fantasmas.

SOR SAGRARIO

Acercándose.

Reverenda Madre: servidora tiene un panadizo.

PRIORA

Quédese entonces... y usted también, Sor María Jesús.

A la Tornera.

Abra, hermana.

La hermana Tornera abre, y entra el Médico; tiene muy cerca de sesenta años.

TORNERA

Ave María Purísima.

MÉDICO

Sin pecado... Buenos días, hermana.

TORNERA

Muy buenos, doctor.

MÉDICO

¿Cómo andamos de santidad hoy por la mañana?

TORNERA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

MÉDICO

Mucho, mucho.

Viendo á la Priora.

Felicidades, Madre.

PRIORA

¡Tan hereje y se acuerda del santo del día!

MÉDICO

Porque es santa, señora, porque es santa.

PRIORA

¡Ay, no me escandalice á mis novicias!

MÉDICO

¿Novicias? ¿Dónde, dónde? Ya lo decía yo al entrar. ¡A carne fresca me huele!

PRIORA

¡Don José, don José!...

MÉDICO

Ya me callo... Vamos á ver, ¿qué les duele á estas blancas corderas?

SOR SAGRARIO

Servidora tiene un panadizo.

MÉDICO

¡Miren qué picardía, en un dedo tan mono! Pues habrá que pincharlo, hermanita.

SOR SAGRARIO

Con susto.

¿Ahora mismo?

MÉDICO

No, señora; mañana, si no se resuelve esta noche con una cataplasma y cinco Padrenuestros. Ni uno menos, ¿eh?

SOR SAGRARIO

Con buena fe completa.

No, señor.

MÉDICO

¿Y esta otra?

PRIORA

¡Ay, doctor!, Esta me tiene muy preocupada: se me duerme en el coro, suspira sin motivo, llora sin fundamento, no le apetece comer más que ensalada...

MÉDICO

¿Cuántos años tenemos?

SOR MARÍA JESÚS

Diez y ocho.

MÉDICO

¿Cuántos llevamos en esta santa casa?

SOR MARÍA JESÚS

Dos y medio.

MÉDICO

¿Y cuántos nos faltan para profesar?

SOR MARÍA JESÚS

Otros dos y medio, si el Señor se digna concederle á esta humilde novicia la gracia de llegar á ser su esposa.

MÉDICO

A ver esa cara.

PRIORA

Levántese el velo.

Sor María Jesús se levanta el velo.

MÉDICO

No ha tenido mal gusto el Señor. Palidita, pero torneada.

TORNERA

¡Qué don José éste!...

MÉDICO

De modo que melancolía..., suspiros á deshora, desgana...; Pues no va á haber más remedio, hijita: una du-

cha bien fría todas las mañanas y un rato de gimnasia al aire libre.

TORNERA

Un poco escandalizada.

¡Gimnasia, don José!

MÉDICO

A no ser que prefiramos escribir una carta á la mamá para que nos lleve á casita y nos busque un buen novio.

SOR MARÍA JESÚS

¡Ay, don José, servidora tiene vocación de religiosa!

MÉDICO

Bien, bien; entonces, agua fresca, hijita. No hay otra terapéutica posible. Contra melancolía á los diez y ocho años, ó ducha ó matrimonio.

SOR SAGRARIO

Atreviéndose con candor

Y usted, que tanto predica, ¿por qué no se casa?

MEDICO

Porque tengo sesenta, hija mía, y hace ya más de quince que no estoy melancólico. Además, ¿con quién quieren ustedes que caiga, si todas las muchachas bonitas se vienen al convento?

PRIORA

¡Calle, calle, que me voy á tener que enfadar!

MÉDICO

¿No hay más enfermería ambulante?

PRIORA

No, señor.

MÉDICO

¿Y la fija?

TORNERA

Lo mismo; la pobre Sor María de la Consolación no ha pegado los ojos en toda la noche. ¿Se acuerda usted que ayer dijo que le mordía un perro en el estómago? Pues hoy dice que se le ha atravesado un sapo en la garganta.

MÉDICO

Vamos allá, vamos allá... ¡Cuánta guerra les da el diablo á estas pobres señoras! Hasta la vista, Madre.

PRIORA

Hasta luego, doctor. Entretanto pueden cuidar del torno estas niñas.

La Hermana Tornera coge una campanilla que hay sobre la mesita, y con el velo echado por la cara, va tocando delante del Médico, que la sigue.

Yo me voy un instante al coro, que no sé cuánto rezo tengo atrasado.

SOR MARÍA JESÚS

¿Nos da su reverencia permiso para llamar á las otras dos?

PRIORA

Llámenlas, pero no me hagan locuras.

Sale.

SOR MARÍA JESÚS

Acercándose á uno de los arcos del claustro

¡Chis, chis, Sor Marcela, Sor Juana de la Cruz! Vengan, que vamos á cuidar del torno, y tenemos permiso para hablar.

Entran Sor Marcela y Sor Juana de la Cruz.

SOR SAGRARIO

¿Y de qué hablamos?

SOR JUANA

Que nos cuente un cuento sor Marcela.

SOR MARCELA

En seguida, para que se escandalicen ustedes.

SOR MARÍA JESÚS

¡Ay, hermana, no somos tan mojigatas!

SOR MARCELA

O para que luego vaya Sor Sagrario con el chismecito á la Madre Maestra.

SOR SAGRARIO

¡Servidora!

SOR MARCELA

¡Sería la primera vez!

SOR SAGRARIO

¡Ay, hermana, pueden ustedes estar tranquilas! Me voy á este rincón á hacer labor.

Saca del bolsillo alicates, cuentas y alambre y se pone á engarzar un rosario.

Y ya pueden ustedes hablar lo que gusten, que no las oigo.

SOR JUANA

Vamos, hermana, no sea quisquillosa.

Todas van á buscarla, y al cabo se deja convencer, haciendo monerías como chico que dice: No juego.

SOR SAGRARIO

¡Ay, se ha quedado aquí el canario!

SOR MARCELA

¡Pobrecillo! ¿Qué te parece á ti haber entrado en este nido de palomitas bobas? ¿Quieren ustedes que le abramos la jaula?

SOR MARÍA JESÚS

¿Para qué?

SOR MARCELA

¡Toma, para que vaya donde le dé la gana!

SOR SAGRARIO

¡Ay, no, no!

SOR MARÍA JESÚS

Menudo disgusto tendría la Madre.

SOR MARCELA

Y menuda alegría tendría él. ¡Andando!

Abre la jaula.

¡Vuela, corazón, vuela; el mundo es tuyo! ¡Eres libre!

SOR JUANA

No sale.

SOR MARÍA JESÚS

¡No se mueve!

SOR MARCELA

¿Pero no ves qué sol tan hermoso hace fuera, estúpido?

SOR JUANA

Los canarios, como nacen dentro de la jaula, no quieren libertad.

SOR MARÍA JESÚS

Le gusta ser un encarceladito, como sus monjas.

SOR MARCELA

Pues haces muy mal, hijo.

Cierra la puerta de la jaula.

Dios ha hecho el aire para las alas y las alas para volar. Y el que pudiendo andar por las nubes, se conforma á vivir dando saltitos, entre dos cañas y uña hoja de lechuga, es tonto de remate. ¡Ay, madre de mi vida, quién fuera pájaro!

SOR JUANA

Eso sí que es verdad, ¡quién fuera pájaro!

SOR MARÍA JESÚS

Golondrina, que dicen que todos los años pasan el mar y se van no sé dónde.

SOR SAGRARIO

Yo muchísimas noches sueño que vuelo, es decir, volar, no; que voy por el aire sin tener alas.

SOR MARCELA

Y yo, que corro de prisa, de prisa, y que bajo escaleras sin tocar con los pies en el suelo ni en los escalones.

SOR SAGRARIO

Y qué gusto da, ¿eh? Y qué rabia luego, cuando una se despierta y ve que no ha sido verdad.

SOR MARCELA

Yo, tantas veces lo he soñado, que ya, hasta depierta, no sé si es verdad ó mentira.

SOR JUANA

¿Por qué soñará una tantas veces lo mismo?

SOR MARCELA

¡Vaya usted á saber! Puede que porque son cosas que una desearía.

SOR MARÍA JESÚS

Si que son bonitas las cosas que una desea.

SOR SAGRARIO

Y luego puede que, si una las lograra, le sirvieran de poco; porque á ver: si tuviéramos alas como los pájaros, ¿dónde íbamos á ir?

SOR MARCELA

Yo, al fin del mundo.

SOR MARÍA JESÚS

Yo, á Tierra Santa, para ver el Calvario.

SOR JUANA

Yo el portal de Belén y el huerto de la casa de Nazaret, donde vivió la Virgen con el Niño.

SOR SAGRARIO

¡Como que iba á tener un huerto!

SOR JUANA

Claro que sí, con un arroyo, pasando por la cerca; bien claro lo dice el villancico:

"La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero,
y los angelitos cantan
y el agua pasa riendo...

Sencillamente.

También en el huerto de mi casa, en el pueblo, hay una mata grande de romero á orilla del arroyo que va por el linde... ¡Más veces he cantado yo eso, lavando los pañales de mi hermano el pequeño!... Porque somos siete y yo la mayor... Y lo que es ése *(Con entusiasmo.)* ¡me tiene dada á mí más guerra!... ¡Ay, Señor *(Limpiándose los ojos con las manos.)* siempre se me saltan las lágrimas cuando me acuerdo del dichoso crío!... ¡Más malo es!... Pero me quiere á mí más que á mi madre, y el día que salí de casa para venir aquí, tomó una perra...!

SOR MARCELA

Yo también tengo hermanos, pero son mayores. La segunda se casó hace dos años *(Con importancia.)* y ya tiene un niño. Una vez lo ha traído para que yo lo vea.

SOR JUANA

Interrumpiendo con gran interés.

Ya me acuerdo, que pasó una manita por la reja, y servidora se la besó. ¡Qué suaves tienen las manos los chiquillos! Yo, siempre que comulgo, me figuro que re-

cibo al Señor en figura de niño, y así le aprieto contra el corazón, y me parece que, como es tan pequeño y tan desvalido, no me puede negar cosa que le pida. Y luego se me antoja que llora, y le pido á la Virgen que me ayude á callarlo. ¡Si no fuera porque me da vergüenza y porque se iban á reir de mí, le cantaría coplas!

Suena la campana del torno.

SOR SAGRARIO

Llaman al torno. ¿Quién será?

SOR JUANA

Preguntadlo, que para eso nos han dejado aquí.

SOR MARÍA JESÚS

¿Quién pregunta?... Yo no...

SOR SAGRARIO

Ni yo tampoco...

SOR MARCELA

Pues no son ustedes poco cortas de genio. Preguntaré yo, y eso que soy la más nueva en la casa.

Acercándose al torno, dice con voz queda.

¡Ave María purísima!

SOR JUANA

Dígalo más alto.

SOR MARCELA

Levantando la voz.

¡Ave María purísima!

SOR SAGRARIO

Nada.

SOR MARÍA JESÚS

Atreviéndose y con voz muy aguda.

¡Ave María purísima!

Silencio; las novicias se miran con asombro.

SOR MARCELA

¡Sí que es raro!

SOR MARÍA JESÚS

¡Parece cosa de brujería!

SOR SAGRARIO

¡Qué miedo!

SOR JUANA

¿Miedo? Algún chiquillo que al pasar se habrá divertido en tocar la campana.

SOR MARÍA JESÚS

Mire por las rendijas á ver si ve alguien.

SOR MARCELA

Inclinándose.

Alguien, no; pero algo sí parece que hay en el torno.

SOR JUANA

A ver, á ver...

Dan la vuelta al torno y aparece otro cesto también cuidadosamente cubierto con un paño blanco.

Un cesto.

SOR SAGRARIO

Será otro regalo para la Madre.

SOR MARÍA JESÚS

Sí, sí; aquí viene un papel prendido.

SOR JUANA

Leyendo, sin tocar el papel

Para la Madre Superiora.

SOR SAGRARIO

Ya lo decía yo.

SOR MARCELA

Alguien que quiere darle una sorpresa.

SOR JUANA

¿Será de don Calixto, el capellán?

SOR MARCELA

¡Quiá, mujer!

SOR MARÍA JESÚS

O del médico.

SOR JUANA

Si acaba de venir, y no ha dicho nada.

SOR SAGRARIO

Por lo mismo, como es tan ocurrente.

SOR MARÍA JESÚS

Quitadlo de ahí.

SOR MARCELA

Levantándolo y llevándolo á la mesa.

Lo pondremos aquí, junto al canario. Y éste sí que pesa.

SOR SAGRARIO

¿Qué traerá?

SOR MARCELA

¿Levantamos un poquito el paño?

SOR MARÍA JESÚS

¡No, no, que es pecado de curiosidad!

SOR MARCELA

¡Quién lo va á saber!

Levanta un poco la punta del paño y da un grito horroroso.

¡¡Ay!!

SOR JUANA

Precipitándose á mirar.

¡Jesús!

SOR MARÍA JESÚS

Idem.

¡Ave María!

SOR SAGRARIO

¡Bendito y alabado!...

Al grito de Sor Marcela, que ha puesto en conmoción el convento, entran por diferentes sitios la Priora, la Vicaria, la Maestra de novicias y diferentes monjas.

PRIORA

Entrando.

¿Qué pasa? ¿Por qué gritan ustedes?

VICARIA

Idem.

¿Quién ha dado ese grito?

MAESTRA

Idem.

¿Sucede algo?

Las cuatro novicias están temblorosas, vueltas de espaldas al cesto y ocultándole con el cuerpo.

VICARIA

Como si lo viera, ha sido sor Marcela.

PRIORA

Vamos, hablen; ¿qué pasa? ¿Qué hacen ahí como cuatro estatuas?

MAESTRA

¿Les ha ocurrido alguna cosa?

SOR JUANA

No, señora Madre; es que...

SOR MARÍA JESÚS

Es que...

SOR MARCELA

Atreviéndose.

Es que... llamaron por el torno... y no era nadie... y dejaron un cesto... este cesto... y servidora tuvo curiosidad de destaparlo...

VICARIA

¡Naturalmente! No podía menos...

SOR MARCELA

Y hay...

PRIORA

¿Qué hay?

SOR MARCELA

Hay... Más vale que lo vea su reverencia.

PRIORA

Acabemos.

Se acerca al cesto y lo destapa.

¡Jesús mío!

En voz muy baja.

¡Una criatura!

TODAS

Con diferente expresión de voz.

¡Una criatura!

Sor Crucifixión, escandalizada, se santigua.

PRIORA

Apartándose.

Véanlo sus reverencias.

Todas las monjas se precipitan hacia el cesto y lo rodean.

VICARIA

¡Ave María qué cosa tan pequeña y tan colorada!

MAESTRA

¡Y está durmiendo!

SOR JUANA

¡Cómo aprieta las manos tan rechiquitinas!

SOR MARÍA JESÚS

¡Se le ve el pelito debajo de la gorra!

SOR SAGRARIO

¡Parece un ángel!

VICARIA

Buen ángel nos dé Dios!

SOR JUANA

Como si la ofendiesen personalmente.

¡Ay, Madre Vicaria!

PRIORA

Con piedad.

¿De dónde vendrás tú, criatura?

VICARIA

De sitio bueno, seguro que no.

PRIORA

¡Quién sabe, Madre! ¡Hay tanta pobreza en el mundo!...

VICARIA

¡Hay tanto vicio, reverenda Madre!

MAESTRA

¿Dicen que no vieron á nadie por el torno?

SOR MARCELA

A nadie; no, señora. Tocaron la campana... preguntamos... y nadie respondió.

SOR SAGRARIO

Cogiendo el papel, que se había caído.

Pero aquí hay un papel.

PRIORA

Cogiéndole y leyéndole.

Para la Madre Superiora.

VICARIA

¡Valiente regalito para su reverencia!

PRIORA

Sí; es una carta.

Desdobla el papel, y lee.

"Señora: usted perdone la libertad que una servidora se toma de dejar en el torno á ésta recien nacida. Señora, yo soy una mujer perdida, lo cual que ésta hija mía no tiene padre, y, señora, para que ella no sea lo que su madre es, que qué había de ser quedándose conmigo, la dejo aquí, señora, aunque se me arranque el alma al dejarla. Por la memoria de su madre de usted, ampáremela usted y no me la eche usted á la Inclusa, que allí me crié yo y sé lo que se pasa, señora, aunque las hermanas tengan caridad de una y sean buenas, como sí que lo son. Y que Dios se lo pague á usted, señora.,,

VICARIA

¡Jesús! ¡Ave María!

MAESTRA

¡Pobre mujer!

SOR JUANA

¡Hija de mi alma!

VICARIA

¡A valientes madres les da Dios hijos!

PRIORA

Dios sabe lo que hace, hermana; Dios sabe lo que hace.

INÉS

¿No dice más la carta?

PRIORA

¿Qué más va á decir?

El Médico y la Hermana Tornera han entrado hace un momento.

MÉDICO

Es verdad; ¿qué más va á decir?

PRIORA

¿Qué le parece á usted, don José?

MÉDICO

Que le han regalado á usted una buena alhaja.

PRIORA

¿Y qué hacemos con ella?... Porque yo... esa pobre mujer... pone á esta criatura en nuestras manos, y yo

bien la quisiera amparar como pide, quedarme aquí con ella.

NOVICIAS

¡Sí, Madre, sí!

MAESTRA

¡Silencio!

PRIORA

Pero no sé si debo... es decir, si podemos, porque nosotras, al vestir este santo hábito, hemos renunciado á todos los derechos... y adoptar una niña legalmente... no sé. ¿A usted qué le parece?

MÉDICO

Que es verdad. Legalmente, no tienen ustedes derecho á la maternidad.

VICARIA

Y aunque lo tuviéramos, ¿iba á quedarse aquí una criatura, hija, á lo que parece, del vicio más abyecto?

PRIORA

Eso sería lo de menos; ella no es responsable del pecado que la engendró, y la madre harto paga la pena de su culpa, renunciando así á todos sus derechos.

VICARIA

No le habrá costado mucho renunciar.

PRIORA

¿Qué sabemos, Madre, qué sabemos?

VICARIA

Nos lo figuramos: es muy cómodo echar hijos al mundo y que cargue con ellos el prójimo.

MÉDICO

Eso de la comodidad cabría discutirlo. Hay trances que no son nunca cómodos.

SOR SAGRARIO

¡Ay, ha abierto la boca!

SOR JUANA

Tendrá hambre el angelito.

SOR MARÍA JESÚS

Se chupa las manos.

SOR JUANA

Quíteselas, que chupando, chupando, se llena de flato la pobre y luego le duele la tripita.

SOR SAGRARIO

¡No chupes tú, alma mía!

SOR JUANA

Miren qué buena es; le quitan el capricho, y no llora.

PRIORA

Esa es otra; ¿quién le da de mamar?

SOR JUANA

La mujer del demandadero tiene un chico pequeño y le está criando.

PRIORA

Por lo mismo, no va á criar á dos.

SOR JUANA

Tan chiquita no mama casi nada, y además se le ayuda con papilla clarita ó con leche de vacas que se pone al baño-maría y se aclara con un poco de te.

MÉDICO

¡Miren qué experiencia en achaque de críos tiene Sor Juana de la Cruz!

SOR JUANA

Es que, servidora, tiene seis hermanos pequeños. ¡Ay, reverenda Madre, encárguemela á mí, y verá qué bien la cuido!

VICARIA

No nos faltaba más que esta diversioncita para las novicias. ¡Ya que ellas son de suyo poco inclinadas á la disipación!

PRIORA

Díganme lo que piensan, sinceramente... todas.

Todas hablan á un tiempo.

MAESTRA

Servidora, reverenda madre...

TORNERA

Servidora...

INÉS

Me parece á mí...

PRIORA

Sonriendo.

Pero una á una.

TORNERA

Es un ángel que nos manda el Señor, y servidora cree que hay que recibirle con los brazos abiertos.

MAESTRA

Claro que sí. Figúrense sus reverencias que no fuera una niña, sino... qué sé yo... un perrillo pequeño, una paloma, como la que cayó en el huerto hace dos años, que venía escapada y herida de eso que dicen tiro de pichón. ¿No la recogimos? ¿No la cuidamos? ¿No vive desde entonces tan feliz en su jaula? Pues, ¿cómo va á ser menos una criatura con alma que un animalejo sin ella?

TORNERA

¡Sí, sí; hay que tener caridad!

VICARIA

Celebro que la señora Maestra de Novicias haya recor-

dado el asunto de la paloma, porque así me evita á mí el traerle á cuento, pudiera parecer que con malignidad. Contra mi parecer se retuvo aquí dentro al animalito, que ya lleva dando harto que sentir. Esta, que si yo la cogí; la otra, que si yo la cuidé; aquélla, que si abre el pico cuando yo me acerco; la de más allá, que si mueve las alas cuando paso... Parcialidades, celos, astucias del demonio, que no cesa. Si esto fué un pájaro, ¿qué será una niña? Ya está Sor Juana de la Cruz haciéndole mimos...

SOR JUANA

¿Servidora?

VICARIA

Disipación y más disipación. Piensen sus reverencias que, al pasar estas rejas, hemos renunciado por siempre á todo afecto particular.

MAESTRA

¿Es que va á ser pecado dar un poco de amor á esta desvalida?

VICARIA

Para nosotras, sí. Nuestro Amado es celoso: la Escritura lo dice.

MAESTRA

¡Válgame Dios!

VICARIA

Esto, aparte de otras perturbaciones de orden exterior,

que traen consigo estas turbulencias. Ejemplo al canto. Vuestras reverencias, yo la primera, no se dan cuenta de que en este instante faltamos á la regla. Estamos con el rostro descubierto delante de un hombre.

PRIORA

¡Es verdad!

MÉDICO

Señoras, por mí...

PRIORA

Como si no lo fuera... Usted perdone, don José; no sé lo que me digo. Tiene razón su reverencia. Cúbranse... es decir, ya no importa... por una vez... ya que está hecho el daño... En fin, hagan ustedes lo que les parezca.

La Madre Crucifixión se cubre; las demás, no.

Y á ver en qué quedamos; yo confieso que el corazón me pide quedarme con la niña.

VICARIA

Pero el doctor lo ha dicho, no tenemos derecho á ser madres.

MAESTRA

Pero la criatura es hija de Dios y á casa de su Padre ha venido.

VICARIA

Dios tiene otras casas de par en par para sus hijos abandonados.

SOR JUANA

¡No, no; á la Inclusa, no!

SOR SAGRARIO

¡Eso, nunca!

PRIORA

¡Su madre me lo pide!

VICARIA

¡Su madre no es su madre, puesto que la abandona!

PRIORA

No la abandona: la pone en brazos que le parecen más dignos que los suyos.

VICARIA

¡Egoísmo!

MAESTRA

¡Heroísmo, digo yo!

VICARIA

¡Frasecitas tenemos! ¡Ay, Madre Maestra, la vida no es un folletín!

MAESTRA

Para algunas mujeres es una historia demasiado triste.

VICARIA

Nosotras no debemos saber de eso, ya que, por la gracia de Dios, estamos fuera de las tormentas del mundo.

MAESTRA

Por lo mismo, debemos compasión á las que se ahogan.

VICARIA

¡Sensiblería!

MAESTRA

¡Caridad!

PRIORA

¡Silencio! No empecemos por faltar á ella agraviándonos unas á otras... Don José, ¿hay que dar parte?

MÉDICO

Sí, señora; al Juzgado.

SOR JUANA

¿Y se la llevarán?

MÉDICO

Si alguien no la pide... En fin, si ustedes se deciden á quedarse con ella, yo propondría un medio.

PRIORA

¿Legal?

MÉDICO

Legal. Por la gracia de Dios, yo también soy soltero, y aunque no ciertamente santo, no puedo atribuirme el mérito de haber aumentado en un solo individuo la po-

blación total de España. No tengo una peseta, pero poseo, como cada quisque, mis cuatro apellidos. A la disposicion de la chiquilla están; con eso servirán de algo; y ya que no tiene padre ni madre, tendrá nombre honrado...

PRIORA

Es decir, que usted está dispuesto...

MÉDICO

A adoptarla, sí... y á entregársela á ustedes de pupila, porque á mi casa... la verdad, las manos de mi doña Cecilia son demasiado duras para manejar muñecos de *biscuit*. Ya ve usted si yo tengo los huesos duros, y me duelen siempre que se le ocurre cepillarme el gabán cuando salgo á la calle.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

MÉDICO

Aquí, Sor Crucifixión, que tiene tan buen arte para vestir santitos.

VICARIA

¡Quite, quite!

MÉDICO

¿Hecho?

PRIORA

¡Dios se lo pague á usted! Sí, sí, á pesar de todo; ya lo arreglaremos con los superiores... no hace falta pre-

cisamente que la niña viva dentro de la clausura... puede quedarse con la demandadera hasta que cumpla los siete años, y entrar aquí cuando haga faltā. La cuidaremos... es cargo de conciencia.

MÉDICO

Siendo así, yo me marcho. Voy al registro.

PRIORA

Haga la caridad, al salir, de decir á la demandadera que entre: hay que saber si puede encargarse y quiere darle el pecho... y dígale también que se traiga unos cuantos pañales de su hijo.

SOR JUANA

Sí, sí, que hay que mudarla en seguida.

SOR SAGRARIO

Inocentemente.

¿Por qué?

SOR JUANA

Porque... hay que mudarla.

MÉDICO

Muy buenos días, señoras.

TODAS

Muy buenos, don José.

Sale el Médico. Pausa.

PRIORA

Hermanas: el Señor nos perdone si en todo esto hay algo que no lleve la suficiente pureza de intención. Espero que su gracia nos libre de ofenderle aficionando demasiado el corazón á cosa creada. La niña vivirá á nuestra sombra, ya que puede decirse que su ángel de la guarda la trajo á nuestras manos. Todas somos desde hoy responsables de la salvación de su alma. El Señor nos da un ángel, y debemos devolverle una santa. ¿No lo olvidarán?

TODAS

No, señora Madre.

PRIORA

Y ahora, acérquemela, Sor Juana, que puede decirse que no la he visto.

Mirando á la niña.

¡Inocente de Dios! Dormida tan tranquila en su cesta, como si estuviese en una cuna de oro. ¿Qué verán los niños cuando duermen que ponen esta cara de paz?

SOR JUANA

¡Verán á Dios y á la Virgen María!

SOR MARÍA JESÚS

Puede que el ángel de la guarda les esté contando algo del cielo.

PRIORA

No lo sé; pero si que da respeto ver á un niño dormido.

SOR MARÍA JESÚS

Y ganas de ser santa, ¿verdad, Madre?

SOR SAGRARIO

Reverenda Madre, ¿me da su reverencia permiso para darle un beso?

SOR MARÍA JESÚS

¡Ay, no, que todavía no está bautizada, y á los niños moritos no se les besa!

PRIORA

Cierto que hay que avisar al señor capellán para el bautizo.

MAESTRA

¿Cómo la llamaremos?

INÉS

Teresa, como la reverenda Madre.

TORNERA

María del Milagro.

SOR SAGRARIO

Bienvenida.

Suena la campana, llamando á coro.

PRIORA

Llaman á coro; después decidiremos... ¡Vamos allá!

Las monjas desfilan, mirando á la niña.

Quédese con ella Sor Juana de la Cruz, ya que entiende de niños, hasta que venga la demandadera. Desde aquí puede seguir el rezo, pero no se distraiga.

Las monjas salen todas. Sor Juana coloca la cesta en el suelo y se arrodilla delante de ella. Se oye dentro el rezo, que guía una sola monja, y al cual contestan todas las demás, incluso Sor Juana de la Cruz.

VOZ

Dentro.

In nomine Patri et Filio et Spiritui Sancto.

Sor Juana se santigua y dice con las demás monjas:

SOR JUANA Y VOCES

Dentro.

¡Amén!

SOR JUANA

A la niña.

¡Qué bonita eres, chiquilla, rica! ¿Me vas tú á querer mucho, corazón?

VOZ

Dentro.

Deus in adjutorium meum intende.

SOR JUANA Y VOCES

Domine, ad adjuvandum me festina.

Empieza á bajar lentamente el telón.

SOR JUANA

A la niña.

¿Verdad que sí, preciosa, vida mía?

VOZ

Dentro.

Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto.

VOCES

Dentro.

Sicut erat in principio et nunc et semper et in sœcula sœculorum. Amén. Alleluia.

Pero esta vez Sor Juana de la Cruz ya no responde sino que, inclinándose sobre la cesta, abraza á la niña apasionadamente y dice:

SOR JUANA

¡Ay, que abre los ojos!... ¡Vida, vidita! ¿á quién quieres tú?

CAE EL TELÓN

INTERMEDIO

Habéis venido aquí para escuchar un cuento,
y os han hecho saltar las tapias de un convento.
¡Atrevimiento insigne! ¡Casi profanación!
Mas ¿qué no hará un poeta por buscar la emoción?
Perdonadle, monjitas, el que se haya atrevido
á turbar la serena quietud de vuestro nido,
encendiendo en la paz de este huerto cerrado
el fuego del amor á que habéis renunciado.
No, no frunzáis el ceño porque haya dicho: ¡amor!
Habéis de saber, castas esposas del Señor,
que lo que habéis creído clemencia y caridad,
el gesto de adopción que hizo vuestra piedad,
la caricia invencible y la canción de cuna
para la hija de nadie que os trajo la fortuna,
no fueron sino llama de amor, de esa divina
pasión que está en la entraña del alma femenina.

¡Ay, amor de mujer que así nos ilusionas,
á quien tanto ofendemos y que tanto perdonas!
¿De dónde te ha venido tu excelsa caridad?
¡De que, sencillamente, eres maternidad!
Sí; todos somos hijos, mujer, para tus brazos.
Tu corazón es pan que nos das en pedazos,

como niños nos diste las mieles de tu pecho.
Siempre es calor de cuna el calor de tu lecho,
aunque lo prostituya nuestra carne villana.
¡Madre si eres amante, madre si eres hermana,
madre por pura esencia y madre á todas horas,
si con nosotros ríes, si por nosotros lloras,
ya que toda mujer, porque Dios lo ha querido,
dentro del corazón lleva á un hijo dormido!

Y así, por ser mujeres, monjitas, sois amantes;
y á pesar del escudo cerrado por diamantes
de la virginidad, que guarda vuestras rosas,
habéis sabido ser madres, sin ser esposas.
Y en esta hija de todas habéis puesto la miel
de todo vuestro intacto panal, y había en él
tanto fuego de sol, tanta fragancia y tales
mal dormidos impulsos de besos maternales,
que está toda su carne saturada de amores
y su corazón es nido de ruiseñores.
Y, cien veces mujer, la que debió ser santa,
mientras sus madres rezan en el coro, ella canta
y desata el sonoro cascabel de su risa.
Las mañanas de mayo se olvida de ir á misa,
porque ¡huelen tan bien los rosales del huerto!
No comprende á las santas que se van al desierto;
— ¡ella quiere ir al cielo en dulce compañía!—
y sueña ante el altar de la Virgen María
con un chiquillo más rubio que las candelas,
que á ella le diga: ¡madre!, y á las monjas: ¡abuelas!
Un muñeco llorón y tozudo, que luego
será un hombre valiente, con el alma de fuego,

que conquistará mundos y redimirá agravios
con la ley en el pecho y la gracia en los labios...
Coge en brazos al gato y le llama: ¡Hijo mío!
Las monjas se hacen cruces ante tal desvarío.
—¡Esta niña está loca!—dicen con voz severa...
Mas ello es que en el claustro entró la primavera.

Este es el cuento en suma. El poeta querría
habérosle sabido contar día por día
con toda su emoción; mas fuera empeño vano.
¡Quién hará la comedia del vivir cotidiano!
La vida va tejiéndose con ritmo tan igual,
corre tan clara el agua, es tan limpio el cristal,
que el tiempo se ha dormido en la quietud fragante;
¡quién sabe si pasó un siglo ó un instante!
Sigue girando el torno, hecho devanadera.
¿Qué más da, si los rizos de la hermana tornera,
habiendo sido de oro, en plata se trocaron?
Las tocas no lo dicen, y si se marchitaron
claveles en mejillas y azucenas en frentes,
como aquí no hay espejos, las vírgenes prudentes
pueden creer que siempre es Mayo en su jardín.
De estas horas que va midiendo un serafín
en el tiempo sin tiempo, el poeta ha elegido
aquella en que encontró más caricia de nido,
más suavidad de incienso, más luz de amanecer.
Han pasado los años y la niña es mujer.
El telón se descorre sobre una vida en flor.
El cuento va por un capítulo de amor.
Era una dulce tarde en el mes de María;
las monjas suspiraban y su hija les decía...

ACTO SEGUNDO

Locutorio de un convento.—Al fondo, reja con doble enrejado.—Sobre la reja, cortina de estameña negra.—Detras de la reja, habitación encalada, que es el locutorio exterior: tendrá ventanas al jardín, que se abrirán cuando indique el diálogo dando gran claridad.—Algunos cuadros de santos, al óleo, viejos, con marcos negros.—Crucifijo de talla ó gran cruz de madera negra.—Ventanas altas, también con cortinas negras que puedan interceptar la luz por completo.—Una mesa de pino, un sillón de talla, dos sillas altas y todas las pequeñas que hagan falta para la costura; algún banco.

Al levantarse el telón están en escena la Priora, la Maestra de Novicias, la Hermana Inés, la Tornera, Sor Sagrario, Sor Juana de la Cruz, Sor Marcela, Sor María Jesús y alguna monja más. Todas están cosiendo, menos Sor María Jesús, que lee y está en pie. Por los bancos y en la mesa está un ajuar de novia adornado con encajes y cintas de seda azul.—A la derecha de la habitación un baúl completamente nuevo, cuyas bandejas estarán por los bancos y en el suelo.

Para caracterizarse las actrices tendrán en cuenta que han pasado diez y ocho años y que todas las que eran novicias; siendo ahora profesas, han de cambiar el velo blanco por otro negro.

SOR MARÍA JESÚS

Leyendo con bastante tonillo.

"Tesoro de paciencia, Soliloquios del alma afligida delante de Dios..."

SOR MARCELA

Suspirando.

¡Ay!

SOR MARÍA JESÚS

Leyendo.

"Soliloquio primero: Gemidos de un alma triste sumergida en un mar de amargura..."

Dentro se oye la voz de Teresa, que canta alegremente.

TERESA

Cantando.

Venid y vamos todas
con flores á porfía,
con flores á María,
que Madre nuestra es.
¡Con flores á María,
que Madre nuestra es!

La lectora se interrumpe y mira sonriendo á las ventanas por donde entra la voz. Las demás monjas también sonríen con expresión complacida.

PRIORA

Con fingida severidad.

¡Esa criatura siempre alborotando!

INÉS

¡Y en un día como éste!

SOR JUANA

Con embeleso.

¡Parece una alondra!

MAESTRA

Con indulgencia.

¡Los pocos años!

SOR MARCELA

¡Ay, Jesús mío!

PRIORA

Siga leyendo, Sor María Jesús.

SOR MARÍA JESÚS

Leyendo.

"Gemidos de un alma triste sumergida en un mar de amargura. ¡Oh, mi buen Dios, sálvame, que estoy pereciendo por instantes! Casi sumergida me miro en esta horrorosa tempestad. Por momentos me veo ir á fondo; como que ya no puedo ayudarme más..."

TERESA

Cantando.

De tu divino rostro,
la belleza al dejar,
permíteme que vuelva
tus plantas á besar.

¡Permíteme que vuelva
tus plantas á besar!

La lectura vuelve á interrumpirse. Las monjas vuelven á sonreír.

PRIORA

Sor Sagrario, haga la caridad de salir al huerto y decir á la niña que no cante, que estamos leyendo.

Sor Sagrario sale, después de la reverancia de costumbre.

Siga, Sor, siga...

SOR MARÍA JESÚS

Leyendo.

"Como que ya no puedo ayudarme más para resistir al ímpetu de las olas que sin cesar..."

TERESA

Cantando.

He quedado, María,
abrasada en tu amor.
Quédate adiós, señora...

La voz de Teresa se interrumpe, porque se supone que ha llegado la monja á mandarle callar; poco después se la oye reír desaforadamente.

PRIORA

No tiene remedio.

Sonriendo.

Alegre ha nacido y alegre morirá.

A la lectora.

Siga, siga.

SOR MARCELA

¡Ay, Jesús de amor!

PRIORA

Pero Sor Marcela, hija mía, ¿por qué suspira usted de ese modo? ¿Es que le duele algo?

SOR MARCELA

No, reverenda Madre; es que servidora tiene tentaciones de melancolía.

PRIORA

¡Válganos el Señor! Ya sabe que no me gustan melancólicas en casa.

SOR MARCELA

Inclinándose.

¡Ay, reverenda Madre; Deme penitencia si peco, pero servidora no puede remediarlo.

PRIORA

¡Quién le habla de pecar! Salga á la huerta y tome un rato el sol, que es lo que le conviene.

SOR MARCELA

¡Ay, reverenda Madre, no sé qué le diga! Cuando servidora ve las flores del huerto y el cielo tan azul y el sol tan hermoso, le entra la tentación de suspirar más fuerte que nunca.

PRIORA

Ea, pues siendo así, siéntese y pásela por Dios; pero no se le ocurra volver á suspirar, no vaya á darme á mí la de mandarla al calabozo, para que con la sombra y una disciplina se le alivie el humor.

SOR MARCELA

Como su reverencia mande.

Volviendo á sentarse

¡Ay, Jesús mío!

La Priora levanta con resignación los ojos al cielo

SOR JUANA

¡Ay, Virgen Santísima!

TORNERA

¡Ay, San José bendito!

PRIORA

Con un poco de impaciencia.

¿Contagio tenemos? No nos falta otra cosa sino que se me pongan á suspirar en coro. Recuerden que hay que servir á Dios con alegría, "in hymnis et cánticis", y que el gozo espiritual es el segundo de los frutos del Espíritu Santo, y no le hay más excelso, á no ser el amor, del cual procede.

Pausa. Sor María Jesús vuelve á abrir el libro, y sin esperar la señal de la Priora, comienza á leer.

SOR MARÍA JESÚS

Leyendo.

"Para resistir al ímpetu de las olas que sin cesar se revuelven sobre mí para anegarme..."

PRIORA

¡Cierre ese libro, Sor María Jesús, que también el bendito padre que lo escribió tenía el humor melancólico.

Sor María Jesús cierra el libro, hace una reverencia y se sienta á coser. Aparece en la puerta de la derecha la Madre Vicaria, solemnemente acompañada por dos celadoras.

VICARIA

Muy emocionada.

¡Ave María Purísima!

PRIORA

Sin pecado concebida.

VICARIA

¿Da su licencia, reverenda Madre?

PRIORA

Pase.

Mirándola.

Si no me engaño, viene su reverencia un tanto alterada.

VICARIA

No se engaña, no, reverenda Madre, y me atrevo á

decir que no es el caso para menos. Su reverencia juzgará, si es que me da licencia para proclamar "ipso facto" á una de nuestras hermanas.

PRIORA

Hable, si es que el saberse en público la falta no ha de ser motivo de grave escándalo.

VICARIA

En la humilde opinión de servidora, puede por esta vez arrostrarse el escándalo, mirando al remedio de la culpa.

PRIORA

Diga, entonces.

VICARIA

Inclinándose profundamente.

Obedezco. Es ello, reverenda Madre, que haciendo con estas dos hermanas Celadoras *(Las celadoras se inclinan)* la visita de celdas que su reverencia se sirvió encomendarme, y llegando á la de Sor Marcela *(Todas las monjas miran á Sor Marcela, que baja los ojos)* encontré entre las tablas de la tarima, ocultación con que bien á las claras ella misma proclama su delito, algo que jamás debiera hallarse en manos de una religiosa modesta, un objeto que, pasando por alto el pecado contra la santa pobreza que supone la posesión particular y oculta de cosa ninguna, en sí mismo es raíz de perdición y origen de infinitos deslices.

PRIORA

Acabe, Madre, acabe, que nos tiene en un ay. ¿Qué objeto es ése?

VICARIA

Muéstrelo, hermana.

(A una celadora.)

La celadora se inclina y saca de la manga un pedazo de cristal azogado.

PRIORA

¡Un pedazo de espejo!

VICARIA

Justamente, ¡un pedazo de espejo!

Silencio aterrado de la comunidad.

PRIORA

¿Qué dice á esto, Sor Marcela?

SOR MARCELA

Sale de la fila y se arrodilla delante de la Priora.

Madre, digo mi culpa y pido perdón.

PRIORA

Levántese.

Sor Marcela se levanta.

Pero, desdichada, ¿para qué lé sirve este pedazo de cristal?

VICARIA

Tal vez para mirarse y recrearse en su hermosura, ofendiendo al Señor con sentimientos de vanagloria.

SOR MARCELA

Con humildad.

No, reverenda Madre; no, señora.

VICARIA

O para acicalarse y componerse y ensayar muecas y visajes de los que se acostumbran en el siglo.

SOR MARCELA

No, reverenda Madre.

PRIORA

¿Para qué, entonces?

SOR MARCELA

Para nada, reverenda Madre.

PRIORA

¿Cómo para nada?

SOR MARCELA

Servidora quiere decir que para nada malo. Al revés.

VICARIA

Ahora va á ser virtud en una religiosa el guardar un espejito.

SOR MARCELA

No, reverenda Madre, no es virtud; pero ya saben sus reverencias que servidora tiene tentaciones de melancolía.

VICARIA

Ya, ya...

SOR MARCELA

Y cuando á servidora le aprietan demasiado, le dan ideas de subirse á los árboles, y de trepar por las paredes, y de saltar las tapias de la huerta, y de tirarse al agua del estanque; y como servidora comprende que no están bien en una religiosa esas... esas...

VICARIA

Esas extravagancias.

SOR MARCELA

Servidora coge un rayo de sol en el espejo y le pasea por entre las ramas y por el techo de la celda y por las paredes de enfrente, y con eso se consuela, pensando que es una mariposa ó un pájaro y que va donde al pensamiento se le antoja.

VICARIA

¡Ya le daría yo antojitos á ese pensamiento!

PRIORA

Está bien; por esta culpa *(Sor Marcela se arrodilla)*, que sin llegar á grave pasa de media, con arreglo á nuestras

constituciones, le doy por penitencia que antes de retirarse esta noche rece en su celda cuatro veces el salmo "Quam dilecta". Levántese y vaya á su sitio.

Sor Marcela obedece; pero antes de sentarse hace una inclinación delante de cada una de las monjas.

Retírense.

Las celadoras se retiran. Suenan tres golpecitos en la puerta: es Teresa, que llega y llama.

TERESA

¡Ave María Purísima!

PRIORA

Sin pecado concebida.

TERESA

¿Se puede entrar?

PRIORA

Entra.

Entra Teresa. Diez y ocho años; muy linda, muy alegre y nada mística. Va sencillamente vestida de gris, con delantal blanco. Puede llevar alguna flor prendida en el pelo, pero irá modestamente peinada con una trenza que le rodea la cabeza, sin crepés ni rizados.

¿De dónde vienes tan sofocada?

TERESA

Ha de hablar siempre con suma sencillez y sin gazmoñería ni tonillo de ninguna clase.

De arreglar el altar de la Virgen.

PRIORA

¿Y eso te ha sofocado tanto?

TERESA

No, Madre; es que como quería que hoy quedase el altar todo de blanco, y flor blanca pequeña había poca, me he tenido que subir á cortar unas ramas de acacia.

MAESTRA

¿A un árbol te has subido?

TERESA

A dos, porque con la flor de uno no habia bastante.

MAESTRA

¡Jesús!

VICARIA

¡Ave María!

TERESA

¡Si supieran ustedes la tierra que se ve desde lo alto de la acacia grande!

A Sor Marcela se le agrandan los ojos de deseo.

VICARIA

¡Niña, estás dejada de la mano de Dios!

SOR JUANA

¡Para haberte caído! No quiero pensarlo.

TERESA

¡Quiá! No, señora. Si me tengo subido más veces.

PRIORA

Pues no te vuelvas á subir más.

MAESTRA

Con tristeza.

¡Ya no hay que prohibírselo!

PRIORA

Con tristeza.

¡Es verdad!

INÉS

El último día que adornas el altar.

SOR JUANA

¡El último!

TERESA

¡Ay, Madres, no se pongan ustedes tristes!

VICARIA

Seremos como tú, que parece mentira. Siendo el día que es, te lo pasas riendo y cantando como una loca.

PRIORA

La Madre dice bien: en este día, hijita, no hubiese estado de más un poco de recogimiento.

TERESA

Sí, señoras Madres, tienen ustedes muchísima razón, razón que les rebosa por encima de todas esas tocas venerables; pero cuando tiene una gana de reír, tiene una gana de reír, aunque sea, como dice sor Ana de San Francisco, el día más solemne de la vida.

MAESTRA

¡Y tan solemne! Hoy sales de esta casa, donde has vivido diez y ocho años, sin darte apenas cuenta de que vivías. Mañana ya eres dueña de la tuya y llevas sobre la conciencia las responsabilidades de mujer casada.

VICARIA

Que no son leves. Los hombres son exigentes, veleidosos, egoístas...

TERESA

Tímidamente.

Antonio es muy bueno.

VICARIA

Por buenos que sean, están acostumbrados á mandar desde que el mundo es mundo, y eso imprime carácter. Y como tú eres muy independiente y te gusta también hacer tu voluntad...

TERESA

Sí que estoy mal criada, pero ya verá usted cómo todo se arregla.

SOR JUANA

A ver si ahora le vamos á amargar el día.

TERESA

No, Madre... no... si estoy muy contenta. Son ustedes tan buenas para mí.

VICARIA

Eso es lo de menos.

TERESA

¡Es lo de más! Claro que esta es la casa de Dios; pero ustedes pudieron cerrarme la puerta y me la abrieron tan de par en par, que diez y ocho años llevo aquí dentro, y hasta ahora que la voy á dejar, no me he dado cuenta de que vivía en ella de limosna.

SOR JUANA

¡No digas eso!

TERESA

¡Pues ya lo creo que lo digo! De limosna, de caridad, como una pobrecita. ¡Si no me da pena decirlo, ni pensarlo! Si he sido más feliz ¡y lo soy! que puedan serlo las hijas de los reyes. Si de cariño que le tengo á todo, me entran ganas de besar las paredes y de abrazarme con los árboles, porque hasta las paredes y los árboles han sido buenos para mí. ¡Ay, mi convento de mi corazón!

SOR MARCELA

¡Tu convento! ¡Si te hubieras quedado siempre en él!

PRIORA

No hay que hablar de eso. La Providencia tiene muchos caminos.

MAESTRA

Y en todos los estados se puede servir á Dios.

VICARIA

No ha nacido la niña para religiosa. Le tiene demasiado apego á las cosas del mundo.

TERESA

Es verdad. Me tira la tierra, ¡pobre de mí! ¡Me parece que todo me quiere y que todo me llama! ¡Tan feliz dentro de estas paredes, y siempre pensando en que el mundo es tan grande! Cada vez que he salido á la calle, me daba unos saltos el corazón, como si se me hubiera vuelto loco... Verdad es que después me daba una alegría volver á casa... ¡Una alegría rara, como si me cogieran en brazos ó me arropasen con unas alas grandes!

VICARIA

Las de tu ángel, que te estaba esperando en la puerta.

PRIORA

¿Por qué la habia de esperar? Su ángel ha ido siem-

pre con ella, y de seguro no ha tenido nunca que volver los ojos á otra parte, ¿verdad, hija?

TERESA

Con sinceridad.

¡Verdad, Madre!

SOR JUANA

¡No faltaba otra cosa!

SOR MARÍA JESÚS

Levantándose.

Ya están los lazos de los cubrecorsés. ¿Se cosen ó se prenden?

INÉS

Mejor será coserlos, digo yo.

SOR MARÍA JESÚS

¿En medio?

MAESTRA

Claro está.

SOR MARÍA JESÚS

Lo digo, porque en el figurín vienen á un lado.

MAESTRA

Inclinándose con Sor María Jesús y la Hermana Inés á ver los figurines.

¿A ver? ¡Pues es verdad!

INÉS

¡Cosa más rara! ¡Pero hacen bonitos!

MAESTRA

Es una extravagancia.

SOR MARÍA JESÚS

¿Qué le parece, Madre Crucifixión?

VICARIA

A mí no me pregunten, que no entiendo ni quiero entender. Todo eso son pompas y vanidades, cosa del diablo, que dicen que se encierra con las modistas de Paris para aconsejarlas en sus desvaríos... ¡Quítenme, quítenme de delante ese papelucho, que nunca debiera haber entrado en esta santa casa!

SOR MARCELA

¡Ay, Madre! Había que ver la moda.

VICARIA

¡La moda, la moda! En el purgatorio les darán la que más se lleve.

SOR MARÍA JESÚS

¿Había de ir la niña á casarse vestida como en el año de la Nanita?

VICARIA

Con el corazón puro y la intención limpia, es con lo

que ha de ir, que lazo más ó menos no le ha de ganar el corazón de su esposo.

SOR MARCELA

Dicen que los hombres reparan mucho en estas cosas, Madre Crucifixión.

SOR MARÍA JESÚS

Y que hay que dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

VICARIA

Bachillerías no nos faltan.

INÉS

Alárgueme acá esas tijeras, que voy á cortar un remate.

SOR JUANA

Creo que ya se puede meter todo en el baúl.

PRIORA

Sí, sí, que luego va á venir el carro á buscarlo.

Teresa se arrodilla en el suelo, delante del baúl. Las monjas le van dando las prendas de ropa que cogen de la mesa y de los bancos.

INÉS

Aquí están las camisas.

SOR MARCELA

Las enaguas de encaje.

SOR JUANA

Póngalas en esa otra bandeja, que no se arruguen.

INÉS

¡Ay, Jesús, qué frunce tan mal rayado! ¿Quién habrá sido la chapucera?

MAESTRA

Pues no digamos nada de la que haya planchado estos volantes. Más valía volverlos á mojar.

TERESA

¡Pero si están perfectamente! ¡Traiga, traiga! De sobra.

PRIORA

¿Falta algo?

SOR MARCELA

Los pañuelos.

SOR JUANA

Los paños de peines.

VICARIA

Ahí están los pedazos que sobran de las tiras bordadas. Llévalos por si alguna se te rompe.

MAESTRA

Y los figurines, que luego te pueden hacer falta.

INÉS

Toma este saquito, hija mía. Va lleno de tomillo y cantueso y cáscara de lima. Verás qué buen olor le da á la ropa.

SOR MARCELA

¡Como que no tendrá ella luego perfumes mejores!

SOR MARÍA JESÚS

¡Y de los caros!

INÉS

De los caros, puede; pero mejores, no; que estas son hierbas que ha hecho Dios y huelen á limpio y á buena conciencia. Todos los armarios de la sacristía tengo yo perfumados con esto y da gloria oler la ropa de altar.

TERESA

Creo que ya está todo.

SOR JUANA

Todo.

PRIORA

Echa bien la llave. ¿Irá seguro?

Teresa se levanta.

Y ahora cuélgatela al cuello con los escapularios, que

para eso tiene su cinta, y no la vayas á perder, que es cerradura inglesa y no abre otra.

TERESA

No, Madre, no.

VICARIA

Milagrito será, con la cabeza á pájaros que tienes.

SOR JUANA

Ahora la sentará con los cuidados que caen sobre ella.

MAESTRA

¿Estás contenta?

TERESA

Contenta es poco. No merezco lo que hacen por mí.

VICARIA

Sí, lo mereces; lo mismo hay que decir una cosa que otra. Tienes buen corazón y eres mujer de juicio. Y si lo dices por la ropa, no tengas escrúpulos: todo lo que llevas, y más, te lo has ganado con tu trabajo; ésa es la verdad, bien lo sabes. Claro que aquí se te ha enseñado á coser y á bordar, pero tú has trabajado para casa y para fuera. No nos debes nada, porque además, para comprar las telas, tenías las doscientas cincuenta pesetas que te ha dado el señor doctor. Por cierto *(Sacando un papel de debajo del escapulario)* que aquí tienes la relación de cómo se han gastado, para que puedas responder de

ellas, ya que á nosotras, por delicadeza, no ha de querernos preguntar en qué las empleamos.

TERESA

Confusa.

¡Qué cosas tiene usted, Madre Crucifixión!

VICARIA

Las cuentas claras.

Teresa coge el papel y le guarda, después de doblarle cuidadosamente.

PRIORA

A las monjas que estaban trabajando.

Recojan y arreglen todo esto.

TERESA

Deje, Madre, deje; ya lo recogeré yo.

La Priora hace una señal y salen todas las monjas, menos ella, Sor Juana de la Cruz, la Vicaria y la Maestra de novicias.

PRIORA

A Teresa.

¿A qué hora te marchas?

TERESA

A las cinco me viene á buscar mi padrino; pero me ha dicho... Antonio que antes de que me vaya quisiera verlas á ustedes todas para darles las gracias por la alhaja que le han criado.

PRIORA

También nosotras tendremos mucho gusto en verle á él.

VICARIA

Con gusto ó sin gusto, que eso es lo de menos, tenemos obligación. No se te va á llevar de casa como un bandolero, sin que le veamos la cara.

TERESA

En cuanto llegue les avisaré á ustedes.

Salen la Priora, la Vicaria y la Maestra de Novicias. Teresa y Sor Juana de la Cruz se quedan ordenando y recogiendo todos los papeles y recortes que se han quedado por los bancos y el suelo. No dicen nada; pero, de pronto, Teresa se arrodilla delante de la monja.

Sor Juana...

SOR JUANA

¿Qué quieres, hija?

TERESA

Ahora que estamos solas, bendígame usted aparte de todas, más que ninguna, porque es usted mi Madre más que todas juntas.

SOR JUANA

Levántate.

Teresa se levanta.

No digas eso: en la casa de Dios todas somos iguales.

TERESA

Pero en mi corazón es usted la primera. No se ponga usted seria porque se lo diga; ¡qué le vamos á hacer! ¿Usted qué culpa tiene de que yo, á fuerza de darle guerra, le haya tomado á usted este cariñazo?

SOR JUANA

Sí que has sido guerrera, sí, y alborotadora *(Disculpándola inmediatamente)*; pero es porque tenías buena salud.

TERESA

¡Ay, Madre! ¿De dónde habré venido yo?

SOR JUANA

Hija, del cielo, como todo el mundo.

TERESA

¿Usted cree que venimos del cielo?

SOR JUANA

Por lo menos, tú para mí viniste. Dices que soy tu Madre más que las otras... no lo sé; puede, pero tú sí que has sido toda mi alegría.

TERESA

¡Madre!

SOR JUANA

Y me da un gozo oirte reir y verte correr por esos claustros. Los años que tú ahora, poco más ó menos, te-

nia yo cuando tú llegaste: pues como si hubiera vuelto á ser criatura y á empezar á vivir. Cuando entré aquí, aunque tenía vocación de verdad, ¡me daba una tristeza acordarme de mis hermanos! Pues llegaste tú, y se me olvidó todo. Por eso digo que viniste del cielo. Y no creas, que algunas veces me da remordimiento quererte.

TERESA

¡Por eso me riñe usted tanto!

SOR JUANA

¿Cuándo te riño yo?

TERESA

A todas horas; pero no me importa. ¡A Antonio se lo he dicho más veces! Sor Juana de la Cruz es mi madre, mi madre, mi madre. ¡Como que ya la llama á usted suegra siempre que hablamos!

SOR JUANA

Hija, ¿serás feliz con él?

TERESA

Ya lo creo que sí. ¡Si es más bueno, más bueno y más alegre!

SOR JUANA

¡Qué loca estás!

TERESA

¡Sí, loca! Usted, cuando era chica, ¿no ha tenido us-

ted nunca pena por no ser hombre? Yo sí, porque pensaba que quisiera ser esto y lo otro y lo de más allá; ¡qué sé yo! ¡capitán general, arzobispo, hasta Papa! ¡Y me daba rabia, sólo por ser mujer, no servir siquiera para monaguillo! Pero ahora, desde... bueno, desde que quiero á Antonio y él me quiere á mí, no me importa; porque si yo soy una pobre ignorante, él es un sabio, y si yo valgo poco, él vale mucho. Y en vez de darme envidia, ¡me dá un gusto!... ¡Ay, Sor Juana, Sor Juana... cuando quiere una de veras á un hombre, qué humilde se vuelve!

SOR JUANA

¿Tanto le quieres tú?

TERESA

¡Más que á mi vida! Es poco... ¡Ay, Sor Juana, qué bueno es querer!

SOR JUANA

¿Y él te quiere á ti tanto?

TERESA

Sí, me quiere... tanto, no sé. ¡Pero no me importa, porque el caso es quererle yo á él! No crea usted, que algunas veces, pocas, he pensado: ¿dejará de quererme alguna vez? Y si me daba pena; pero si llegase á pensar que algún día pudiera yo dejar de quererle á él... ¡no! más vale morirse; porque, ¿de qué le serviría á una la vida?

SOR JUANA

¡Ay, hija, por el amor de Dios!

TERESA

¡La vida! ¿Sabe usted como la quisiera pasar yo toda? Sentada en el suelo, á sus pies, mirándole á los ojos y oyéndole hablar. ¡Dice unas cosas!... Pero, aunque no dijera nada, aunque hablase una lengua que una no entendiera, porque es la voz, yo no me sé explicar, pero es la voz... Una voz que parece que le está hablando á una desde que ha nacido. ¡Ay, madre! El primer dia que me dijo: ¡Teresa!, ya ve usted qué cosa tan sencilla, mi nombre, Teresa... pues me pareció que no me había llamado nadie nunca, y cuando se marchó, venía yo por la calle diciéndome bajito: Teresa, Teresa, Teresa... ¡Ay, Dios mío!

SOR JUANA

Hija, me das miedo.

TERESA

¿De qué?

SOR JUANA

De que quieras así. Porque el cariño humano... digo yo... me parece que es una florecilla que se encuentra una al lado del camino, una limosna que nos hace Dios para ayudarnos á pasar la vida, porque tenemos el corazón flaco; un poquito de miel que nos pone en el pan de cada día, y sí que debemos recibirlo con gozo, pero tem-

blando, hija, y desprendiendo un poco el corazón, porque pasa.

TERESA

¡No pasa!

SOR JUANA

Puede pasar; ¿y qué te va á quedar del alma si la pones toda en ese delirio?

TERESA

Humilde.

No se enfade usted, Madre. Míreme usted. Si no es una desgracia; si, además, por quererle, no me he de perder.

SOR JUANA

¿Es buen cristiano?

TERESA

Un día me dijo: ¡Te quiero porque sabes rezar!... Ya ve usted. Y otro día: ¡Te tengo devoción como á cosa santa!... ¡Devoción él á mí! Cuando pienso en eso, me parece que me he vuelto más buena, que soy capaz de todo lo que haya que sufrir en el mundo porque no me la deje de tener.

SOR JUANA

Me parece que entra alguien en el locutorio. Corre las cortinas.

Teresa, tirando de una cuerda, corre las cortinas de las ventanas. La parte anterior de la escena queda á obs-

curas. La parte exterior del locutorio se ilumina fuertemente. Han entrado Antonio y una mujer, que es la Demandadera; y ésta ha abierto las ventanas. A través de la cortina de la reja se ve á Antonio; tiene unos veinticinco años y es simpático y de muy buena figura. La Demandadera se va y le deja solo.

TERESA

Acercándose á la monja y en voz baja.

Sí, es él.

SOR JUANA

Cogiendo la mano de Teresa.

¡Ah! ¡Qué alto es!

TERESA

Sí, muy alto. ¿Verdad que tiene buena figura?

SOR JUANA

Sí... ¿Tiene el pelo blanco?

TERESA

No, es que le da la luz... Castaño oscuro, y los ojos entre azules y verdes. ¡Lástima que á esta luz no se le vean, porque son más bonitos! Cuando habla, le echan chispas.

SOR JUANA

¿Cuántos años tiene?

TERESA

Veinticinco ha cumplido.

Antonio pasea de un lado para otro.

SOR JUANA

Parece muy vivo de genio.

TERESA

Es que está impaciente. ¿Quiere usted que le llame y le diga que está usted aquí?

SOR JUANA

Retrocediendo un poco.

¡No, no!

TERESA

¿Por qué? ¡Si la quiere á usted tanto!

En voz queda, acercándose á la reja.

Buenas tardes, Antonio.

ANTONIO

Mirando de un lado para otro.

¡Teresa! ¿Dónde estás?

TERESA

Riéndose.

Aquí, hombre, aquí; detrás de la reja. Bien se ve que el señor no tiene costumbre de visitar monjitas.

ANTONIO

¿No puedes correr la cortina?

TERESA

No, porque no estoy sola. ¿A que no aciertas quién está conmigo? Mi Madre.

ANTONIO

¿Sor Juana de la Cruz?

TERESA

A la monja, con alegría, porque él ha adivinado.

¡Lo ve usted!

A Antonio.

Sor Juana de la Cruz, precisamente. Te hemos estado viendo desde aquí, y dice que te encuentra muy buen mozo.

SOR JUANA

¡Jesús! ¡No haga usted caso á esta cotorra!

TERESA

No se apure usted, Madre, que á mí también me lo parece.

ANTONIO

Pues no me lo habías dicho nunca.

TERESA

Es que aquí dentro, como no me ves, no me da ver-

güenza. Mira, tenemos que avisar que has llegado; pero antes dile á mi Madre una cosa bonita, que si te estás ahí con la boca cerrada, después de las ausencias que he hecho de ti, me vas á dejar mal.

ANTONIO

¿Qué quieres que diga?

TERESA

Lo que te pida el corazón.

ANTONIO

Es que no sé si á una religiosa se le puede decir, aunque el corazón lo pida, que se la quiere mucho.

TERESA

¡Anda! Yo se lo digo lo menos un millón de veces al día.

ANTONIO

Pues vayan dos millones, porque ha de saber usted, señora, que es imposible conocer á Teresa y no quererla á usted.

TERESA

¡Como que es un tesoro esta Madre que tengo!

SOR JUANA

¡Pobre de mí!

Con mucho rubor.

Yo también le tengo mucho afecto, señor, que también

esta niña me ha enseñado á estimarle. Ella está un poco ciega, es natural. No sabe del mundo, y nosotras, ¿qué íbamos á enseñarle? Ahora se la lleva usted tan lejos... no nos la quite usted del todo.

ANTONIO

Señora, yo le juro á usted que estaré siempre de rodillas ante toda la suavidad que le han puesto ustedes en el alma.

TERESA

Si ya le he dicho á usted que es muy bueno, Madre.

SOR JUANA

Que Dios les haga muy felices. Y queden con Dios, que servidora va á buscar á la Madre.

ANTONIO

Pero, ¿volverá usted?

SOR JUANA

Con la comunidad... creo que sí... Muy buenas tardes... Tanto gusto en haberle conocido.

Sale sor Juana de la Cruz emocionadísima. Teresa se queda junto á la reja, sin hablar hasta que la monja desaparece.

ANTONIO

Ahora ya puedes correr la cortina.

TERESA

Un poquito, sí.

Descorre un poco la cortina.

Pero te da lo mismo, porque tú no me ves. ¿Te gusta mi Madre, de veras, de veras? ¿Por qué te has puesto serio? ¿En qué piensas?

ANTONIO

No sé; es una cosa extraña. Desde que estoy aquí, desde que he oído hablar á esta Madre y te siento, sin saber de seguro dónde estás, detrás de esa reja, casi me da miedo quererte; pero, ¡cómo te quiero!

TERESA

Menos mal.

ANTONIO

¿Teresa?

TERESA

¿Qué?

ANTONIO

¿No echarás nunca de menos esta paz?

TERESA

¿A tu lado?

ANTONIO

Es que fuera de aquí hacemos tanto ruído inútil, y tú, ahora lo comprendo, debes ser maestra de silencio.

TERESA

Riendo.

¡Maestra de silencio! ¡Si me paso el día alborotando! Oye, de verdad, de verdad, ¿no te dará vergüenza tener una mujer tan ignorante?

ANTONIO

¿Ignorante ó doctora?

TERESA

Doctora yo, ¿en qué?

ANTONIO

En una ciencia que yo no sabía y tú me has enseñado.

TERESA

¡Búrlate ahora!

ANTONIO

En serio: hasta que te he encontrado á ti, no he logrado conocerme á mí mismo.

TERESA

Ya vienen.

Teresa se aparta de la reja, después de correr la cortina. Entran las monjas silenciosamente, en fila, primero las más jóvenes y en último término la Maestra de novicias, la Vicaria y la Priora. La Priora se sienta en un sillón á la izquierda de la reja; la Vicaria y la Maestra de novicias en dos sillas á la derecha. Las demás quedan en pie formando grupo. Teresa, también en pie, se

apoya en el respaldo del sillón de la Priora. Sor Juana de la Cruz se acerca á ella y le coge la mano. No han de hacer ruido al entrar ni al sentarse. Todas miran con atención y curiosidad y se sonríen unas á otras: hay un momento de silencio.

PRIORA

¡Ave María purísima!

Antonio, un poco desconcertado é intentando ver algo á través de la reja, no responde. La Priora vuelve la cabeza y sonríe á la comunidad.

Muy buenas tardes, caballero.

ANTONIO

Muy buenas tardes, señora ó señoras mías, que en el misterio de esta reja no sé si hablo con una ó con varias.

Risa discreta y queda de las monjas.

PRIORA

Bajo.

Corra la cortina, hermana Inés.

La hermana corre la cortina. A Antonio.

Habla con toda la Comunidad, que tiene mucho gusto en conocerle.

ANTONIO

Señoras: el gusto y el honor son míos, mucho mayores de lo que ustedes pueden figurarse.

INÉS

Qué lisonjero ¿eh?

TORNERA

Y qué buen mozo.

INÉS

Calle, á ver qué dice.

ANTONIO

Hace ya mucho tiempo qúe deseaba visitar á ustedes; Teresa lo sabe y se lo habrá dicho.

PRIORA

Ya, ya, cierto que sí, y le agradecemos mucho el deseo.

ANTONIO

Pero la primera vez que vine al pueblo era Adviento y la segunda Cuaresma, y Teresa me dijo las dos veces que no se les podía ver á ustedes.

VICARIA

Naturalmente, en tiempo de penitencia no tenemos visitas.

ANTONIO

Pero ahora es mes de Mayo y tiempo Pascual.

MAESTRA

Miren qué bien sabe el calendario. ¿Es muy devoto?

ANTONIO

Sí, señora; de unas cuantas santas que todavía no están en los altares.

INÉS

Ay, santas, santas; ¡si nos lo hiciera bueno!

ANTONIO

Dentro de cien años les quemarán á ustedes cirios y les llevarán piernecitas de cera.

TORNERA

¡Ja, ja, ja! ¡Del reúma cree que vamos á ser abogadas!

MAESTRA

¿Dentro de cien años? ¿Un siglo nada menos nos da de Purgatorio?

ANTONIO

¡Señora, por Dios! Un siglo de vida, y derechas al coro de serafines.

PRIORA

¡Vaya si es bromista el señor don Antonio!

ANTONIO

Hablo en serio. No saben ustedes, cuando me acuerdo de la muerte, la tranquilidad que me entra al pensar que tantas manos blancas han de dar para mí un empu-

jón á la puerta del Paraíso. Porque supongo que con la familia pondrán ustedes un poco de influencia.

SOR SAGRARIO

Riéndose.

¡Ay, con la familia!

VICARIA

Todos somos hijos de Dios.

ANTONIO

Pero yo lo seré por partida doble, como yerno de ustedes, que son sus esposas.

VICARIA

¡Ay, no haga broma de las cosas santas!

ANTONIO

No, señora. Y ustedes me perdonen todas las tonterías que llevo dichas, que yo les juro á ustedes que no son más que miedo.

MAESTRA

¿Miedo le damos?

ANTONIO

Sí, señora, mucho, á fuerza de respeto y de cariño. He venido aquí, turbado, como nunca lo estuve, no sé si á dar las gracias ó á pedir perdón.

PRIORA

¿Perdón?

ANTONIO

Sí, porque acaso soy indigno del tesoro que ustedes me entregan.

PRIORA

Ya sabemos por el señor Doctor que es buena persona.

MAESTRA

Y el cariño que la niña le tiene responde por usted. No había el Señor de permitir que, estando ella criada en su santo temor, fuera á prendarse de un malvado.

ANTONIO

Malvado no lo soy, pero soy hombre, y ustedes, señoras, con toda la piedad de su alma, han estado criando una flor para el cielo. Cuando la conocí, me dijo el corazón que había tropezado con un milagro; cuando me atreví á hablarla, me entró un temblor sobrenatural; cuando le dije mi cariño, la conciencia me estaba mandando ponerme de rodillas, y ahora que llego á pedirles á ustedes mi felicidad, no sé qué prometerles en prenda de mi agradecimiento, ni cómo darles gracias por la honra que me hacen.

VICARIA

Puede que tenga más razón de lo que piensa, señor don Antonio.

MAESTRA

¡Madre!...

VICARIA

Déjenme hablar. Dice muy bien. La niña no es de esas mundanas que llevan al esposo una gran hermosura corporal. Claro, que no puede llamarse desgraciada, pero eso es todo. Tampoco lleva dote: es más pobre que nadie; pero lleva un tesoro, único que nosotras hemos podido darle, que vale mucho, más que el oro y la plata, y es el temor de Dios. De ése usted nos responde, y le pedimos su palabra de que ha de respetarlo en ella y en sus hijos si el Señor es servido de enviárselos.

ANTONIO

Teresa será siempre dueña absoluta de su conciencia, y mi casa y mis hijos serán lo que ella quiera que sean. ¡Palabra de honor!

PRIORA

No le pesará, que ella es mujer prudente.

VICARIA

Y nada mojigata, que aunque, como ha dicho muy bien, la hemos criado para el cielo, nunca pensamos que hubiera de ganarlo en el claustro.

SOR MARÍA JESÚS

¿Ahora se van muy lejos?

ANTONIO

Sí, señora; es decir, ya no hay nada lejos en el mundo. La semana que viene embarcamos; yo llevo á América la dirección de una casa constructora.

PRIORA

Ya, ya sabemos...

ANTONIO

Por eso ha sido este apresuramiento. Yo no quería marcharme solo.

TORNERA

¿Se mareará la niña en el barco? Mire, que nos la cuide bien.

INÉS

Y que, cuando esté sofocada, no la deje beber agua fría, que ella es muy loca para eso.

SOR MARCELA

Y no vaya á olvidarse de que tiene costumbre de tomar duchas todas las primaveras.

INÉS

Y que si toma frío y tose, beba un vaso de leche muy caliente con una cucharada de ron y mucho azúcar, que es lo único que le hace sudar.

TERESA

Hermana, de eso ya me cuidaré yo.

INÉS

Si, sí, buena eres tú. No la haga usted caso, señor don Antonio, que ella se pasa de mirada, y como no le den las cosas, muriéndose ha de estar y no las pide.

PRIORA

Vaya, no le aturdan con recomendaciones, que de sobra sabe él lo que ha de hacer.

ANTONIO

Sonriendo.

Mejor será que me las pongan todas en un papelito.

TORNERA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrente!

SOR SAGRARIO

¿Y cuántos días llevan de barco?

ANTONIO

Dos semanas.

SOR MARCELA

¡Jesús, qué eternidad! ¿Y si hay tormenta?

MAESTRA

Lo menos otros quince días tardarán en llegar aquí las cartas.

ANTONIO

En desembarcando pondremos un parte, y en medio

del mar otro, y con eso sabrán el mismo día por dónde andamos.

INÉS

¡Madre de Dios! ¿Desde en medio del mar mandan partes ahora? ¿Por dónde vienen las palabras?

TERESA

Sueltas por el aire, como los pájaros.

INÉS

¡Lo que inventan los hombres! Cuando servidora estaba en el siglo, venían por alambre, y ya parecía cosa del diablo.

ANTONIO

No crea, hermana, que será muy ajeno á tales invenciones.

INÉS

Por si ó por cuando no llegue el parte, bueno será rociar el papel con agua bendita.

PRIORA

¡Ay, hermana Inés, no sea sencilla! ¿No ve que todo es broma?

VICARIA

Ya deben ser las cinco. Ya estará al llegar tu padrino, niña.

ANTONIO

Y yo no quiero molestar más á ustedes.

PRIORA

No molesta, pero á las cinco tenemos que cerrar el locutorio.

ANTONIO

Ustedes perdonen si cometo una terrible falta de etiqueta, pero quisiera pedirles un favor.

PRIORA

Si está en nuestra mano...

ANTONIO

Aunque, al parecer, han corrido ustedes una cortina, el misterio de esta reja sigue siendo misterio para mí, pecador, y no quisiera marcharme sin haberles visto á ustedes la cara. ¿Es mucho pedir?

PRIORA

Hoy es día de dar. Corre esas cortinas, Teresa.

Teresa corre las cortinas de las ventanas, con lo cual se ilumina el locutorio.

ANTONIO

Inclinándose.

Señoras...

VICARIA

¿Qué le pareció la visión?

ANTONIO

No la olvidaré mientras viva.

PRIORA

Pues vaya con Dios y viva mil años.

Cogiendo de la mano á Teresa.

Y aquí tiene á la niña. Mire que se la damos con mucho amor... y hágala muy feliz.

ANTONIO

Respondo con mi vida de su felicidad.

PRIORA

Dios les ayude.

MAESTRA

Teresa le dará de nuestra parte unos escapularios: regalitos de monja. No valen nada, pero están tocados en la reliquia de nuestro padre Santo Domingo. Guárdelos en recuerdo de este día.

ANTONIO

Los guardaré. Señoras, hasta pronto. No me olviden ustedes en sus oraciones.

VICARIA

Y usted no se olvide de rezarlas por su cuenta de cuando en cuando, que en el camino de la salvación todo el mundo puede servirnos de ayuda, pero el primer paso le hemos de dar solitos. Vaya con Dios.

TODAS

Vaya con Dios.

ANTONIO

Señoras...

Sale. En cuanto ha salido, la Demandadera entra en la parte exterior del locutorio y cierra las ventanas. Una monja corre la cortina de la reja. Hay un momento de silencio y algunas de las monjas suspiran diciendo: ¡Ay, Señor! ¡Ay, Dios mío! ¡Todo sea por Dios! Suena dos veces la campana.

VICARIA

¿No lo dije?, niña. Ya está ahí tu padrino.

Teresa, en medio de las monjas, las mira con un poco de angustia. La tornera va á abrir la puerta.

PRIORA

Que pase aquí, que pase.

Entra el Médico del brazo de la Hermana Tornera; está muy viejo, pero no decrépito ni abatido.

MÉDICO

Buenas tardes, señoras... buenas tardes, niña.

TERESA

Besándole la mano.

Buenas tardes, padrino.

MÉDICO

Gran reunión... la despedida, ¿eh?... ¿Ya vieron á ese caballero?

Las monjas no contestan.

Buen muchacho, ¿no?... En la puerta aguarda, y tenemos una hora de coche hasta llegar al tren, de modo que ya puedes prepararte, hija mía.

Teresa sale con Sor Juana de la Cruz.

El baulito, ¿eh? Pueden sacarlo hasta la puerta, que fuera hay quien lo cargue.

Dos ó tres monjas arrastran el baúl, sacándole por la puerta de la izquierda.

Eso es.

Se sienta en el sillón de la Priora.

¿Qué me cuentan?

PRIORA

Ya ve usted.

MAESTRA

¡Quién nos lo había de decir, hace diez y ocho años!

MÉDICO

Diez y ocho años; ya vamos para viejos, reverenda Madre.

PRIORA

Eso es lo de menos.

INÉS

¿Cuántos años tiene usted ya?

MÉDICO

Setenta y ocho, hermana.

INÉS

Pues nadie lo diría.

MÉDICO

Intentando un chiste por animar á las monjas.

Es que estoy conservado en santidad como los limoncillos en almíbar.

Pero ninguna de las monjas se ríe.

Un poco tristes, ¿eh?

SOR MARCELA

¡Qué se le va á hacer!

SOR SAGRARIO

Ni siquiera casarse en nuestra capilla.

MÉDICO

La madre de él es vieja y está enferma, y claro, se ha empeñado en que la boda se celebre en su casa.

PRIORA

Es natural. ¡Pobre señora!

Pausa.

MAESTRA

¡Marcharse tan lejos!

MÉDICO

¡Volverá, volverá!

PRIORA

Ella que no sabe del mundo...

MÉDICO

No hay que apurarse; él es hombre honrado.

VICARIA

Sí que lo parece.

Entran Teresa y Sor Juana de la Cruz. Bien se ve que las dos han llorado. Teresa viene de mantilla y con abrigo puesto, y trae al brazo un mantón que ha de servirle de manta de viaje. Se queda en medio de la habitación, sin atreverse á despedirse.

MÉDICO

¿Ya estás lista?

TERESA

Ya... sí...

MÉDICO

Pues despídete, hija, que ya es tarde.

PRIORA

Sí, sí, no hagas esperar más.

TERESA

Arrodillándose á los pies de la Priora y besándole el escapulario.

Madre...

PRIORA

Levanta, hija, levanta.

TERESA

Bendígame usted, Madre.

PRIORA

Dios te bendiga, sí; pero levanta.

Al levantarse Teresa, la Priora la abraza.

TERESA

Madre... yo no sé qué decirles... yo no me sé marchar. Perdónenme todas todo el mal que haya hecho en tantos años. He sido loca, disipada, he dado tanto que hacer á todas... Perdónenme. Yo quisiera hacer algo muy grande por ustedes... ¡Que Dios se lo pague, que Dios se lo pague!

Se echa á llorar.

PRIORA

Vamos, hija, no llores, no te aflijas así...

TERESA

¡Si no me aflijo... es que... Madre, yo nunca me olvi-

daré de ustedes... recen por mí... no se olviden ustedes de mí!

PRIORA

Sí, hija, sí; rezaremos para que Dios te ayude. Tú pídele consejo siempre, antes de decidirte á cosa alguna, que la libertad que se goza en el siglo es como espada en manos de un niño, y la vida es difícil y amarga muchas veces.

MAESTRA

Gracias á que ella lleva el corazón bien templado para arrostrar todo lo que venga. ¿Verdad, hija?

TERESA

Verdad, Madre.

PRIORA

¿Verdad que serás siempre piadosa y buena?

TERESA

Sí, Madre, sí.

VICARIA

Mira que tú estás más obligada que nadie, porque sales de la misma casa de Dios.

TERESA

Sí, Madre, sí.

PRIORA

Acuérdate de todas las mercedes que te ha hecho; acuérdate de que toda tu vida es como un milagro, de

que has vivido como nadie vive, de que te has criado como nadie se cría, como la Santísima Virgen, dentro del templo.

MAESTRA

Como en el Evangelio, Dios ha sido tu padre y tu madre más que para criatura ninguna.

PRIORA

Piensa que eres la rosa de su jardín y el granito de incienso de su incensario.

TERESA

Sí, Madre, sí me acordaré de todo, siempre de todo..

MAESTRA

Mira, hija, que no dejes ninguna noche de hacer examen de conciencia.

TERESA

No, Madre.

SOR JUANA

Que escribas á menudo.

TERESA

Sí, Madre.

MÉDICO

Vamos, Teresa, vamos.

TERESA

Echándose de repente en sus brazos.

¡Ay, padrino! ¡No me las abandone usted!

MÉDICO

¡Hija de mi vida! Que ellas no me abandonen á mí. Si esto es mi casa. Más de cuarenta años entrando en ella día por día. No hay nadie más antiguo que yo dentro de estas paredes. No tengo hijos. Si amores tuve, ¡hace ya tanto tiempo, que se me olvidaron!... Y las que para ti han sido madres, para mí son hijas. Ya delante de mí no se tapan la cara. ¿Para qué? Me parece como si las hubiera visto nacer á todas. Aquí dentro *(Conmoviéndose)* me quisiera morir para que ellas me cerrasen los ojos...

MAESTRA

Vamos, vamos, Doctor, ¿quién habla de morirse?

PRIORA

¡Váyanse, váyanse!

TERESA

Mirándolas una por una

¿No me abrazan?

Todas las monjas, después de consultar con la mirada á la Madre, la abrazan en silencio; sólo Sor Juana de la Cruz, al abrazarla, dice:

SOR JUANA

¡Hija mía!

PRIORA

Hija, que encuentres lo que buscas en el mundo, que así lo esperamos y á Dios se lo pedimos; pero si así no fuere, aquí está tu convento.

TERESA

Gracias, gracias...

MÉDICO

Vamos, niña, vamos...

Salen el Médico y Teresa; pero ella vuelve desde la puerta y abraza apasionadamente á Sor Juana de la Cruz. Después sale. Sor Juana de la Cruz apoya la cabeza en la reja, de espaldas al público, y llora en silencio. Pausa. Suena la campana llamando á coro.

PRIORA

Llaman á coro.

MAESTRA

Vamos.

Todas se disponen á salir con tristeza. La Vicaria, que ve la situación, á su entender, desmoralizante, quiere remediarla; ella misma está conmovidísima, pero se obstina en vencerse y dice en voz que ella quiere aparentar serena, pero que está como anegada en lágrimas:

VICARIA

Un momento: he observado que algunas... en el rezo... no marcan lo bastante la división en medio del versículo, y en cambio, arrastran la última palabra de modo la-

mentable. Cuiden de esto, porque de sobra saben sus reverencias que la belleza del oficio consiste muy principalmente en marcar las *pausas* y evitar las *colas*. Vamos allá.

Se oyen dentro los cascabeles del coche. Las monjas desfilan. El telón empieza á bajar lentamente al empezar á desfilar las monjas. Sor Juana de la Cruz queda sola en escena y se deja caer en un sillón, llorando acongojada.

CAE EL TELÓN

MÚSICA

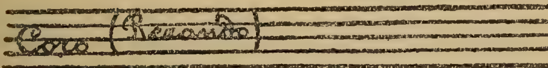
PARA EL REZO DEL ACTO PRIMERO



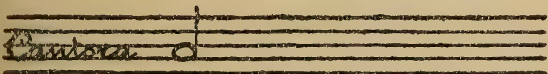
Yn nomine Patri et Filio



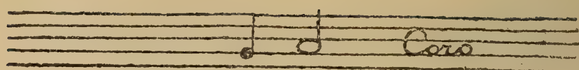
et Spiritu Sanc ti



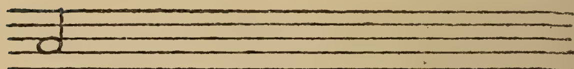
Pater noster &c.... Amen



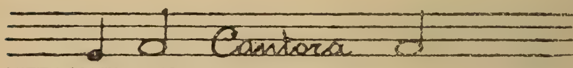
Deus in adjutorium



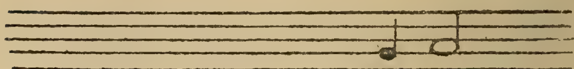
meum in ten de



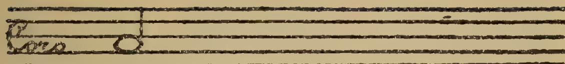
Domine ad adjuvandum me



festi na Gloria Patri



et Filio et Spiritui Sancto



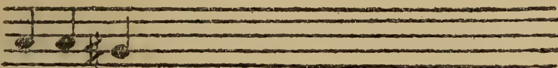
Sicut erat in principio et



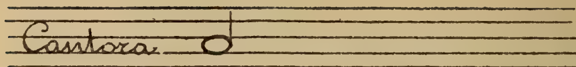
nunc et semper et in saecula



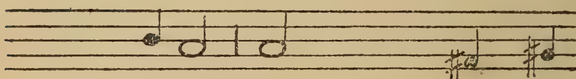
saeculorum Amen Al——



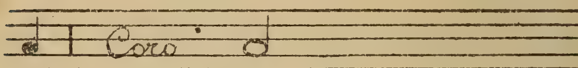
leluia



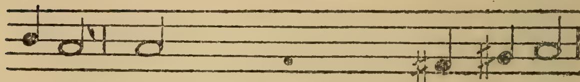
Dixit Dominus Do-



mino meo sede a Dextris me



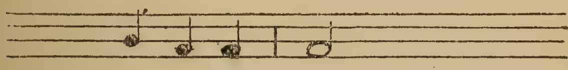
is Donec ponam inimicos



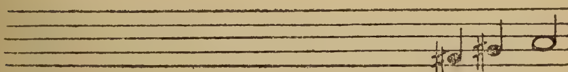
tuos scabellum pedum tu orum

Cantoria

Virgam virtutis tuae emit-



tet Dominus ex Sion dominare

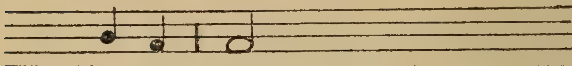


in medio inimicorum tuorum

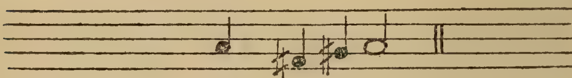
Coro

Tecum principium in die

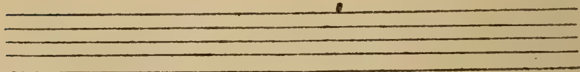
virtutis tuae in splendoribus



Sanctorum ex utero ante



luciferum ge nui te



PRIMAVERA EN OTOÑO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Representada por primera vez en Madrid en el

TEATRO DE LA PRINCESA

el 3 de Marzo de 1911.

Á MARIA GUERRERO

Y

Á FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA

CON MUCHA ADMIRACION Y MUCHO CARIÑO

Señores y amigos mios (1): Gracias á toaos de todo corazón. Esta honra que me hacéis, la estimo doblemente, por demostración de amistad y por premio á mi trabajo honrado. Como demostración de amistad, la tomo toda como deuda mía, y os la agradezco con emoción cordial; como reconocimiento del valor de mi obra, me asocio á vosotros en el homenaje y soy uno más á festejarla. Esto puede parecer inmodestia y no lo es. La obra de arte, lo mismo que un hijo, salió de nuestra sangre; pero vive su vida fuera de nosotros y hubo en su creación algo ajeno á nuestra misma voluntad, que siempre nos hace tenerla por milagro. Como á los hijos, pues, creo que le debemos á nuestra obra máxima reverencia.

La belleza existe por sí desde siempre, y nosotros, artistas, no hacemos más que oír su llamamiento y poner nuestro esfuerzo al servicio de su ansia de manifestarse. Cierto que el espíritu supo oír la voz y realizar en forma la esencia; cierto que hay cerebros de cerebros... pero el cerebro también es don, señores. Mi único orgullo propio es, por lo tanto, mi trabajo tenaz ¡eso sí! y esperanzado, á pesar de muchísimos pesares.

---

(1) Palabras dichas en el banquete celebrado el 7 de Marzo de 1911.

En estos momentos en que la simpatía del público y de la crítica se me ha manifestado cara á cara y con ruido, al complacerme en ella, he pasado revista al camino. Ahí están los pesares, señores; pero ahí también están los motivos, si escasos, tan fuertes, de honda gratitud. Para la mía hay cuatro nombres, y quiero proclamarlos aquí bien alto: Jacinto Benavente, Santiago Rusiñol, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.

Jacinto Benavente, á quien me presenté osadamente con mis diez y siete años y mi primer libro, me acogió con bondad, escribió un prólogo — por entonces le llamábamos atrio — para mis prosas líricas y dió conmigo larguísimos paseos. Oyéndole hablar, se me descubrieron las leyes fundamentales del teatro moderno, y aproveché sus lecciones sin descanso; porque he cumplido ayer los treinta años, pero á los diez y ocho, ya escribía comedias. Esto puede explicarles á ustedes la coincidencia del dominio con la improvisación que hace constar, en son de elogio, un crítico, mi amigo.

Santiago Rusiñol, siendo él maestro y consagrado por sanción unánime del público y de la crítica, y yo un desconocido en el teatro, por fe en mi entendimiento, y por desinterés de amistad, que se da pocas veces, me honró con su colaboración, y al lado suyo he entrado por primera vez en la escena como responsable de obra original. Vida y dulzura *se estrenó en el teatro de la Comedia, á pesar de ser mía, por ser suya. Los primeros aplausos á él se los debo.*

No hay palabras con que decir lo que han hecho por mí los Sres. Alvarez Quintero. Yo creí que amistaa como la suya no existía en el mundo. Pueden estar se-

guros de que gratitud como la mía también habrá bien pocas. En momentos para mí de desaliento casi definitivo, ellos han levantado mi obra hasta á mis propios ojos, saliendo fiadores de ella con toda la autoridad de su gran talento. A ellos debo el estreno de La sombra del padre, *que fué mi entrada decisiva en el teatro; á ellos les debo un interés de todos los momentos, incansable, entusiasta, eficaz, aún más de hechos que de palabras. Siempre los he encontrado leales y justos en el consejo y apasionados en la defensa. No hay paso en mi carrera de autor dramático que no lleve recuerdo de su apoyo y de su admirable desinterés; en lo más grande y en lo más menudo han sido siempre para mí amigos perfectos. Sepan que no dieron con un ingrato.*

Estos cuatro nombres, Jacinto Benavente, Santiago Rusiñol, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, quiero que estén en este homenaje tan por derecho propio como el mío.

¡Salud, y gracias otra vez, señores!

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA (37 años)............	María Guerrero.
AGUSTINA (18 íd.)..........	Catalina Bárcena.
LA PURA (35 íd.)...........	Elena Salvador.
EL AMA JUSTA (65 íd.). ...	María Cancio.
DON ENRIQUE (44 íd.)......	Fernando Díaz de Mendoza.
JUAN MANUEL (28 íd.).....	Luis Martínez Tovar.
MANCLO (25 íd.)...........	Ricardo Vargas.
EL MODISTO (35 íd.)........	Fernando Montenegro.

La acción del primer acto en Madrid.

La del segundo y tercero en un pueblo de la costa cantábrica.

Época actual

ACTO PRIMERO

Un salón amueblado con bastante lujo y no demasiado mal gusto, pero un poco en desorden.

Agustina está sentada delante de un grandísimo espejo de tres hojas, Elena termina de peinarla y la Pura está en admiración cerca de una mesita donde hay peines, cepillos, cajas de alfileres, lazos, frascos de esencia...

ELENA

Mírala, mírala. ¡Ay, qué pelo tiene esta hija mía de mi alma! Tú, dame ese lazo; no, ese otro, el negro. ¡Hija, parece que estás alelada! Así, ¿con qué le prendo? Justo; un alfiler para clavársele á mi niña y que se me convierta en paloma. ¡Huy!

Besa á Agustina apasionadamente.

¿Quién te quiere á tí?

A Pura.

¡Una horquilla, mujer, una horquilla! Invisible, para que no atraviese el terciopelo. ¡Gorda! ¡Ni que hubiera que sujetar un toro! Pequeña, mujer, pequeña y fuerte. ¡Hija, qué idiota eres!

PURA

Es que le vuelves á una loca con esos gritos.

ELENA

Pues ya debías estar acostumbrada.

PURA

A lo malo no se acostumbra una nunca.

ELENA

Dame el perfumador. ¡No, ese no, el de violeta; á ver si tiras cuatro ó cinco frascos! Vuelve esa cabeza. ¡Cierra los ojos, que se te va á entrar el perfume dentro y escuece que rabia! ¡También tú eres un poco pava! Ya te irás despabilando á mi lado. ¡Levántate!

A la Pura.

¡Estírale esa falda! Bueno, ahora mírate al espejo á ver si te gustas.

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja, ja!

ELENA

¿De qué te ríes?

AGUSTINA

De que parezco un perro de aguas con estas greñas sueltas.

ELENA

En cambio, cuando te peinas tú, pareces un coco con

el pelo estirado y el moñito arriba. ¿Quién te manda que te peines así? Tu padre, como si lo viera. Siempre ha sido muy ridículo el pobre.

AGUSTINA

Papá no se mete en esas cosas... es Manolo que dice que no le gustan estos rizos tan locos que tengo, porque... porque parezco una postal...

ELENA

Y él, ¿qué parece? Un espantapájaros.

AGUSTINA

No, mamá, que es muy guapo... y muy buen mozo.

ELENA

Pero muy antipático.

AGUSTINA

Si no le conoces.

ELENA

Me lo figuro. ¡Cuando te le ha escogido para novio tu padre!

AGUSTINA

¡Ay, mamá, si no ha sido mi padre!

ELENA

Pues, ¿quién ha sido?

AGUSTINA

Yo.

ELENA

Pero él está rabiando por que te cases.

AGUSTINA

No lo creas.

ELENA

¡Ah! ¿No? Entonces, ¿á qué te manda aquí con la comisioncita?

AGUSTINA

Si no es comisioncita... ni me manda él tampoco.

ELENA

Pues, hija, no te entiendo.

PURA

Como no la dejas hablar.

ELENA

No sé á ti quién te da vela en este entierro.

PURA

¡Si no va una á poder decir lo que le parece!

ELENA

Recoge todo eso y llévatelo, que lo que parece esto es el puerto de arrebata capas.

PURA

Es que no siendo á tí, á nadie se le ocurre armar el tocador en la sala.

ELENA

Hago lo que quiero, que para eso estoy en mi casa.

AGUSTINA

Pero madre, Pura, ¿qué gusto sacáis en estar todo el día disputando?

ELENA

No es disputar: es hablar fuerte.

PURA

Ejercicios de voz que hace tu madre, niña; gracias á que á mí por un oído me entra y por otro me sale.

ELENA

Bueno; explícate tú, á ver si te entendemos.

AGUSTINA

Si es muy sencillo... Que Manolo me quiere mucho, mucho.

ELENA

Ya...

AGUSTINA

Y yo le quiero á él.

ELENA

¿También mucho?

AGUSTINA

También.

ELENA

¡Qué sabes tú!

AGUSTINA

¡Madre!

PURA

¡Pues si ella no lo sabe!

ELENA

No lo sabe, no; ¡qué va á saber con diez y siete años que tiene!

AGUSTINA

Diez y ocho y medio, madre.

ELENA

Hija, no te corre á tí poca prisa hacerme vieja.

AGUSTINA

¡No te enfades, mamá!

ELENA

Esa es otra. ¡No te enfades, mamá! Ni que yo fuera el ogro. No me enfado, y menos contigo; pero te digo

la verdad de las cosas. Vamos á ver, ¿cuánto tiempo hace que sois novios?

AGUSTINA

Mucho... no sé... desde siempre... es decir, desde hace ya muchísimos años...

ELENA

¿Muchísimos? ¿Dónde le conociste? ¿Dónde le has encontrado?

AGUSTINA

No le he encontrado... porque siempre hemos estado juntos... ya ves... somos vecinos: la huerta suya, pared por medio con la de casa.

ELENA

¡Muy bonito! Así habrás aprendido de picardías tú con el tal Manolo.

AGUSTINA

No, mamá; he aprendido á quererle.

ELENA

Algo es algo.

AGUSTINA

Si vieras, es muy bueno... tan serio, tan formal. ¡Si no fuera por él sería yo más loca! Pero él tiene una maña para mandarme...

ELENA

¿Sabes lo que te digo? Que eso no es amor ni Cristo que lo fundó...

AGUSTINA

¡Mamá!

ELENA

¡Mamá! ¡Es costumbre, aburrimiento! ¡Muy formal, muy formal! y muy dominante... ¡Qué joya de niño! ¡Tu padre tiene la culpa de todo! ¡A quién se le ocurre tenerte encerrada en aquel pueblo! ¡Te has enamorado de él, porque en algo vas á pasar el tiempo... pero no le quieres!

AGUSTINA

¡Sí, madre; sí!

ELENA

¡No, madre; no! El amor tiene que entrar de pronto.

PURA

¡Como un patatús!

ELENA

Como una luz del cielo. Así me entró á mí por tu padre.

PURA

Pues puedes aconsejarle el sistema; con lo bien que á ti te ha resultado.

ELENA

¡Ya metiste tú la patita! No sé qué falta hace que la niña se entere de ciertas cosas.

PURA

Como si no las supiera de sobra: el secreto á voces.

ELENA

No hay secreto ninguno: yo siempre le he querido á tu padre muchísimo... y le quiero *(Con perfecta indiferencia);* pero no hemos podido vivir juntos porque... porque la vida es la vida, y porque el pobre tenía ¡y le tendrá! un genio inaguantable. También él era muy formal, también. Verdad es que él te habrá dicho que yo soy muy loca.

AGUSTINA

No, mamá.

ELENA

¿Pues qué te ha dicho?

AGUSTINA

Nada; lo que tú: que la vida es la vida. y que no habéis podido vivir juntos.

ELENA

De lo cual él se alegra.

AGUSTINA

No se alegra.

ELENA

Eso es lo que traerás encargo de decirme para hacerme tragar el anzuelo.

PURA

¡Y tú serás tan prima que te lo tragues!

ELENA

Haré lo que se me ponga en el moño.

PURA

¡Ya lo sabemos, porque otra más infeliz que tú no ha nacido de madre!

ELENA

Habla tú, que eres el rigor de las desdichas.

PURA

Porque no tengo otro remedio; porque soy fea, y pobre, y no me ha dado Dios ninguna habilidad de las que vuelven el juicio á los hombres; pero tú, con esa cara y ese cuerpo, y esa voz ¡y el dinero que ganas! ¡Niña, hasta los reyes se vuelven locos oyéndola cantar! ¡Y puede que el muy cuco se haya figurado que te vas á ir así de rositas á enterrar en el pueblo por su linda cara, ahora que estará el alma mía para sacarlo con una espuerta al sol! ¡Y te manda á la niña porque sabe que tienes un corazón que no te *coge* en el pecho, y que eres tonta, pero tonta perdía!

ELENA

¿Te quieres callar, te quieres callar?

PURA

Si ya me callo, porque no tengo más que decir.

ELENA

¡Quítate de mi vista!

PURA

¡Porque te digo la verdad! Y que no habrá sido él tan tonto como tú. ¡Digo, si se habrá divertido con quien le parezca en diez y seis años de ausencia! ¡Buenos son los hombres! ¡Porque tu madre ha sido tonta, niña, y lo sigue siendo! Eso ahora no lo entiendes tú; pero ya lo entenderás cuando te cases, si te casas, que San Antonio bendito se porte contigo mejor que con ella. No me mires tú con esos ojos de básilisco, que no he dicho nada, que de sobra sé yo cómo hay que hablar con una criatura inocente, y si te quieres marchar con él, te marchas, que siempre harás lo que te dé la gana, y yo contigo de cabeza al infierno; pero luego no vengas con Pura por arriba y Pura por abajo, y que á este hombre ni su madre lo aguanta, porque ya lo sabíamos.

ELENA

¿Quieres un vaso de agua con azucarillo?

PURA

¡Ya me voy, ya!

Sale Pura.

ELENA

Que preparen el coche, que vamos á salir. No la hagas caso; está de remate... Oye, y no vayas á tomar en cuenta esas atrocidades que dice, porque una cosa es que tu padre y yo...

Muy apurada.

AGUSTINA

Dejándose caer en una silla.

¡Ja, ja, ja, ja!

ELENA

¿De qué te ríes?

AGUSTINA

De que me hacéis una gracia loca. ¡Ay, madre, madre!

ELENA

Muy bonito.

Casi saltándosele las lágrimas.

¡Ríete de mí!

AGUSTINA

Pero, mamá. ¡Vamos!

Corriendo á ella y abrazándola.

Mamá, ¿qué tienes?

ELENA

¿Que qué tengo? Que hasta el respeto de mi hija me han quitado. ¡Sabe Dios lo que te habrán contado de mí!

AGUSTINA

No me han contado nada: ni necesito yo para respetarte y para quererte que me cuenten ni me dejen de contar. Eres mi madre y basta.

ELENA

Nadie te ha enseñado á quererme como hija.

AGUSTINA

He aprendido yo sola, por lo mucho que te necesitaba.

ELENA

¡Sí, que tú habrás pensado mucho en mí!

AGUSTINA

Mucho, madre, mucho; de pequeña porque me parecías ¡qué sé yo! una reina, un hada: eras tan bonita, tan bonita en los retratos, y estabas tan lejos y me enviabas tantas, tantas cosas bonitas como tú.

ELENA

¡Chiquilla mía!

La abraza.

AGUSTINA

Y después, de mayor, no sé cómo explicarte; tantas horas de soledad en aquel caserón, cosiendo, leyendo ó sin hacer nada, teniendo que aprender yo sola á ser mujer, á querer, á llorar, porque papá me quiere mucho, y Manolo también; pero son hombres, y los hombres no entienden de locuras.

ELENA

¡Es verdad!

Muy convencida.

AGUSTINA

Tú sí que no te acordarías de mí, por esos mundos, viendo tantas cosas, con tanta gente que te quiera y te admire. ¡Cómo te aplaudían anoche!

ELENA

Pues aquí no es nada: si vieras en Rusia, que es donde tengo yo mi público, y en Viena, y en Berlín... ¡Ay, chiquilla, chiquilla!

La abraza.

¿A tí no te gustaría cantar?

AGUSTINA

No sé... no lo he intentado nunca.

ELENA

¿No te ha enseñado música tu padre?.

AGUSTINA

Sí; pero á... Manolo *(Bajando un poco los ojos)* no le gusta que cante. ¡No te enfades!

ELENA

No, no; con su pan se lo coma; pero sí que debe ser un poco raro el niño.

AGUSTINA

No es raro, es así.

ELENA

¿Y á él es á quien se le ha ocurrido la condicioncita para el matrimonio?

AGUSTINA

No, mamá. Claro que él también se alegraría muchísimo de que papá y tú os reunieseis, por los dos... y por mí, porque dice que marido y mujer deben vivir juntos *(La madre da en el suelo con el pie);* pero el que se empeña y dice que si no, no se casa... es decir... no me caso... es su padre, que es muy bueno, ¿sabes?, y muy mirado, como es sacerdote...

ELENA

¿Cura?

AGUSTINA

Si no tiene nada de particular... cuando nació Manolo no lo era... estaba casado, naturalmente... pero luego se le murió la madre de Manolo, su mujer, y como él la quería tanto... para no volverse á casar, y por no dar madrastra á su hijo, porque le quería también mucho...

ELENA

Ya podía meterse el buen señor á gobernar su casa.

AGUSTINA

Por eso dice él que es, por el buen ejemplo de su casa, es decir, de la mía.

ELENA

Y el alma cándida de tu novio, ¿qué?

AGUSTINA

Ya ves, no le va á dar un disgusto á su padre.

ELENA

Claro; es mucho más cómodo que me le des tú á mí.

AGUSTINA

Pero, mamá, si no es disgusto.

ELENA

¿A quién le cabe en la cabeza que me voy á ir á mis años á vivir con tu padre, ¡si de jóvenes, cuando nos queríamos, no nos pudimos aguantar!...

AGUSTINA

Papá es muy bueno.

ELENA

Sí, hija; pero muy chinche.

AGUSTINA

¿No quieres?

ELENA

¡No puedo!

PURA

Entrando.

El señorito Juan Manuel.

ELENA

Que pase.

A Agustina, que se ha levantado:

No te vayas tú.

AGUSTINA

Ahora vuelvo: tengo que escribir una carta.

ELENA

Sí, que no se olvide... Dale memorias de mi parte, y á su papá, también.

Sale Agustina.

Elena se levanta y se arregla un poco el pelo al espejo; cuando entra Juan Manuel, aun está ella en pie y mirándose: las primeras frases las hablan sin mirarse directamente, sino en la luna del espejo, al cual él se acerca por detrás de ella.

JUAN MANUEL

¿Se puede entrar? Buenas tardes. ¿Coqueterías?... No me faltaba más.

ELENA

Es que no le quiero á usted recibir con cara de suegra... Buenas tardes...

Le da la mano sin volver la cabeza.

Y como acabo de pelearme por poderes con un yerno que voy á tener, es decir, que me parece que no voy á tener, porque se le ha ocurrido á su papá que para casarse con mi hija tengo que reunirme yo con mi marido... y lo que es eso, ¡magras!

JUAN MANUEL

¿Pero está usted segura, completamente segura, de que es hija de usted esa porcelana que nos ha presentado usted anoche?

ELENA

¿Usted lo duda?

JUAN MANUEL

Me parece que esa maternidad es un sueño color rosa que ha tenido usted.

ELENA

¡Sí, hace diez y ocho años!

JUAN MANUEL

¡Imposible!

ELENA

Mire usted: aquí en las sienes dentro de poco voy á tener canas.

JUAN MANUEL

Y yo también.

ELENA

Pero á usted le saldrán de la mala vida.

JUAN MANUEL

¿Usted cree?

ELENA

Me han contado horrores.

JUAN MANUEL

Siempre se exagera.

ELENA

Más vale así.

JUAN MANUEL

Además, que usted tiene la culpa...

ELENA

¿Yo?...

JUAN MANUEL

¡Si hubiera usted querido ser buena conmigo, me salvo!

ELENA

Tiene gracia. Para salvarse un hombre, siempre necesita que se pierda una mujer por él.

JUAN MANUEL

¿Usted le llama á eso perderse?

ELENA

Así le dicen en mi tierra.

JUAN MANUEL

Que es Madrid, ¿no?

ELENA

Madrid, á mucha honra.

JUAN MANUEL

A toda la que usted quiera, porque también soy madrileño yo.

ELENA

¡Usted no es de ninguna parte!

JUAN MANUEL

Puede que tenga usted razón. ¡Ay, si todo el mundo se pudiera encerrar en ese espejo! ¡Tápese usted los oídos, que le voy á decir cuatro locuras á esa fiera que nos está mirando!

ELENA

¡Formalidad, eh, formalidad!

JUAN MANUEL

Sí, señora, ¡qué remedio me queda!

ELENA

Siéntese usted *(Él va á sentarse muy cerca de ella;)* no, ahí no; en la butaca, y hábleme usted de cosas correctas.

JUAN MANUEL

¡Ay, cómo la he querido á usted, Elena!

ELENA

Menos mal, ya suspira usted en pasado.

JUAN MANUEL

Por ver si me convenzo á mí mismo de que no hay porvenir posible. Dígame usted, Elena, ¿por qué nos tiene usted esa rabia á los hombres?

ELENA

Si no es rabia.

JUAN MANUEL

Bueno, esa desoladora indiferencia.

ELENA

Porque para una vida basta con uno, créamelo usted á mí.

Se ríe.

JUAN MANUEL

Eso es lo único que me consuela, oírla á usted reirse del amor, y pensar que todos estamos iguales.

ELENA

Completamente iguales; es decir, hay algunos, como usted, á quienes querría yo escandalosamente, si no tuviera miedo de que tomaran ellos el rábano por las hojas; porque los hombres son ustedes más presumidos que una mona, y meten ustedes la patita con una facilidad que asusta; ¿de qué se ríe usted?

JUAN MANUEL

De que si no dijera usted de cuando en cuando meter

la patita, dar la lata, tomar el pelo y otras... frivolidades por el estilo, sería usted una mujer perfecta.

ELENA

Sí, pero no sería yo.

JUAN MANUEL

Tiene usted razón: diga usted lo que quiera.

ELENA

Viendo que Agustina asoma la cabeza por entre la cortina.

Pasa, pasa. ¿Se acabó ya el correo?

AGUSTINA

Ya... y cumplí tu encargo. Buenas tardes.

JUAN MANUEL

Muy buenas, señorita. ¿Usted me hace el honor de recordar mi insignificante persona?

AGUSTINA

Ya lo creo; no tengo tan mala memoria: en doce horas que hace que nos hemos visto.

ELENA

El señor no quiere creer que eres hija mía.

AGUSTINA

Eso prueba que no me parezco á ti.

Se coloca al lado de su madre.

JUAN MANUEL

No... es decir... puede... déjeme usted que la mire despacio.

AGUSTINA

¡Tiene gracia!

JUAN MANUEL

En las facciones, no... no mucho; pero en la expresión, en lo que va por dentro, ¡esa chispa burlona que se le enciende á usted en los ojos, porque su madre de usted es muy burlona!

ELENA

¡No lo sabía!

AGUSTINA

Pues yo no lo soy.

JUAN MANUEL

Entonces, ¿por qué se ríe usted ahora mismo?... Sí, sí, de bastante le sirve á usted apretar los labios... le sale á usted la risa por los ojos.

AGUSTINA

Me río porque estoy contenta.

JUAN MANUEL

¿De estar en Madrid?

AGUSTINA

De estar con mi madre.

ELENA

¡Dios te bendiga! ¡Huy!

La abraza apasionadamente. Agustina se aparta riéndose, pero un poco confusa. Juan Manuel se frota las manos y sonríe para ocultar también un poco de turbación.

PURA

Desde la puerta.

Niña, ahí está el modisto, que dice que te viene á probar el traje; que si puedes ahora, que si no volverá, que tiene mucha prisa.

ELENA

Sí, sí; ahora mismo.

Sale Pura

JUAN MANUEL

Aquí estoy yo de más.

ELENA

Al contrario; espérese usted, que voy á ponérmelo: es para madame Butterfly, y usted, que ha estado en el Japón, me puede dar consejos.

El se inclina asintiendo.

Hablen ustedes alto, que les oigo; dejaré la puerta entornada.

Sale.

AGUSTINA

Después de una pausa.

Qué buena es mi madre, ¿verdad?

JUAN MANUEL

¡Demasiado!

AGUSTINA

¿Por qué demasiado?

JUAN MANUEL

Se acerca á ella.

Por nada. Usted perdone.

AGUSTINA

¿De veras, de veras ha estado usted en el Japón?

JUAN MANUEL

Dos años seguidos. ¿Le sorprende á usted?

AGUSTINA

Es que hay países que parece que no pueden estar más que en el mapa. ¡Tan lejos, tan extraños como deben ser! ¿Y en la India, ha estado usted también?

JUAN MANUEL

También.

AGUSTINA

Una vez leí yo un cuento de Ceylán. ¿Es verdad que huele muy bien el aire, mucho antes de acercarse á la isla?

JUAN MANUEL

Sí, es verdad, sí.

AGUSTINA

¡Dios mío!

Juntando las manos.

¿Y ha estado usted en Cuba?

JUAN MANUEL

Dos veces.

AGUSTINA

¿Y en Norte-América?

JUAN MANUEL

En Norte-América... y en Australia... y en Rusia.

AGUSTINA

¡Qué frío!

JUAN MANUEL

Sí; en invierno.

AGUSTINA

Es verdad.

Se ríe.

¡Qué tonta soy! ¿Qué es usted que ha viajado tanto?

JUAN MANUEL

Diplomático por oficio y vagabundo por vocación.

AGUSTINA

No es mala la vocación.

JUAN MANUEL

¿Le gusta á usted más que el oficio?

AGUSTINA

Qué sé yo. Eso de diplomático también parece cosa sólo de novelas.

JUAN MANUEL

¿Usted lee novelas?

AGUSTINA

Muchísimas.

JUAN MANUEL

¿Y le gustan á usted?

AGUSTINA

Unas sí y otras no.

JUAN MANUEL

¿Las de amor?

AGUSTINA

¿Las de amor? Sí... también... cuando están en cartas ó finge que las cuenta el interesado, porque entonces parece que son más verdad: Werther me gusta. ¿A usted no?

JUAN MANUEL

Muchísimo.

AGUSTINA

Como sonreía usted así.

JUAN MANUEL

No era por eso: es que cuando le he preguntado á usted si le gustaban las novelas de amor, ha dicho usted: también, y estaba pensando...

AGUSTINA

¿Que cuáles serán las que más me gusten? Si se lo digo á usted, sí que se ríe usted de veras.

JUAN MANUEL

¡No, no!

AGUSTINA

Es que es un gusto raro, de chico; las novelas que más me gustan de todas las que he leído en mi vida son las de aventuras del capitán Mayne Red, *¡El llano estacado! ¡El lejano Oeste!* Por eso le he preguntado á usted si ha estado en América del Norte; por saber si había usted visto pieles rojas de carne y hueso.

ELENA

Dentro.

¿De qué hablan ustedes?

AGUSTINA

De los pieles rojas, mamá.

ELENA

Dentro.

¡Jesús, Ave María! ¡Qué ridiculez!

AGUSTINA

A mí me gustaría correr mundo, aunque fuese en un carro.

JUAN MANUEL

Pues á viajar tocan.

AGUSTINA

Me parece que no... Mi padre es muy aficionado á estarse quieto; á sus años no va á cambiar de gustos.

JUAN MANUEL

Cuando se case usted...

AGUSTINA

Con alegría.

¿Le ha dicho á usted mi madre que me voy á casar?

JUAN MANUEL

Por lo menos que está usted en camino.

AGUSTINA

Pues aunque me case... Manolo...

JUAN MANUEL

No se ruborice usted al pronunciar el nombre; de algún modo tenía que llamarse.

AGUSTINA

Si no me ruborizo; el tener novio no es ningún pecado.

JUAN MANUEL

No; pero es casi una novela de esas que á usted le gustan. Según mis noticias, dignas de crédito, por venir de parte interesada, se ha puesto hoy más difícil encontrar un marido en España que cazar á lazo un caballo salvaje, en las vastas llanuras de Tejas.

Declamando.

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja!

ELENA

Dentro.

Niña, ¿de qué te ríes?

JUAN MANUEL

De lo difícil que es cazar un novio.

AGUSTINA

¡No hagas caso, mamá!

ELENA

Dentro.

Están ustedes de remate.

JUAN MANUEL

¿Sale esa maravilla?

ELENA

Dentro.

¡Ya va, ya va!

JUAN MANUEL

¿Y va usted á estarse aquí mucho tiempo?

AGUSTINA

No sé; todo depende de lo que mamá decida; porque no sé si sabrá usted que yo he venido...

JUAN MANUEL

Con la sana intención de robárnosla; sí, señora, lo sé, y permítame usted que le diga que eso es un egoísmo refinado.

AGUSTINA

No es egoísmo; es que mi padre va á estar muy solo el pobre.

JUAN MANUEL

Quédese usted con él.

AGUSTINA

Es que entonces va á estar solo mi novio.

JUAN MANUEL

Ya. ¿Usted le quiere mucho?

AGUSTINA

¿Y usted á su novia?

JUAN MANUEL

¡Yo no tengo novia!

AGUSTINA

¡Anda, que no!

JUAN MANUEL

Palabra.

AGUSTINA

Pero la habrá tenido usted.

JUAN MANUEL

Novia... nunca.

AGUSTINA

¿A sus años no ha querido usted á nadie?

JUAN MANUEL

Sí, señora, he querido; pero no todos tenemos la suerte de tropezar de golpe y al empezar la vida con la media naranja; eso se queda para algunas niñas que nacen de pie, y el día en que rompen la primera muñeca para ver lo que tiene dentro, se encuentran, sencillamente, con la felicidad.

AGUSTINA

No tan sencillamente como usted se figura. Todos tenemos nuestras penas.

JUAN MANUEL

No tenga usted miedo: todo se arreglará; la fortuna

hace trampas, si es preciso, para favorecer á las niñas formales que no le piden más que un buen marido. Quiera usted mucho al suyo.

AGUSTINA

¡Ah, ya lo creo!

JUAN MANUEL

Tenga usted cuatro ó cinco bebés para perpetuar la lumbre de esos lindos ojos; y si alguna noche, al sentir el viento en la ventana ó el ruido del mar, sueña usted con viajes á tierras lejanas, siempre le quedará á usted el recurso de releer una novelita.

AGUSTINA

Con enfado.

Sí, ó de mirar vistas en un estereóscopo.

JUAN MANUEL

¿En su pueblo de usted, no hay siquiera cinematógrafo?

AGUSTINA

Levantándose.

No, señor; ni falta.

JUAN MANUEL

¡Ah! Pero, ¿se ha enfadado usted conmigo?

AGUSTINA

Yo, ¿por qué?

JUAN MANUEL

Eso pregunto yo. ¿Por qué?

AGUSTINA

Porque me quiere usted hacer rabiar.

JUAN MANUEL

Es verdad; perdóneme usted, míreme usted. ¿Las paces? Sin rencor.

AGUSTINA

Bueno *Le da la mano;* pero no se figure usted que soy tan chiquilla como parezco.

JUAN MANUEL

Besándole la mano, por lo cual ella hace un gesto de sorpresa.

¡Es usted la mujer más mujer que he conocido nunca!

Salen, Elena, con un elegantísimo traje japonés, la Pura y el Modisto.

AGUSTINA

¡Ay, mamá!

JUAN MANUEL

Aplaudiendo.

¡Bravo, bravísimo!

El Modisto saluda como un autor ante el público.

ELENA

¡Este hombre va á ser mi perdición!

MODISTO

¿Yo? ¡Jesús! Ya sabe usted, Elenita, que no soy tirano. Sobre que á una mujer como usted la vestiría uno de balde.

ELENA

¡No me lo dirás dos veces!

MODISTO

¡Todas las que usted quiera! ¡Qué línea! Qué movimiento en esos pliegues! ¡Parece que ha nacido usted vestida!

ELENA

¡Ja, ja, ja!

MODISTO

Porque es lo que yo digo: A mí, denme ustedes una mujer que sepa arrugar una tela. ¡Eso es ser mujer! Porque las hay ¡Jesús! que parece que siempre acaban de estrenar la ropa. ¡Y eso no es, no es! El traje debe tener contacto con el cuerpo, acariciarlo, revelarlo con indiscreción discreta. Es lo que yo digo: un vestido, no es una coraza, no es un aislador: es un complemento, un amigo, ¡eso es, un amigo íntimo y complaciente!

ELENA

Bueno, no sigas por esos caminos que son un poquitito escabrosos.

MODISTO

¿Escabrosos? ¡Jesús! ¿Quién se va á escandalizar aquí por una teoría de arte?

ELENA

A Juan Manuel.

¿Le gusta á usted de veras? ¿Está *propio?*

JUAN MANUEL

¡Completamente *propio!*

MODISTO

¡Eso no había que preguntarlo! Conmigo la propiedad ante todo. No soy yo como esos artistas franceses que se permiten fantasías en la interpretación de un personaje. Y eso de sobra lo sabe Elenita, que tiene el buen gusto de vestirse con un español. Porque es lo que yo digo: A donde llegue el más pintado, en materia de gusto, llego yo, y, sobre todo, que para ser lo que yo soy, no es menester haber nacido en Francia. ¿De qué se ríe la señorita?

Agustina se ríe y no responde.

También ella sabe llevar la ropa, también... un poquito de rigidez todavía. muy natural, por eso no me gusta trabajar con muchachas solteras... pero habrá que verla vestida por mí después del matrimonio... porque es lo que yo digo: la flexibilidad está en la masa... ó no está en la masa.

ELENA

Sí, sí, aqui todos somos muy flexibles; pero cállate ya.

AGUSTINA

¡Ay, qué bonito!

Viendo un kimono, que extiende la Pura.

MODISTO

Póngasele la señorita, póngasele; de seguro le va que ni pintado.

Agustina mira el kimono y le acaricia con un poco de timidez, sin atreverse á ponérsele.

ELENA

Póntele, póntele.

Agustina se pone el kimono, ayudada solícitamente por Juan Manuel.

AGUSTINA

No, si puedo yo sola, muchas gracias. ¡Ay, con un traje así, parece que á una le han nacido alas por todo el cuerpo!

MODISTO

A eso le llamo yo comprender un traje. ¡Qué sencillez, qué facilidad! ¿Me hace usted el favor de dar una vuelta? Dos pasos... otros dos... ¡Jesús, y que no está Elenita satisfecha viendo á la niña tan reteguapísima! Aunque es lo que yo digo: blasfemia, blasfemia decir que esta mujer es madre de esta otra. ¡Mírelas usted juntas! ¡Qué primor! Son dos mitades de una misma perla.

ELENA

¡Ja, ja, ja! Si te dejan hablar, no te ahorcan. ¡Vaya una cuenta que me vas á poner!

MODISTO

¡Jesús!

JUAN MANUEL

Bravo, bravísimo; ha estado usted muy bien.

AGUSTINA

¡Ay, madre, madre, qué contenta estoy.

La abraza.

Todos hablan á un tiempo y en voz alta, armando mucho ruido.

MANOLO

Apareciendo en la puerta.

¿Se puede?

Asombro general.

ELENA

¿Eh, quién?

AGUSTINA

Corriendo hacia él.

¡Manolo!

JUAN MANUEL

Con mal humor.

¡El novio!

El Modisto le mira de arriba abajo, y hace una mueca, poco satisfecho de su elegancia provinciana.

PURA

¡Buen mozo sí es!

AGUSTINA

Con gracioso rubor.

Madre... aquí está Manolo.

ELENA

Acercándose, con forzada amabilidad.

Muy señor mío...

MANOLO

Que mira en derredor con cierto asombro, al ver el jaleo de ropas por el suelo, cartones, el tipo del modisto y á ellas vestidas de japonesas.

¡Señora!

AGUSTINA

Pero, ¿cómo has entrado?

MANOLO

La puerta estaba abierta; he llamado tres veces, no ha contestado nadie...

PURA

¡Como si lo viera: ya estará esa tarasca en el portal, hablando con el novio!

Echa á correr y sale. Manolo la mira salir con más asombro todavía.

MANOLO

Y he venido hasta aquí guiado por el ruido: usted perdone si llego en mal momento.

ELENA

En mi casa, todos los momentos son iguales.

AGUSTINA

¡Mamá!

ELENA

Quiero decir que todos son buenos. Siéntese usted.

Quitando trastos de una silla.
Agustina se ha quitado el kimono con cierta confusión y se le da al modisto, que le dobla con reverencia.

AGUSTINA

¿A qué has venido?

MANOLO

A verte.

ELENA

Es el novio de mi hija.

Al modisto.

MODISTO

Por muchos años.

AGUSTINA

¡Ja, ja. ja, ja!

MODISTO

¡Jesús! Quiero decir por muchos años dure el amor que ustedes se tengan.

MANOLO

Gracias.

ELENA

Usted perdone que le deje un instante; voy á quitarme esto; estábamos de prueba; vuelvo en seguida. Vamos, Ramírez.

MODISTO

Voy, Elenita, voy. Caballero, á sus órdenes, y enhorabuena de todo corazón. No sabe usted lo que se lleva, porque es como digo: ¡Una mujer con línea y que sabe vestirse! ¡Media felicidad asegurada!

ELENA

¡Vamos!

MODISTO

Ya voy, ya voy. ¡Quién fuera ellas para llevar encima tanta cosa bonita!

Sale el Modisto.

JUAN MANUEL

Yo también me marcho. Buenas tardes, Elena.

ELENA

Adiós; hasta la noche.

Sale Elena.

AGUSTINA

Que estaba hablando confidencialmente con el novio.

Usted perdone.

JUAN MANUEL

De nada; la felicidad es egoísta...

AGUSTINA

¡Bah! Voy á presentarles á ustedes: Manolo, Manuel de la Fresneda.

Disimulando el rubor con un gesto de malicia.

Mi... novio.

Juan Manuel se inclina.

Juan Manuel... Juan Manuel...

JUAN MANUEL

Juan Manuel Lorenzana.

AGUSTINA

¡Ay, Dios mío!

JUAN MANUEL

No se apure usted. ¿Qué importa un apellido en este siglo de anarquía triunfante? A sus órdenes.

MANOLO

Tanto gusto...

Pausa.

JUAN MANUEL

Buenas tardes.

MANOLO

Muy buenas.

JUAN MANUEL

Adiós, mujer feliz... no se moleste usted, que conozco el camino.

Sale Juan Manuel.

AGUSTINA

Adiós, Juan Manuel.

Tiene un momento la cortina y luego se vuelve muy contenta.

¡Ay, qué alegría! ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo se te ha ocurrido darme esta sorpresa? Pero, ¿qué te ocurre? ¿Qué cara pones?

MANOLO

¿Yo?

AGUSTINA

Sí, tú; parece que estás incomodado.

MANOLO

Incomodado, no; sorprendido.

AGUSTINA

¡Ah! ¿De qué?

MANOLO

¿Te parece muy correcto que así, de buenas á primeras, nos hayan dejado solos?

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja! ¡Infeliz! ¡Quéjate por estar solo conmigo!

MANOLO

No es por eso.

AGUSTINA

Y porque mi madre te demuestre que tiene confianza en ti.

MANOLO

No me conoce.

AGUSTINA

Te conozco yo, y basta.

MANOLO

Ahora eres tú la que te enfadas.

AGUSTINA

Naturalmente. Vienes á verme y empieza á parecerte mal todo.

MANOLO

Sí, Agustina, muy mal. ¿Qué haciais aquí vestidas de máscaras?

AGUSTINA

¡De máscara! Es que mamá se estaba probando el traje para la ópera.

MANOLO

Ya, y tú también.

AGUSTINA

Yo... me había puesto el kimono por juego, por broma.

MANOLO

Sí, ya veo que estabais muy divertidas con esos dos tipos.

AGUSTINA

¿Qué tipos?

MANOLO

Esos... El Juan Manuel y el otro.

AGUSTINA

Juan Manuel no es un tipo: que es un muchacho muy elegante y muy bien educado y muy fino, que es diplomático y ha estado en las cinco partes del mundo.

MANOLO

Pues podía haberse quedado en cualquiera de las otras cuatro,

AGUSTINA

¡Ah! ¿Pero no cabéis los dos en Europa?

MANOLO

¡Qué gracia! ¿Y el otro?

AGUSTINA

El otro es el modisto. ¿También te molesta?

MANOLO

Me es indiferente. Pero ya podía tu madre vestirse con una mujer.

AGUSTINA

Da lo mismo. ¡Ja, ja, ja, ja!

MANOLO

¿Por qué te ríes?

AGUSTINA

Seria.

Por no llorar.

MANOLO

¡Agustina!

AGUSTINA

No sé á qué has venido.

MANOLO

Ya te lo he dicho: á verte.

AGUSTINA

¡Y á atormentarme!

MANOLO

No, Agustina. Perdóname. ¡Es que no sabes cómo te quiero!

AGUSTINA

Sí, lo sé, sí...

MANOLO

Desde que viniste, no vivía; todo el día pensando: ¿qué hará en este momento? ¿dónde estará? ¿con quién estará hablando? No podía arrancarme del pensamiento

la cara de satisfacción que pusiste al subir al tren. ¡Y ahora vengo porque no puedo estar un día más sin verte, y te encuentro como yo me temía: tan contenta!

AGUSTINA

¿Cómo quieres que esté? Con mi madre, viendo tantas cosas que no había visto nunca; todo el mundo me trata bien, voy á todas partes.

MANOLO

Y en todas te encuentras tan á gusto sin mí.

AGUSTINA

¿Por qué me dices eso? En todas partes pienso en tí, y siempre que lo paso bien digo: ¡qué alegría si estuviera á mi lado! ¡si viera esto, si oyera que me dicen esto otro! Así te quiero yo: ¿está mal? ¿Quieres que esté todo el día triste? Algunos ratos también lo estoy; es decir, triste del todo, no... una pena suavecita, una inquietud, como si me faltara algo, ¡y debe ser que me faltas tú!

MANOLO

¡No estás muy segura!

AGUSTINA

No mereces que lo esté, no. ¡Mira que enfadarte porque yo esté contenta!

MANOLO

Si no es eso, no es eso.

AGUSTINA

Pues ¿qué es?

MANOLO

Que tengo miedo.

AGUSTINA

¿De qué?

MANOLO

De ti, que te dejes llevar por todo el mundo. ¡Eres tan criatura!...

AGUSTINA

¡También tú!

MANOLO

¿Cómo también yo? ¿Quién más te lo ha dicho?

AGUSTINA

Nadie.

MANOLO

¡No es verdad!

AGUSTINA

!No es verdad!

Se ríe.

Me lo estaba diciendo... hace un momento Juan Manuel.

MANOLO

Mucha intimidad tienes tú con un hombre que ni siquiera sabes cómo se llama.

AGUSTINA

Buena educación. Es amigo de mi madre.

MANOLO

¡Ya! Si á todos los amigos de tu madre vas á permitirles las confianzas que, por lo visto, se toma ese caballerito...

AGUSTINA

¡Confianzas, y es la segunda vez que hablo con él!

MANOLO

Pues eso es lo que á mí me desatina.

AGUSTINA

¡Que hable con él!

MANOLO

Que á los dos días de conocerle ya haya entre él y tú un aire de complicidad como si hubieseis pasado la vida juntos.

AGUSTINA

¡Complicidad!

MANOLO

No disputemos por palabras. ¡Compañerismo! Peor que peor...

AGUSTINA

Es que él es...

MANOLO

Muy simpático. ¡Ya lo sabemos!

AGUSTINA

¡Manolo!

MANOLO

¡Y yo muy antipático! Es natural: él vendrá á esta casa á divertirse con tu madre.

AGUSTINA

¡Jesús!

MANOLO

Contigo..., con lo que se presente. Son muy amables estos niños golfos, ¿verdad? En cambio yo te quiero con toda mi alma desde siempre, para siempre; por eso soy odioso, antipático, porque te quiero sólo para mí, con celos, sí, con celos, ¡qué vamos á hacerle! ¡El que no tiene celos, no quiere de veras!

AGUSTINA

Nunca los has tenido...

MANOLO

Nunca te los he dicho, porque me da vergüenza de mí mismo tenerlos, porque es quererte demasiado...

AGUSTINA

¡Vergüenza te da quererme mucho ahora!

MANOLO

¡No trastornes las cosas, Agustina!

AGUSTINA

Es que no te entiendo.

MANOLO

Porque no me quieres entender...

AGUSTINA

No te enfades. Perdóname..., tienes razón; es decir, no sé si la tienes; pero sí la tendrás, porque siempre la has tenido conmigo..., tú sabes más que yo... Sí, soy muy loca; á mi madre se lo estaba diciendo hace un rato... Pero no tengas celos, porque te digo yo que es una tontería, ¡y de Juan Manuel!, mucho menos. ¡Ni ocuparse de mí! Tú lo dices: es un hombre de otro mundo que el mío, ha viajado tanto, ha visto tantas cosas... ¡qué voy á ser yo para él!

MANOLO

¡Eso creerás tú!

AGUSTINA

No te enfades, ¿qué quieres que haga? Además que, si he venido aquí, no ha sido por mi gusto, sino porque os habéis empeñado tu padre y tú, y el mío; pero si quieres, me marcho ahora mismo, ¡y aunque no quieras! Porque tú no te puedes figurar... ¡Jesús mío!... De ti,

de mi cariño hemos estado hablando todo el tiempo. ¡Eres muy injusto, Manolo, muy injusto conmigo!

Llora.

MANOLO

No llores, no llores...; perdona tú también... Agustina, mírame... Agustina...

ELENA

Entrando ya vestida de casa.

¡Ea, ya estoy aquí! Pero, ¿qué es esto? ¿Llorando tú? ¿Qué pasa?

Encarándose con Manolo, como si le quisiera arañar.

¿Qué le ha dicho usted?

MANOLO

Señora, yo...

AGUSTINA

No, mamá, si no tiene él la culpa: he sido yo; pero no es nada, nada, no te apures...

ELENA

¿A esto ha venido usted? Pues podía usted haberse ahorrado el viaje.

MANOLO

No, señora... es que Agustina es muy impresionable..., demasiado..., y ha tomado de un modo cuatro observaciones que le he hecho...

ELENA

¡Observaciones, ya! Si que adelanta usted los acontecimientos.

MANOLO

Señora, permítame usted que le diga que en esta cuestión sólo Agustina tiene derecho á quejarse.

AGUSTINA

Madre..., Manolo...

ELENA

No faltaría más sino que aquí, un caballerito, con sus manos lavadas, se permitiese venir á mi casa á darle un disgusto á mi hija. No llores tú, mi alma; no le hagas caso á nadie, que aquí está tu madre para defenderte.

MANOLO

Hasta ahora Agustina no ha necesitado que su madre venga á defenderla.

ELENA

Pues vea usted; puede que ahora lo necesite.

AGUSTINA

Mamá.

ELENA

No te sofoques, que no llega la sangre al río. ¡Y usted no ponga cara de traidor en el tercer acto! Hablar por hablar; siéntese usted.

Los tres se sientan.

¿Está usted bueno? Y mi marido, ¿siempre en su concha y siempre tan simpático?

MANOLO

No, señora...

ELENA

¿No? Vaya, pues lo siento.

MANOLO

Quiero decir que no está en el pueblo..., que ha venido conmigo...

AGUSTINA

¿Que ha venido papá? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

ELENA

Mujer, porque tenía que aprovechar el tiempo para hacerte esas cuatro observaciones... ¿Y cómo no ha venido con usted? ¿Me tiene miedo?

MANOLO

No, señora.

Ella da un suspiro, como diciendo: ¡más vale así!

Vendrá..., vendrá..., dentro de un rato..., no sabe siquiera que me he adelantado yo.

ELENA

Comprendo: usted ha querido explorar el terreno;

los provincianos son ustedes muy cucos; conozco el paño... Usted será abogado, ¿verdad?

MANOLO

Sí, señora; pero no sé qué tenga que ver...

ELENA

Nada, nada; también mi marido lo era. ¿Ejerce ahora?

MANOLO

No, señora...

ELENA

¡Ya! ¿Sigue tan aficionado á la música?

MANOLO

A la buena música, sí, señora.

ELENA

Por supuesto... á la buena. A usted le gusta mucho también. Ya me lo ha dicho esta infeliz, que además tiene una voz preciosa. ¡Como que quiero que cante un día de estos en un concierto de caridad!

AGUSTINA

Muy asustada.

No hagas caso; son bromas de mamá.

ELENA

¡Qué pava eres, hija! ¿Usted quiere quedarse á tomar el te con nosotras?

En tono que dice: márchese usted.

MANOLO

No, señora, no; muchas gracias, me retiro.

ELENA

Vaya, lo siento tanto. Ya sabe usted que esta casa es muy suya; mientras Agustina esté aquí, puede usted venir cuando quiera, porque, aunque ella es demasiado joven para noviazgos, no me gusta que esté haciendo el tonto por los balcones.

Levantándose.

Buenas tardes.

MANOLO

Muy buenas.

ELENA

Hasta la vista. No tardes tú mucho, que ya sabes que vamos á salir. Tanto gusto...

Sale.

MANOLO

Pero esta señora... ¿qué se ha figurado?

AGUSTINA

Es que tú también has estado un poquito desagradable.

MANOLO

¡Yo!

AGUSTINA

¡Tú! ¿No lo has notado?

MANOLO

Ahora tienes tú ganas de broma.

AGUSTINA

¿Quieres armar cuestión otra vez, alma mía?

MANOLO

¡Alma mia!

AGUSTINA

¿Prefieres que te llame mi adorado tormento?

MANOLO

¡Agustina!

Ya muy enfadado.

AGUSTINA

Con resignación, renunciando á la broma.

¡Válgame Dios, hijo, qué mala hierba debes haber pisado esta mañana!

PURA

Dentro.

Pase usted, pase usted, que aquí mismo estaba hace un momento.

Levanta la cortina y se queda sosteniéndola mientras entra Don Enrique, y mirándole como si dijera: Ya está aquí éste, ya no hay remedio, qué le vamos á hacer; luego se marcha.

DON ENRIQUE

Con aire entre timidez y socarronería.

¿Se puede?

AGUSTINA

¡Ay, papá!

Corre á él y le abraza; él, aunque muy contento de verla, la separa un poco y se arregla los desperfectos que en la compostura del traje ha causado el abrazo.

DON ENRIQUE

Buenos días, hijita. ¡Tú por aquí, Manolo! ¡Impaciente está el tiempo; es natural, es natural!

AGUSTINA

Pero, papá, ¡qué elegante te has puesto!

DON ENRIQUE

Hijita mía, Madrid es Madrid; en el pueblo todo está bien... además viene uno de visita.

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja! De visita...

DON ENRIQUE

Tú también estás muy compuesta; déjame que te mire. ¡Si pareces otra! Elegante, elegante, ¿eh, Manolo?

MANOLO

Sí, no se habrá arruinado en tela para enaguas. ¡Ceñidito ya está!

DON ENRIQUE

¿De eso te quejas?

MANOLO

Ya no te falta más que ir descotada.

AGUSTINA

No me falta, porque ya he ido...

Muy satisfecha.

MANOLO

¿Cuándo?

AGUSTINA

Anoche, á una cena que dieron en honor de mi madre... después de la función, ¡y no se me comió nadie!

MANOLO

¡Ay, Don Enrique, me parece que aquí estamos nosotros de más!

DON ENRIQUE

¿Cómo?

MANOLO

Yo por lo menos; su... señora de usted, acaba de ponerme de patitas en la calle. Por lo cual me marcho. Hasta más ver.

AGUSTINA

Oye... no te marchas disgustado conmigo, ¿verdad?

MANOLO

No, ni contigo ni con nadie.

AGUSTINA

Oye... que vayas esta noche al teatro...

MANOLO

Para hacer el cadete, ¿verdad?, contemplándote desde una butaca.

AGUSTINA

No, hombre, no... al cuarto de mamá, con nosotras.

MANOLO

¿Para que me vuelva á mandar á paseo?

AGUSTINA

¡Haz lo que quieras! Vienes insufrible. *(Sale Manolo.)*

El padre pasea muy nervioso. No les ha hecho caso después de las primeras palabras, en que ha procurado fingir serenidad y broma, porque está nerviosísimo y va de un lado á otro, mirándolo todo sin ver nada, preocupado de su traje, de su corbata, de su postura, y extraordinariamente emocionado.

AGUSTINA

Pero, papá, ¿qué le pasa á Manolo?

DON ENRIQUE

Nada... no lo sé... no te apures... ¿dónde está tu madre?

AGUSTINA

Ahí dentro, ¿quieres que la avise?

DON ENRIQUE

Sí..., no...; es decir, sí... avísala.

AGUSTINA

Ya sabe que has venido; se lo ha dicho Manolo; voy á llamarla.

DON ENRIQUE

Espera. ¿Estoy bien?

AGUSTINA

¿De qué?

DON ENRIQUE

No... no hagas caso... ¡No me cuentas nada!

AGUSTINA

¡No me preguntas nada!

DON ENRIQUE

¿Estás contenta?

AGUSTINA

Sí... porque mamá es muy buena, muy buena conmigo; pero traéis todos una cara tan particular...

DON ENRIQUE

¿Todos? ¿Quién?

AGUSTINA

Tú y Manolo. Y te advierto que mamá también está muy nerviosa... Manolo ha tenido la culpa. ¡Yo no sé á qué ha venido, ni en qué va á parar esto!

DON ENRIQUE

Oye, ¿tu madre te ha hablado de mí?

AGUSTINA

Sí... algunas veces.

DON ENRIQUE

¿Y qué dice?

Agustina va á hablar.

No, no me cuentes nada. Avísala y déjanos sólos.

AGUSTINA

Ya lo creo... Ya te he dicho que está un poco... nerviosa...

DON ENRIQUE

Sí, sí... No importa, anda.

AGUSTINA

¡Ay, Dios mío! Me parece que yo no me caso.

El se queda solo y pasea preocupadísimo, empezando frases como si se preparara á un discurso, mirándose en todos los espejos, cogiendo muñequitos y retratos de encima de los muebles y volviéndolos á dejar sin haberlos visto: tan trastornado está que, cuando ella entra,

no la ve, y ella se le queda mirando largo rato con curiosidad, primero hostil y luego, á pesar suyo, cariñosa; por fin se decide á saludarle, y él, al oirla, da un salto y deja caer el muñequito que tiene en la mano.

ELENA

Buenas tardes, Enrique.

DON ENRIQUE

Dominándose, después de recoger el muñequito que se le ha caído.

Buenas tardes, Elena.

Pausa; él tose y la mira de lejos; ella le mira con cierta sorpresa.

ELENA

¿No te acercas?

El se acerca.

¿No me das la mano... siquiera de amigos?

El le da la mano, después de quitarse un guante.

¡Abrázame, hombre, que no me como á nadie!

El se frota las manos con bastante apuro, y al cabo la abraza con cierta precaución, después de haberse quitado el otro guante.

¡Ja, ja, ja, ja! ¡Más fuerte, hombre, más fuerte, que, después de todo, somos marido y mujer!

Al separarse, él se engancha los botones de la manga en el pelo de ella, y trabaja lo imposible por desengancharse, sin hacerla daño; pero como el pelo y la proxi-

midad le conmueven más de lo regular, se arma un lío espantoso y pasa el gran apuro.

ELENA

¡Ay!

DON ENRIQUE

Sonriendo para ocultar la turbación.

La falta de costumbre...

ELENA

¿De abrazar?

DON ENRIQUE

Ya sereno.

De abrazarte.

ELENA

¡Ah, vamos! Siéntate.

Pausa.

¿Qué me miras?

DON ENRIQUE

Estás muy cambiada.

ELENA

Lo cual quiere decir muy vieja.

DON ENRIQUE

No, por cierto; eso se queda para mí.

ELENA

Sí que tienes canas. Verdad es que me llevas siete años.

DON ENRIQUE

Muchos más: en cuanto se han cumplido los cuarenta, cada uno que pasa, vale lo menos dos.

ELENA

Treinta y ocho serán los primeros que cumpla yo.

DON ENRIQUE

Ya lo sé, el 19 de Septiembre.

ELENA

¿Todavía te acuerdas?

DON ENRIQUE

Sin querer, hija: siempre he tenido yo muy buena memoria.

ELENA

¿Habrás venido á ver á la niña?

DON ENRIQUE

No; he venido á buscar influencia para ganar un pleito, cuestión de unas tierras; en los pueblos siempre estamos lo mismo, y quiero que las cosas queden bien arregladas antes de que la niña se case.

ELENA

¡Si se casa!

DON ENRIQUE

Naturalmente... ¡si se casa!

ELENA

Lo que es á mí, el novio me es soberanamente antipático.

DON ENRIQUE

Pues es muy buen muchacho.

ELENA

Te lo parecerá á tí.

DON ENRIQUE

Si que me lo parece.

ELENA

Pues á mí no. Todo se lo sabe, todo se lo entiende. ¡Mi hija se merece mucho más!

DON ENRIQUE

Todos, por mucho que merezcamos, ó creamos merecer, tenemos que contentarnos con lo que nos den. Además, ¿quién sabe dónde está la felicidad?

ELENA

Es que no debe uno casarse hasta que esté seguro de encontrarla.

DON ENRIQUE

Ella dice que la ha encontrado.

ELENA

Porque le quiere, ¿verdad?

DON ENRIQUE

Así parece.

ELENA

¡Valiente razón!

DON ENRIQUE

La única.

ELENA

¡Como si bastara quererse para ser feliz!

DON ENRIQUE

¡Filosófica estás!

ELENA

Mira, á mi no me vengas con guasas ni con hipocresías, porque tengo yo muy malas pulgas; y además: al pan, pan, y al vino, vino. ¡A ver qué laberintos son éstos, y qué queréis de mí tú, tu hija, el novio de tu hija y el padre del novio de tu hija! Porque á mí no me digas que en todo esto no hay gato encerrado.

DON ENRIQUE

¿Qué gato va á haber? Los muchachos se quieren; y aunque á tí te parezca razón poco atendible, á mí, que quiero á mi hija, sin sentimentalismos, más que á nada en el mundo...

ELENA

A mi hija no la quiere nadie tanto como yo.

DON ENRIQUE

Lo sé; lo único que te digo es que la quiero.

ELENA

Ya lo he oído: más que á nadie en el mundo.

DON ENRIQUE

Justo.

ELENA

Bueno, ¿y qué?

DON ENRIQUE

Pues nada: que por verla feliz, sería yo capaz de cualquier sacrificio.

ELENA

En vista de lo cual has decidido que me sacrifique yo, y me vaya á vivir al pueblo en tu compañía.

DON ENRIQUE

Otra peor pudieras tener.

ELENA

Y pregunta mi curiosidad: ¿Qué falta hago yo allí para que la niña se case?

DON ENRIQUE

Falta material, precisamente, ninguna.

ELENA

Entonces...

DON ENRIQUE

No sólo de pan vive el hombre, hija mía.

ELENA

Y en castellano, ¿qué quiere decir eso?

DON ENRIQUE

Que precisamente, como la familia del novio, por condiciones especiales...

ELENA

Esa es otra: no le faltaba más al angelito que ser hijo de cura.

DON ENRIQUE

Nadie elige padre; puede que valga más, porque las elecciones que hacemos en la vida suelen ser un poquito desacertadas.

ELENA

¿Eso va con segunda?

DON ENRIQUE

No, hija mía, no; quiero decirte que, como nuestra situación es algo anormal, ellos, ya ves...

ELENA

Ya veo: á ti te trae, por lo visto, completamente sin cuidado que yo vaya ó no vaya á vivir contigo... ¡Responde!

DON ENRIQUE

¿Qué quieres que te diga?

ELENA

¡La verdad!

DON ENRIQUE

¡Hace tanto tiempo que no nos la hemos dicho!

ELENA

Que también has perdido la costumbre, ¿eh?

DON ENRIQUE

Y como la primera vez que nos la dijimos nos dió tan mal resultado.

ELENA

Para mí no ha sido tan malo.

DON ENRIQUE

Sí, parece que lo has pasado bien por esos mundos...

ELENA

Perfectamente.

DON ENRIQUE

Lo celebro.

ELENA

Gracias... Bueno, ¿y dónde estábamos?

DON ENRIQUE

En si á mí me importaba ó dejaba de importarme el que tú consintieses ó no en olvidar las pocas ofensas que de mí para tí pueda haber habido y venir á acabar la vida juntos.

ELENA

Bueno, ¿y en qué quedamos?

DON ENRIQUE

Elena: hace diez y nueve años que nos conocimos: yo era un estudiante.

ELENA

¡Y yo una chalequera!

DON ENRIQUE

Muy bonita, muy buena y muy alegre.

ELENA

Menos mal.

DON ENRIQUE

La justicia es justicia. Te quise mucho.

ELENA

Y yo á tí también.

DON ENRIQUE

Y nos casamos.

ELENA

Contra viento y marea de toda tu empingorotadísima gente. Mira, eso todavía te lo estoy agradeciendo.

DON ENRIQUE

No hay de qué: me diste tú á mi mucho más que yo á tí. Vivimos un año casi en paz.

ELENA

Es que tú tenías un genio muy raro.

DON ENRIQUE

También tù.

ELENA

Y unos celos inaguantables.

DON ENRIQUE

¡Eso sí!

ELENA

Sin motivo.

DON ENRIQUE

Lo sé. Nos nació esta hija...

ELENA

¡Hija mía!

DON ENRIQUE

Y oyéndote cantar para callarla á ella, porque el ángel de Dios vino al mundo con mucho peor genio que

tú y que yo, me enteré, y te enteraste, porque yo te lo dije, de que tenías una voz prodigiosa.

ELENA

También eso te lo agradezco. ¿Te acuerdas la primera vez que canté en público, en aquel concierto á beneficio de las víctimas de la inundación?

DON ENRIQUE

Me acuerdo.

ELENA

Dios mío, qué lejos está todo eso!

DON ENRIQUE

Tan lejos, que ya no sabe uno si fué verdad ó sueño. El caso es que te fuiste á buscar lo que te correspondía: la gloria y el provecho.

ELENA

Y que tú me dejaste marchar y no quisiste venir conmigo. ¡Eso sí que no te lo perdono!

DON ENRIQUE

Haces mal. Yo no tenía derecho á detenerte: esos derechos sólo los dá el amor, y á tí, al menos entonces, todas esas cosas que te llamaban te interesaban más que yo.

ELENA

Y tú te quedaste porque lo que te tiraba era tu pue-

blo y tu dinero y tu comodidad, y porque eras un grandísimo egoísta.

DON ENRIQUE

Dios y yo sabemos por lo que me quedé. Quince años hemos vivido así: tu dices que muy bien; yo, no demasiado mal; lá música consuela de muchas cosas; ya ves tú si es ironía de la suerte: la música me separó de tí; la música me consoló de tí... verdad es que no ha sido la misma.

Se levanta y coge algunos retratos.

La Bohemia... Madame Buterfly... por lo visto Puccini es tu especialidad.

ELENA

¿No te vas á meter ahora con Puccini?

DON ENRIQUE

No, hija; me aburriría demasiado.

ELENA

Ya sé que tú quisieras que cantase Schumann á todo pasto en conciertos, ¿verdad?, vestidita de negro y con acompañamiento de órgano.

DON ENRIQUE

Por mí puedes cantar *La viuda alegre*.

ELENA

No, si tú siempre me has tenido por la última palabra del credo.

DON ENRIQUE

Resquemores artísticos, no.

ELENA

Tiene gracia: diez y seis años sin acordaros del santo de mi nombre, y ahora que me necesitáis...

DON ENRIQUE

Así es la vida.

ELENA

Es que esa imposición es una estupidez.

DON ENRIQUE

Eso digo yo...

ELENA

Pero tú te haces cómplice de ella viniéndome á pedir...

DON ENRIQUE

A proponer, que no es lo mismo.

ELENA

¡Valiente negocio!... para mí.

DON ENRIQUE

Y para mí. Tanto vamos perdiendo el uno como el otro.

ELENA

No sé yo qué ibas tú á perder con que yo me fuera á vivir contigo.

DON ENRIQUE

La tranquilidad, por lo menos.

ELENA

Ni que yo fuera alguna loca.

DON ENRIQUE

Todos tenemos nuestras genialidades; pero, ¿qué no hará un padre por la felicidad de su hija?

ELENA

Te advierto que si voy es para deshacer esa boda ridícula.

DON ENRIQUE

Entonces no vayas.

ELENA

¿Tanto afán tienes de que se casen?

DON ENRIQUE

Yo, ninguno; ella.

ELENA

¡Ella, ella! Eres el hombre más desesperante que ha nacido de madre.

DON ENRIQUE

No te acalores, mujer, no te acalores. Yo te he heeho ver las cosas, te he explicado el asunto, te he dicho

lo que puedes hacer. ¿No te conviene hacerlo? Llama á la niña y díselo, para que sepa que por mí no queda.

ELENA

¿Ahora querrás llevártela á toda prisa?

DON ENRIQUE

No, por cierto. ¿Con quién va á estar mejor que con su madre? Mientras tú no te canses de tenerla y á ella le convenga seguir aquí...

ELENA

¿También me vas á hacer la misericordia de dejármela?

DON ENRIQUE

¿Quieres que me la lleve?

ELENA

Furiosa.

Quiero que te vayas...

DON ENRIQUE

No, digas dónde, porque tengo el billete de vuelta tomado y no puedo cambiar de dirección... por mucho que desee darte gusto.

ELENA

¡Agustina, Agustina... Agustina...!

AGUSTINA

Entrando.

Mamá...

ELENA

Tu padre te llama.

AGUSTINA

¿Os habéis entendido ya?

DON ENRIQUE

Me parece que no, hija mía.

ELENA

¡Ah! ¿Te parece?

AGUSTINA

Y ¿por qué?

DON ENRIQUE

Hija mía, porque tu madre te quiere mucho, mucho; pero, como ha corrido tanto mundo, tiene una idea del amor maternal muy distinta de esta sencillota y á la pata la llana que tenemos los que no hemos salido de entre las cuatro paredes—material y moralmente hablando—que nos vieron nacer. Nosotros, infelices, creemos que, puesto que los hijos no nos pidieron venir al mundo, estamos obligados á pagarles todas las ilusiones con que los engendramos, sacrificándonos por ellos cuando sea preciso; pero te repito que estas son ideas de gente atrasada. ¡Qué le vamos á hacer! Puede que sea tu madre quién esté en lo cierto. Con eso irás también aprendien-

do tú á sufrir contrariedades y á resignarte con ellas, cosa que yo no he tenido valor de enseñarte hasta ahora. No creas, la resignación es una virtud ó una debilidad que, aunque ahora está muy desacreditada, tiene su lado bueno. No te aflijas. ¡Ea, no canso más, y hasta la vista! Cuando quieras volver á casa, escribes. Yo que tú, aprovecharía la ocasión para divertirme en Madrid unas cuantas semanas; ya sabes que en el pueblo hay pocas distracciones. Adiós, Elena; no te digo nada: mi casa es siempre tuya; y aunque no quieras venir á ella como dueña, como visita, si algún día quieres pasar allá un mesecito descansando...

ELENA

¡Gracias!

DON ENRIQUE

No hay de qué. Es un caserón destartalado, pero tiene sus comodidades: yo soy amigo de pasarlo bien, y el pueblo es bonitillo, con el mar y unos cuantos pinares. No está mal, no está mal, sobre todo ahora que viene el verano. Nada, hasta más ver.

ELENA

¿No quieres quedarte á comer con nosotras?

DON ENRIQUE

¡Imposible! Y lo siento; pero figúrate cómo estará aquel pobre muchacho... impaciente... angustiado, es natural, porque él quiere á la niña... la quiere...

ELENA

Si la quisiera tanto, no se le ocurriría imponer condiciones ridículas.

DON ENRIQUE

¡Pícara vida, pícara vida! Vaya, buenas tardes... no te molestes.

ELENA

Acompaña á tu padre, Agustina.

DON ENRIQUE

No es menester... soy de confianza.

AGUSTINA

Adiós, papá. ¡Hasta luego!

DON ENRIQUE

Hasta que tú quieras, hijita. Buenas tardes.

Sale Don Enrique.

ELENA

¿Qué estás pensando ahí?

AGUSTINA

Que me marcho ahora mismo.

ELENA

¿Eh?

AGUSTINA

No he querido decírtelo mientras estaba papá delante, por no oíros disputar otra vez, pero me marcho: ya ves, ¿á qué seguir aquí más tiempo, para tomarte cariño, y tú á mí, y que luego nos cueste más separarnos?...

ELENA

¿Es decir que ahora á ti no te cuesta nada?

AGUSTINA

Sí me cuesta, pero ¿qué le vamos á hacer? Tú has sido un sueño mío, madre... y estos días que he pasado á tu lado, también; hay que despertar con un poco de dolor de cabeza...

ELENA

¿Tanto amor le tienes á ese mamarracho?

AGUSTINA

No es por eso... eso puede que se arregle: su padre no es ninguna fiera, y, como tú dices, si él me quiere tanto, aunque tú no vuelvas á casa, acabará por casarse conmigo... claro que hubiera sido tan bueno para mí que la felicidad me hubiese venido por tu mano... y luego por papá; aunque no me case, ¡si no me caso más!, quiero estar á su lado.

ELENA

Le quieres más que á mí, ¿verdad?

AGUSTINA

Sí, madre.

ELENA

Me gusta la franqueza.

AGUSTINA

Sí, madre; ya ves, quince años... solo conmigo; él me ha enseñado á hablar, á andar, á mirar las cosas, á quererte...

ELENA

¡Lo poco que me quieres!

AGUSTINA

Lo mucho que te quisiera querer.

ELENA

Y piensas que yo, porque vivía lejos... ¡No sabes tú las cosas que he dejado de hacer sólo porque estabas tú en el mundo!

AGUSTINA

Adiós, mamá; que me acompañe Pura... luego me mandáis el baúl.

ELENA

Conmoviéndose.

¿Crees que te voy á dejar marchar así, después de haber sabido lo que es tenerte al lado?

AGUSTINA

Adiós, mamá.

ELENA

¡Tan testaruda eres como tu padre! ¿Dónde vas? Para que el otro se dé tono con que si sacrificios ó si resignaciones. ¡Ven aquí!

La coge la cabeza con las dos manos y la mira en los ojos. Con arrebato, medio de ternura, medio de rabia.

¡Ay, hijos, hijos! Voy á hacer por ti lo que no sería capaz de hacer nadie.

AGUSTINA

Con alegría.

¡Madre!

ELENA

No es lo que tú te figuras, pero, en fin; tu padre me ha invitado á ir de visita: precisamente, pasada esta semana, tengo tres sin trabajo. ¡Iremos, probaré y te convencerás por tus propios ojos de que es imposible!

AGUSTINA

¡No, madre, no!

ELENA

Sí, hija, sí; me conozco y le conozco. Pero has venido á mí, y no quiero que digas que te vas lo mismo que viniste.

AGUSTINA

¡Madre, qué buena eres y cuánto te voy á querer!

ELENA

No soy buena ni mala, ¡soy tu madre! Digo... Como que me va á enseñar á mí un hombre á querer á mi hija.

Con grandísimo desprecio.

¡Un hombre! ¡Como si ellos supieran lo que es echar un hijo al mundo! ¡No faltaría más! ¡Nos veremos!

CAE EL TELÓN

ACTO SEGUNDO

Salón de casa hidalga, decorado y amueblado sin afectación de riqueza, pero con comodidad y buen gusto: hay chimenea de campana, divanes, mesas para leer y escribir, estantes con revistas y libros. En uno de los ángulos, gran ventanal que da paso al jardín; en el rincón que forma, mesita costurero. En el lugar de más recogimiento, piano de cola ú órgano de salón. Un busto de Beethoven. Plantas en macetas y flores en jarros. Al levantarse el telón están en escena Don Enrique y Justa. Justa, con más de sesenta y cinco años, es vieja, ágil y acartonada. Va vestida de estameña café, con cuello y puños blancos: lleva colgado á la cintura un manojo de llaves. Don Enrique, en pie junto á una mesa, arregla papeles. Se oye en el jardín la risa de Elena y Agustina, y voces confusas de otras varias personas.

JUSTA

Poniendo en orden los muebles y recogiendo del suelo revistas, unos guantes, un chal de encaje, una sombrilla, etcétera.

¡Divertido está el tiempo!

DON ENRIQUE

Más vale así, mujer.

JUSTA

¡Más vale así!

Vuelve á oirse reir á Agustina.

También la niña está contenta.

DON ENRIQUE

¿Cómo quieres que esté, teniendo aquí á su madre, y viéndola completamente bien, después del susto que se ha llevado?

JUSTA

Sí que es casualidad: enfermar á las veinticuatro horas de la llegada.

Con satisfacción.

No le quedarán ganas de repetir el viaje.

DON ENRIQUE

Es esta casona tan vieja, tan húmeda...

JUSTA

Ahora vamos á echarle la culpa á la casona. ¡Todo sea por Dios! Cuarenta y cinco años llevo viviendo en ella y no he tenido ni un dolor de cabeza ¡El mal lo traía consigo! ¡Calenturas á orilla de la mar! En mi vida lo oí. ¡Todo el mundo viene á soltar las que tiene, y las iba á haber cogido ella!

DON ENRIQUE

Cuando tengas que hablar de mi mujer, te agradeceré que digas: la señora.

JUSTA

¡Ya lo sabemos, ya!

DON ENRIQUE

Pero se nos olvida.

JUSTA

¿Estamos de mal temple?

DON ENRIQUE

Estoy como me da la realísima gana.

JUSTA

¿Cuántos años tenemos?

DON ENRIQUE

No lo sé, ni me importa.

JUSTA

¡Ay, ay, ay!

DON ENRIQUE

¿Que es lo que hay?

JUSTA

Que todavía eres muy joven para chochear.

DON ENRIQUE

Ama Justa, si no fuera mirando que tù sí que chocheas...

JUSTA

¡Eso es, enfádate ahora con esta pobre que te crió á sus pechos! ¡Lo que viene de fuera, siempre tiene razón!

DON ENRIQUE

Te he dicho ya mil veces que aquí nadie ha venido de fuera: ¡la señora está en su casa, lo mismo que yo! ¡Más!

JUSTA

Tiempo hemos tardado en aprenderlo.

DON ENRIQUE

Así tardaremos más en olvidarlo.

Entra la Pura, con una bandeja de dulces y fiambres, y se dirige á la puerta del jardín.

JUSTA

¡Yo que usted me dejaba la puerta abierta!

PURA

¡A ver con qué mano la voy á cerrar, si llevo las dos ocupadas!

DON ENRIQUE

No te sofoques, ama, que no es para tanto.

JUSTA

Es que si luego te pasa á ti una corriente de aire...

DON ENRIQUE

No me pasará, porque cerrarás tú con muy buenos modos.

JUSTA

Eso de los muy buenos modos, ¿lo decimos con retintín?

DON ENRIQUE

A la Pura.

Dígale usted á la señora que si no cree que puede hacerle daño estar en el jardín tomando el sol tanto tiempo seguido.

PURA

Se le dirá.

Sale.

JUSTA

¡Tarasca!

DON ENRIQUE

Ama, cierra la puerta.

Justa da un portazo.

Haz el favor de volverla á abrir.

Justa la abre.

Ahora, ciérrala despacito. Eso es. Lo bien hecho, bien parece. Y si has terminado de recoger cosas que muy bien podían quedarse donde estaban, date una vuelta por la cocina, que sabes que no estando tú presente le falta á lo exquisito su último punto.

JUSTA

¡Por la cocina! Nos pasamos el día comistrajeando:

que si el porche, que si el jamón crudo, que si el pollo fiambre, y, naturalmente, cuando llega la hora de comer como Dios manda, á todo le hacemos ascos y reparos. Como no falta una infeliz á quien echar la culpa, y un alma de Dios *(Señalándole á él)* que se figura que por esos mundos estábamos acostumbrados á guisos más finos.

DON ENRIQUE

¿Ha venido el correo?

JUSTA

No sé á qué viene preguntarlo, cuando está sin abrir todo el que ha llegado hace quince días. Claro, teniendo en casa todo lo que necesitamos, ¿qué falta nos hace saber noticias de fuera?

DON ENRIQUE

Ama Justa, es inútil que quieras molestarme con indirectas, porque, como estoy decidido á no enfadarme nunca contigo, no las voy á entender. Por lo cual no levantes los ojos al cielo ni cruces las manos con desolación; á pesar de todas tus elocuentes pantomimas, seguiré haciendo mi santísima voluntad.

JUSTA

Siempre la has hecho.

DON ENRIQUE

Razón de más para que continúe. A mis años no voy á cambiar de sistema.

JUSTA

Pero si es que esto no puede seguir así: esta vida no es vida, para ti, se entiende; todas tus costumbres las echaste á rodar; ya, ni zapatillas, ni gorro, ni siesta después de la comida, ni copita de anís detrás del café. ¡Hasta de la música te has olvidado! ¡Bueno está este piano de polvo!

DON ENRIQUE

¿Querías que tocase estando la señora en cama?

JUSTA

Ya hace cuatro días que se levanta. ¡Ay, hombres, hombres, siempre bebiendo vientos por unas faldas! Y todavía, que alguno pierda el seso por una mujer que sea de otro, ¡el señor nos libre! ¡pero se comprende! ¡Pero andar como andamos en esta casa por la mujer propia! Verdad es que ahora parece que está de moda hacerle ascos al hombre que la iglesia nos dió para toda la vida. Ya es viajecito, ya, diez y seis años, para una mujer como es debido. Y que no habremos sido todos por esos mundos lo tontos de remate que hemos sido aquí.

DON ENRIQUE

Ama Justa, nos está pareciendo que á este libro le va á faltar muy poco para romperte la cabeza.

JUSTA

¡Jesús! No me quedaba otra cosa que oir.

DON ENRIQUE

¡Quítate de mi vista, quítate de mi vista!

JUSTA

¡Ay, Señor! ¡El demonio en figura de mujer se le ha entrado á este hombre en el cuerpo!

Sale, á tiempo que entra Manolo. Don Enrique, con un ataque de ira silenciosa, da vueltas por la habitación: ha cogido un pañolito de encaje que ha encontrado sobre un mueble: primero le huele, luego le estruja, y, por último, le hace pedazos. No ve entrar á Manolo, que se sienta en un diván, y no saluda hasta pasado un momento.

MANOLO

Buenos días, Don Enrique.

DON ENRIQUE

¡Ah... tú! Buenos días.

MANOLO

Haciendo ejercicio, ¿eh?

DON ENRIQUE

Haciendo ejercicio.

MANOLO

Para calmar los nervios.

DON ENRIQUE

¿De dónde sacas tú que estoy nervioso?

MANOLO

De que lo estoy yo.

DON ENRIQUE

Tus motivos tendrás.

MANOLO

Los mismos que usted.

DON ENRIQUE

¡Mucho decir es eso!

MANOLO

Pues figúrese usted que no he dicho nada.

DON ENRIQUE

¿Y cuáles son los tuyos, si puede saberse?

MANOLO

¿A usted no le saca de tino la afluencia de visitantes distinguidos que cae estos días sobre nuestra aldea?

DON ENRIQUE

Eso va ganando el comercio.

MANOLO

Y eso va perdiendo usted; porque como todos son visita de esta casa, todos comen, ó almuerzan, ó meriendan aquí.

DON ENRIQUE

Hijo, cuando Dios da, da para todos.

MANOLO

Es que hay cosas que no le hace á uno maldita la gracia repartir con nadie.

DON ENRIQUE

¿Vas tú á llevar por cuenta, como el ama Justa, las gallinas que se sacrifican? ¡Ja, ja, ja!

MANOLO

¿De qué se ríe usted?

DON ENRIQUE

De ti.

MANOLO

Más vale que le sirva á usted de diversión el caso.

DON ENRIQUE

El caso es que tienes celos, ¿no?

MANOLO

Me parece que me sobra motivo.

DON ENRIQUE

Eso, allá tú sabrás; pero, hijo mío, permite que te diga que un hombre de veinticuatro años, enamorado, como tú dices que lo estás, de una chiquilla que hasta hoy no

ha visto el mundo más que por tus ojos, es un solemne majadero si se deja robar los agraces de la parra.

MANOLO

¿Pero usted no ve que toda esta gente que viene de otro mundo, como ella dice, le habla de cosas que ella no había ni sospechado nunca?

DON ENRIQUE

Háblale tú de otras más interesantes.

MANOLO

Es que ellos la ilusionan, la deslumbran.

DON ENRIQUE

Deslúmbrala tú más.

MANOLO

¡No sé cómo!

DON ENRIQUE

¡Ay, amor! Supongo que no pretenderás que yo, que soy su padre, te vaya á enseñar modos de volverle el juicio; pero ¡Dios nos ampare!, la primera emoción de amor se la has dado tú... me parece, y eso en un alma de mujer deja huella para toda la vida.

MANOLO

¡Una mujer es siempre del último que llega!

DON ENRIQUE

Con rabia.

¡Una mujer es siempre del hombre que merece llevársela!

MANOLO

Según eso, usted...

DON ENRIQUE

Según eso, yo no tengo que dar cuentas á nadie, para lo cual empiezo por no irle á nadie con lamentaciones. ¡Canastos con la juventud, que todo se lo quiere llevar de rositas! Hijo mío, en este mundo no hay más que dos caminos: ó paciencia ó acometividad, ó sembrar el trigo y esperar á que grane, y segarlo y molerlo, y cocerlo y sudar y fastidiarse, ó estar al pie del horno cuando sale el pan y llevárselo á puñetazo limpio. Tú verás cuál es la filosofía que más te conviene.

Pausa.

Entra, si quieres, que en el jardín están.

MANOLO

¿Con visita?

DON ENRIQUE

Con visitas.

MANOLO

Sí, ya he visto, al entrar, un automóvil. ¡Dichosos los tiempos de la silla de postas!

DON ENRIQUE

Mucho antes hubo botas de siete leguas para quien quiso llegar deprisa.

MANOLO

Y mucho antes caballo con alas, si vamos á cuentos. Pero la vida no es cuento.

DON ENRIQUE

Puede que no lo sea, pero se le parece mucho.

AGUSTINA

Entrando por el ventanal, muy deprisa y muy contenta, y hablando con los que quedan en el jardín.

Sí, sí; en seguida vuelvo.

DON ENRIQUE

Ahí la tienes.

Mirándola con embeleso.

¡Qué bonita es!

MANOLO

¿Dónde vas?

AGUSTINA

¡Ah! ¿Pero estás tú aquí? ¿Por qué no has entrado? ¿No te ha dicho papá que estábamos en el jardín? ¡Hoy tenemos gran recepción! Entra, que son cantantes, ¡y hay una italiana más guapa! Dice que no han tardado más que veinte minutos desde San Sebastián aquí. ¡Quién nos iba á decir ¡paletitos! que estábamos tan cerca del mundo!

ELENA

Dentro.

¡Agustina!

AGUSTINA

¡Ya voy! ¡Estoy loca! Vengo por una cosa y se me olvida: dice mi madre que se ha dejado aquí un pañuelo.

Don Enrique le deja disimuladamente entre los papeles de la mesa.

No está... pediré otro.

Viéndole.

¡Ah sí!... Pero ¿qué le ha pasado?... Hecho trizas... le habrá cogido el perro... ¡Lástima de encaje, que es Bruselas legítimo! ¡Buena se va á poner la Pura cuando lo vea!

A su padre, que se dirige hacia la puerta.

¿Te vas?

DON ENRIQUE

Muy amablemente.

A dar mi paseíto de todas las tardes; ya sabes que si no, á la hora de comer, no abro la boca.

Con un poco de mal humor.

Divertirse.

Sale.

AGUSTINA

Mirando, alternativamente, á la puerta por donde ha salido su padre y á la puerta vidriera del jardín.

Yo le acompañaría; pero...

MANOLO

Esforzándose por estar amable.

¡Si quieres que me vaya yo con él!...

AGUSTINA

No; tampoco.

ELENA

Dentro.

¡Agustina!

VOZ DE HOMBRE

Dentro.

¡Agustina!

VOZ DE MUJER

Dentro.

¡Agustina!

AGUSTINA

¡Ya voy! Anda, ven al jardín.

Le coge la mano.

MANOLO

¿Tanta prisa tienes?

Sin soltarle la mano.

AGUSTINA

Prisa, no; es que me están esperando.

MANOLO

Que esperen; estate aquí conmigo.

AGUSTINA

¿Ya no te escandaliza que nos dejen solos?

MANOLO

Aquí, no; ¡estas paredes te defienden!

AGUSTINA

¿De tí?

MANOLO

De todo y contra todos.

AGUSTINA

¡Ja, ja, ja! Te ha salido muy bien la frasecita.

MANOLO

No es frase.

AGUSTINA

Sí lo es, pero me gusta: hoy me gusta todo, porque estoy contenta, contenta, contenta. Y eso que, ahora que me acuerdo, contigo debería estar enfadada. No te he visto al salir de la iglesia.

MANOLO

¡Ah! Pero, ¿has ido á misa esta mañana?

AGUSTINA

¡Vaya una novedad! Como todas.

MANOLO

¡Tantas llevabas ya sin ir, que creí que habías perdido la costumbre!

AGUSTINA

¿Querías que saliese teniendo á mamá enferma?

MANOLO

¿Ya está mejor?

Como si preguntase: ¿No se ha muerto aún?

AGUSTINA

Ya está bien del todo. Anda, vamos, que no quiero que se enfade si tardo.

MANOLO

Pues no te ha entrado á ti poco fuerte.

AGUSTINA

Por mi madre. ¡Claro que sí!

MANOLO

¡O por quien sea!

AGUSTINA

¡Ay, Manolo, Manolo, ya me vas á decir cosas desagradables! También como habíamos empezado hoy...

MANOLO

Perdóname; es que me desconcierta un poco que tengas tanta prisa en dejarme.

AGUSTINA

Si empiezo por decirte que vengas conmigo.

MANOLO

Es que te quisiera decir tantas cosas...

AGUSTINA

¿Cuáles?

MANOLO

¿Tú no tienes ninguna que decirme á mí?

AGUSTINA

¿De qué? ¡Ah, de mamá!... sí, precisamente eso es lo que me tiene tan contenta; ella sigue diciendo que se va, y se va, pero yo tengo mis esperanzas, porque lo que es la casa le gusta, ¡ya lo creo!, y el pueblo, también, lo poco que ha podido verlo. Ayer por la tarde salimos en el coche y se quedó encantada con los pinares... y el jardín, la gente; con todo el mundo habla y todo la entretiene. Tenemos una gallina llueca y hemos echado huevos para sacar pollos: como ella es de Madrid, y no ha vivido nunca en un pueblo, le hace tanta gracia que salgan los animalitos con los días contados, y como hacen falta veintiuno, yo pienso que en veintiún días mucho se puede conseguir. Por eso no te extrañe que esté siempre á su lado.

ELENA

Dentro.

Agustina, baja; que estos señores se marchan.

AGUSTINA

Se van.

Yendo hacia la puerta.

MANOLO

Espera...

AGUSTINA

Déjame que vaya á despedirlos...

MANOLO

Que se vayan... déjalo... estate aquí á mi lado... es un capricho...

AGUSTINA

Con resignación.

Bueno.

VOZ DE HOMBRE

Dentro.

¡Adiós!

ELENA

Dentro.

Pero Agustina...

AGUSTINA

Adi...

MANOLO

Tapándole la boca.

No respondas.

VOZ DE MUJER

Dentro.

Addio, carissima...

Entra una rosa por la ventana.

VOZ DE HOMBRE

Cantando dentro.

Bon soir, madame la lune!

Entra un manojo de claveles.

VOZ DE HOMBRE

Dentro.

¡Adiós, ingrata!

VARIAS VOCES

Dentro.

Adiós, adiós, adiós.

Siguen entrando flores por el ventanal.

MANOLO

No hagas caso...

Sujetándola y casi abrazándola.

No mires; mírame á mí, que te quiero más que nadie en el mundo y más que á nadie... Agustina, dime que tú también me quieres...

AGUSTINA

Sí...

MANOLO

Más que á nadie en el mundo, que serás siempre mía, que no me olvidarás nunca por nadie...

La abraza.

AGUSTINA

Sí, sí, sí... Pero, ¿te has vuelto loco? ¡Déjame! ¡Mi madre!

Se separa de él violentamente, viendo entrar á Elena, que sube del jardín y cierra con toda calma su sombrilla.

ELENA

¿Dónde te has metido?

Cómo si viese á Manolo de pronto.

¡Ah, vamos!... ¿Encontraste el pañuelo?

AGUSTINA

No... es decir, sí...

Atropellándose.

Aquí está.

ELENA

¿Porqué no has bajado?

AGUSTINA

Porque... está roto.

ELENA

¿Y por eso te apuras? ¡Hija mía, eres tonta!

Acercándose á ella y mirando á Manolo con ojos de basilisco.

¡Pues no estás tú poco sofocada!

AGUSTINA

No, mamá, si estoy muy contenta.

ELENA

Ya se ve.

Se sienta en el diván.

AGUSTINA

Acercándose á ella y echándole un chal.

A ver si te vas á quedar fría, después del sol que hace en el jardín.

ELENA

No tengas miedo.

MANOLO

¿Ya está usted mejor?

ELENA

Perfectamente. Por esta vez, amigo, no le doy á usted el gusto de morirme ¡Paciencia!

MANOLO

Con risa de conejo.

Señora... precisamente el gusto...

ELENA

!Dígamelo usted á mi! ¡Menuda solución! Le estoy oyendo á usted después del fausto acontecimiento: ¡Pobre señora; su genio tenía, pero era tan buena... y tan oportuna!

MANOLO

Ya quemado.

¡Cuando usted lo dice!

AGUSTINA

¡Manolo!

ELENA

¡Tú te callas!

MANOLO

Quien tiene que callarse aquí soy yo.

ELENA

¡Ya! Me perdona usted la vida.

MANOLO

Está usted en una casa muy respetable para mí. Es usted una señora, y no quiero olvidarlo. A los pies de usted.

ELENA

Beso á usted la mano.

A Agustina, que sale detrás de Manolo.

¿Dónde vas tú?

AGUSTINA

En seguida vuelvo.

ELENA

Es que... ¡cuidadito con los coches, que tienen ruedas!

MANOLO

Furioso á Agustina.

¡Quédate ahí!

Sale Manolo.

AGUSTINA

Tímidamente.

Hasta luego.

ELENA

¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una cara de vinagre que lleva! ¡Ja, ja, ja! Si puede, me estrangula. Y tú, ¿que estás pensando ahí tan seria?

AGUSTINA

¿Qué quieres que piense?

ELENA

¿Que soy una fiera? Claro; aquí, en tocando al niño, se acabó todo.

AGUSTINA

Pero ¿por qué te pones así siempre que viene?

ELENA

Porque no le puedo ver ¡ni en pintura!

AGUSTINA

Bueno; déjalo, madre, déjalo... hablemos de otra cosa.

ELENA

¿De qué?

AGUSTINA

De tí. Dime la verdad. ¿Estás aquí á gusto? ¿Te aburres con nosotros? ¿Echas muchas cosas de menos? ¿Te

gusta la casona? ¡Me da una rabia que hayas estado enferma! ¡Dos semanas perdidas! Nosotros que queríamos mimarte tanto, tanto, para que lo pasases tan bien y no pudieras marcharte ya nunca... Madre... ¿en que estás pensando? Dímelo.

ELENA

Ayer he recibido carta de mi apoderado: una contrata para Norte-América!

AGUSTINA

¡Para Norte- Américal

ELENA

Treinta funciones en tres meses.., y muy bien pagadas. Me piden respuesta por cable.

AGUSTINA

¿Y tú...?

ELENA

No he contestado todavía. No sé por qué me da pereza pensar ahora en un viaje tan largo... Es la primera vez que me sucede. Será debilidad de la convalecencia. Pero de mañana no puede pasar la contestación.

AGUSTINA

Triste.

¿De eso es de lo que hablabas anoche con Juan Manuel?

ELENA

¿Cómo lo sabes?

AGUSTINA

Porque oí que decíais Nueva York... ¿Te quiere mucho, verdad?

ELENA

¿Juan Manuel? Eso dice; pero ¡fíese usted de los hombres! Todos están á la que salta, y á ver lo que se pesca. Si no les haces caso, eres una pantera; si les tienes lástima, una mala mujer, y si logran lo que se proponen, ¡échales un galgo, que, si te he visto, no me acuerdo!

Muy seria.

Esto te lo digo porque soy tu madre.

AGUSTINA

Pero Juan Manuel...

ELENA

Juan Manuel es de los mejores; pero tampoco pondría yo por él la mano en el fuego, porque, hijita, ya lo dice el refrán: "El mejor, para tapadera de un horno.„

AGUSTINA

¡Ay, madre, que vacía se va á quedar la casa si te marchas!

ELENA

¿Para ti? Te queda tu Manolo de tu alma. Te casarás con él.

AGUSTINA

Con tristeza rabiosa.

¿Qué tiene que ver eso?

ELENA

¿Qué te pasa?

Agustina se aparta sin responder.

¡Vaya unos arrechuchos que te entran á ti!

Sin darle importancia, se acerca al ventanal.

¡Que sol tan hermoso!

Estremeciéndose un poco.

¡Ay, hija, que gusto da vivir después de haber estado para morirse! Ven acá.

Cogiéndole la cara entre las manos.

¡Ríete! ¡Parece que tengo hormiguillo por todo el cuerpo! ¡Qué bonita, pero que bonita eres! ¡Hija, quién fuera tú, para empezar á vivir!

AGUSTINA

Con ansiedad.

¿Y qué harías, que harías tú, madre, si tuvieras que empezar hoy la vida, si fueras como yo?

ELENA

Pausa. Mira largamente á Agustina.

¡Qué te voy yo á decir, si ahora mismo no sé á donde tirar para acabarla!

AGUSTINA

¡Ay, madre!

ELENA

No suspires. ¿Qué más da? Tú no te apures nunca por nada de este mundo. Después de todo, no tiene una la culpa de nada de lo que hace.

AGUSTINA

Sí, madre, sí.

ELENA

¡Qué ha de tener! Ya ves yo... Casi nunca me entero de lo que he hecho, hasta que me lo viene á contar otro, y entonces, ya me parece que no es cosa mía. Una vez, no sé si en Londres ó en Berlín, ví una pantomima alegrita... ¡bueno, eso es lo de menos! El caso es que la pantomimista se íba... quitando ropa detrás de un biombo, y el público iba viendo la acción en un espejo... Será una estupidez, pero yo muchas veces he pensado que la vida que una hace es así, una pantomima que está una misma viendo pintada en un cristal.

AGUSTINA

Sí, pero tenemos la obligación de que en el espejo no se pinten más que cosas buenas.

ELENA

¿A qué llamas tú cosas buenas?

AGUSTINA

Por ejemplo, á que nadie sufra por nosotros.

ELENA

¡Ay, niña! ¿Sabes tú á dónde puede ir á parar una mujer con un corazón tan generoso? ¡No hacer sufrir á nadie! No hay remedio: lo que es la gloria de uno es la pena de otro. Todos sufren por todos... es decir, casi nadie sufre por nadie; porque ríete tû de penas no tocando á la piel ó al bolsillo. ¿No ves cómo dicen "Salud y pesetas,,? A nadie se le ocurre decir "Salud y amor,, ni "Salud y gloria,,, ni siquiera "Salud y buena conciencia,,. Salud y pesetas dicen que basta.

AGUSTINA

Pues yo quiero ser pobre, vivir triste, sufrir yo todo lo que sea preciso, y no hacer mal á nadie.

ELENA

Si no le harás tú; el mal se hace solo. Y no pienses cosas lamentables, que tampoco sé á qué vienen ahora. ¿No estabas tan contenta? ¿Porqué me marcho yo? ¡Quién sabe!

AGUSTINA

Con alegría.

¡Madre!

ELENA

No digo que sí, ni que no. Consultaré á la Pura, que bruta si es, pero sentido común no le falta.

Pasea cogiendo del brazo á Agustina.

¡Sí que está bien todo esto!

Sentándose en un sillón.

Tu padre sabe lo que es comodidad. Cuando le coge á una un silloncito de estos, no le suelta.

Mirando al estante que tiene al lado.

¡Jesús, cuánto libro! ¡Qué sabios debéis ser todos en esta casa! Sí; hasta el ama Justa tiene cara de dómine.

Dando vuelta á la librería giratoria.

¿Son novelas?

Coge un libro.

"Crítica de la razón pura,,.

Hace un gesto de asombro y coge otro.

"La irreligión del porvenir,,.

A Agustina.

¿Tú entiendes todo esto?

AGUSTINA

Son libros de papá.

ELENA

Verdad, que hay notas escritas con su letra.

Hojea el libro. Se oye la bocina de un automóvil.

¡Un automóvil! ¿Quién vendrá ahora?

AGUSTINA

Corriendo á la ventana.

¿Será Juan Manuel? ¡No! Es ese caballero que vino la otra tarde... el tenor.

ELENA

¡Ah, Paoletti!

AGUSTINA

Con dos señoras... y otros tres caballeros. ¡Huy, qué trajes traen ellas!

Con un poco de susto.

¡Mamá! Se entran por la verja del jardín... sin llamar.

Se oyen risas y voces y un principio de cuplé más bien desvergonzado.

¡Ay, madre!

ELENA

Sonriendo.

Pero, ¡qué poca lacha tiene ese Paoletti! ¿A quién se habrá traído?

Se oye la voz de Don Enrique, dentro, y se interrumpen las risas y las canciones.

¡Eh! ¿Qué es eso?

DON ENRIQUE

Dentro, violentamente.

¡No, señores, no está!

VOZ DE HOMBRE

Dentro.

¿Qué quiere usted decir?

DON ENRIQUE

Dentro.

Ya lo han oído ustedes: que Elena no está en casa, y como para ustedes no ha de estarlo nunca, pueden uste-

des ahorrarse el trabajo de volver por aquí. ¡Buenas tardes!

ELENA

Pero ¿este hombre se ha vuelto loco ó qué?

Se dirige hacia la puerta del jardín.

AGUSTINA

Deteniéndola.

¡Mamá!

VOZ DE HOMBRE

Dentro.

Caballero, nosotros...

OTRA VOZ

Dentro.

No creemos que Elena vaya á consentir...

ELENA

Naturalmente. ¡No faltaba más!

VOZ

Dentro.

Porque ella también está en su casa.

DON ENRIQUE

Está en su casa, porque esta casa es mía, y ella es mi mujer; pero ni la casa ni yo le debemos nada á nadie: de modo que hasta más ver, señores.

ELENA

Con rabia.

¡Ah!

AGUSTINA

No salgas, madre, espera.

VOZ DE MUJER

Dentro.

No se apure usted, amigo, que ya nos vamos.

DON ENRIQUE

Dentro.

¡Feliz viaje!

ELENA

Déjame...

AGUSTINA

No, madre, no...

Se oye rumor de gente que sale. Don Enrique aparece en la puerta, bastante alterado; pero al verlas, intenta serenarse.

DON ENRIQUE

¿Ah, estabais aquí? Buenas tardes, Elena.

ELENA

Furiosa.

¿Me querrás decír...

DON ENRIQUE

Interrumpiéndola.

¡Qué calor hace aquí!

Se hace aire con el sombrero.

Agustina, hija, ¿por qué no sales á dar una vuelta?

Agustina le mira y sale dócilmente.

ELENA

¿Me querrás decir qué significa esto?

DON ENRIQUE

Pues significa sencillamente que á tu compañero y amigo, el ilustre señor Paoletti, se le ha ocurrido venir á visitarte en la agradable compañía de dos... digamos artistas, demasiado famosas, y que, tomándomelo yo. he querido evitarte el trabajo de ponerlos á ellas y á él de patitas en la calle. ¡Eso es todo!

ELENA

¡Ah! ¿Y te figuras que tienes derecho á ponerme en ridículo? ¿Que habrán dicho de mí?

DON ENRIQUE

¡Bah! Las damas que venían con tu amigo están acostumbradas á esos contratiempos, y no ha de sorprenderlas el que no hayas querido recibirlas. Y en cuanto á los caballeros que las acompañaban, tampoco me pesa que hayan comprendido que, á pesar de todos los pesares, tienes quien te haga respetar cuando llega el caso.

ELENA

Por mí no te acalores. Diez y seis años llevo andando por el mundo y me he sabido defender solita. Ni por tí

tampoco, que no volverás á tener ocasión para ello. Pero, ¿sabes lo que te digo? Que para hacerme desaires como éste, podías haberte ahorrado el trabajo de invitarme á venir á tu casa.

DON ENRIQUE

Yo te he invitado á ti, pero nunca entendí que invitaba contigo á toda la hez de los teatros y music-halls del mundo.

ELENA

Pues, hijo, el que quiere la col, quiere las hojitas de alrededor.

DON ENRIQUE

No por cierto.

ELENA

Ya sé que te estorba todo el que viene á verme.

DON ENRIQUE

No me estorban, y creo que harto te lo vengo probando, mientras sean personas decentes. Desde que estás aquí, no cesa el rodar de automóviles por esa carretera.

ELENA

¿Te molesta el olor á gasolina?

DON ENRIQUE

¡No me molesta nada! ¿Artistas? Bueno. ¿Extravagantes? Bien. ¿Indiscretos? Paciencia. ¿Impertinentes? ¡Qué

le vamos á hacer! Pero gente sinvergüenza, no, no y no. ¡Ya lo sabes!

ELENA

Llorando de rabia.

¿Es que tú te figuras que me paso la vida entre gentes de poco más ó menos, y que soy como ellos si á mano viene? ¡Pues, hijo, á mí á decente no me gana nadie!

DON ENRIQUE

¿Crees que si no lo supiera te hubiese hecho venir aquí? ¿Crees que hubiese dejado en tu casa á mi hija?

ELENA

Ya salió tu hija.

DON ENRIQUE

Si te parece que está de más entre tú y yo hablar un poco de ella.

ELENA

Después de este bochorno que me has dado en mi misma cara, ¿qué se va á figurar que es su madre?

DON ENRIQUE

¡No se figurará lo que no deba, porque sabe de sobra, tanto como yo, que eres una mujer honrada, honrada porque sí, porque no puedes menos de serlo!

ELENA

Poniéndose otra vez rabiosa.

¿Ah, con que soy honrada porque no puedo menos de serlo?

DON ENRIQUE

¡Entiéndeme!

ELENA

De sobra. ¡Porque no puedo menos! ¡Pues hijo, tentaciones no me han faltado, que no soy tan fea, digo, me parece... y ahora mismo, si me diera la gana!...

DON ENRIQUE

¡Elena, no me saques de tino!...

ELENA

¡Es que puede pesarte lo que has dicho!

DON ENRIQUE

¿A mí?

ELENA

No; al vecino de enfrente.

DON ENRIQUE

Elena, óyeme bien, ya que acaso sea esta la última vez que hablamos con... relativa tranquilidad...

ELENA

Por mí, como si quieres suprimirla.

DON ENRIQUE

No me puede pesar nada de lo que hagas, más que por ti, ¿lo entiendes?, por ti. De todas las locuras que quisieras tú hacer, ¿qué puede á mi alcanzarme? ¡Ni siquiera el desprecio compasivo del mundo! ¡Estoy tan lejos de él! Además, la dignidad de un hombre está muy por encima de las... genialidades de su mujer. Cada uno es cada uno, hijita. Yo he vivido hasta ahora, por lo menos, en paz; un poco se ha turbado...

ELENA

¿Porque he venido yo?

DON ENRIQUE

Naturalmente.

ELENA

Pues hijo, pronto se puede serenar el agua.

DON ENRIQUE

Cuento con ello.

ELENA

Es decir, ¿que quieres que me marche?

DON ENRIQUE

Si es que no te conviene vivir de acuerdo con mi modo de pensar...

ELENA

Está bien.

Dando patadas en el suelo.

Está bien...

DON ENRIQUE

Pero no te precipites...

ELENA

Está bien...

DON ENRIQUE

Ya sabes que yo siempre encantado de que estés con nosotros...

ELENA

¡Quítate de mi vista! ¡Hipócrita!

Él, sin decir palabra, se dirige al jardín.

¿Dónde vas?

DON ENRIQUE

Aquí, al jardín, á ver si está la niña.

Sale.

ELENA

La niña, la niña...

Gritando.

¡Pura, Pura, Puraaaa!... La niña... ya te darán á ti... ¡Pura, Pura!

PURA

Aquí estoy.

ELENA

¿Dónde estás metida... estúpida?

PURA

Pero, niña... ¿qué pasa?

ELENA

Pasa que nos marchamos de aquí, ahora mismo... e baúl... las maletas; ¿qué haces ahí como una estatua?

PURA

Pero, ¿qué te ha ocurrido?

ELENA

¿A ti qué te importa?... Mi sombrero, mi abrigo... sin hacer los baúles; que los manden... ¡Vámonos!

PURA

Pero, ¿dónde?

ELENA

Al infierno, que es país caliente...

PURA

Pero si hasta mañana no hay tren, ¿cómo nos vamos á marchar?

ELENA

¡En burro! Que se queden anchos... en paz... ya les daré yo paz.

Suena una bocina de automóvil.

Otro automóvil.

Rabiosa.

¡Todavía estás ahí! ¡Toma, toma!

Recoge rabiosamente todo lo que encuentra por los muebles.

JUAN MANUEL

Apareciendo en la puerta.

¿Se puede?

ELENA

¡Ah, Juan Manuel! Llega usted á tiempo. ¿Es de usted ese automóvil que sonaba?

JUAN MANUEL

Sí, señora...

ELENA

Pues ya tienes dónde cargar los trastos, ¡Volandito!

PURA

¡Ay, hija, pues no te dan á ti las cosas poco súbitas!

Sale.

JUAN MANUEL

¿Qué le sucede á usted?

ELENA

Lo mejor que podía sucederme: que me marcho de aquí... es decir, que me echan... ¡No se siente usted! ¡Sí, señor! Ahora mismo... ¡Y se acabaron las contemplaciones! ¡Hay que vivir como vive la gente! En el primer vapor me embarco para América; conque si quiere

usted hacer conmigo un viajecito de recreo, ya puede usted tomar el pasaje...

JUAN MANUEL

Es decir...

ELENA

Es decir, que le cayó á usted el gordo. ¡Alégrese usted, amigo: más vale llegar á tiempo que rondar un año!

JUAN MANUEL

Elena *(Suavemente)*, es usted una mujer adorable.

ELENA

Ya me lo dirá usted por el camino. ¡Andando!

JUAN MANUEL

¡Espere usted un momento!

ELENA

¿A qué voy á esperar?

JUAN MANUEL

A estar un poco más tranquila.

Sonriendo.

Las grandes resoluciones hay que tomarlas con serenidad.

ELENA

¡Ah, con serenidad!

JUAN MANUEL

Elena... usted no sabe lo que le agradezco... eso que acaba usted de decirme... Esas palabras, en boca de una mujer como usted, son de las que un hombre de honor recibe siempre de rodillas... pero, por lo mismo, es preciso que no las diga usted en un estado de ánimo que luego dé ocasión á que usted pueda arrepentirse de ellas.

ELENA

¿Arrepentirme? Pero, ¿usted se figura que ese... hombre merece que yo me arrepienta?

JUAN MANUEL

Ahora se trata únicamente de lo que merece usted.

ELENA

¿Y qué merezco yo?

JUAN MANUEL

En primer lugar, ser feliz.

ELENA

Casi llorando.

A eso vamos.

JUAN MANUEL

Por un camino un poco... desigual.

ELENA

¿Ahora es usted quien le va á poner peros al camino?

Con espanto.

¡Usted, usted!, ¡Jesús! Si antes de fiarse de un hombre, se debía una echar una soga al cuello.

JUAN MANUEL

Elena... por favor... Elena...

ELENA

¡Usted! Después de tanto suplicarme... ¡Virgen, donde he venido yo á caer!

Se tapa la cara con las manos y solloza desesperadamente.

JUAN MANUEL

¡Si no es eso, no es eso!... Elena, yo la respeto á usted ahora más que nunca... Elena, oígame usted... usted sabe cómo la he querido yo siempre... ahora más, ¡pero de otra manera!, más, porque la conozco á usted más... ¡Se lo juro á usted! Es usted para mí... le agradezco á usted tanto... pero no quiero que eche usted á rodar en un instante toda la felicidad que aun tiene para usted la vida... que usted merece como nadie, y que está para usted en esta casa, créamelo usted, sólo en esta casa.

ELENA

¡En esta casa!

Sin levantar a cabeza.

JUAN MANUEL

Sí, en esta casa, buena y acogedora como usted, donde ha encontrado usted tanta serenidad, tanto cariño... ¿Qué le va usted á pedir al mundo que ya no le haya

dado en gloria, y no le haya cobrado con usura en soledad, en cansancio, en injusticia...?

ELENA

Serenándose y mirándole fijamente.

¿Y de dónde le viene á usted, así de golpe, toda esa abnegación? Míreme usted bien. No acostumbran ustedes los hombres á ser tan generosos porque sí. ¿Me querrá usted decir que porque le parece á usted que en esta casa está el camino de mi felicidad, renuncia usted con gusto á lo que hace tan poco tenía usted por felicidad suya?... ¿Por qué mira usted al suelo? Aquí hay gato encerrado. ¿Se va usted á casar? Pero entonces, ¿dónde vive la novia, ó qué calma es la suya que le consiente á usted pasarse la vida pegado á mis faldas?... Porque desde que hemos venido aquí, poco tiempo ha dejado usted de estar con nosotras.

Con iluminación repentina.

¡Con nosotras!... ¡Juan Manuel! ¿Es posible.,. Agustina?

JUAN MANUEL

Con muchísimo miedo.

Sí, Elena; sí, Agustina.

ELENA

¿Se ha enamorado usted de mi hija?

JUAN MANUEL

Perdóneme usted Elena. Por ser hija de usted, creo que he llegado en tan poco tiempo á quererla tanto.

¡Cuando la he visto ya la conocía! Todo el cariño que la he tenido á usted, que la tengo, era como un presentimiento. ¡Cómo las llevo á ustedes en el corazón! ¡Cómo le agradezco á usted ahora el que, tan compasivamente inflexible con la locura mía, no me haya usted dejado imposibilitar para siempre este amor que me estaba esperando! Este amor en que está usted también, porque en su hija de usted está su gracia, su espíritu de usted, su nobleza, su encanto de mujer tan mujer...

ELENA

Con un poco de melancolía.

Su juventud...

JUAN MANUEL

¡Perdóneme usted, Elena, perdóneme usted!

ELENA

Sinceramente.

¿Yo? ¿De qué?

JUAN MANUEL

De haberme engañado á mí mismo...

ELENA

Pero, ¿usted sabe, criatura, la alegría que me da usted?

JUAN MANUEL

Con asombro.

¡Elena!

ELENA

La alegría... sí, señor... ¡Mi hija!... Usted dice que me ha querido siempre tanto y cuanto. Pues yo, ahora ya se lo puedo á usted decir: puede que, también siempre, le haya querido á usted más... y mejor que usted á mí. Es usted el único hombre en quien hubiera querido creer, para fiarme en usted del todo, porque me parece usted amigo seguro, y además, ¡sabe usted tanto de tantas cosas!... Algunas veces he tenido pena, al verle á usted meterse en malos pasos, y entonces, ¡con qué cariño, no sé si de hermana... ó de madre, le hubiera aconsejado á usted!... Cada vez que nos hemos encontrado por esos mundos, ¡me daba una alegría... y una rabia al pensar que, por esa locura de usted, había entre nosotros una desconfianza estúpida! Ya ve usted si ahora tengo que alegrarme, viendo que, al fin, podemos ser buenos amigos.

JUAN MANUEL

¿Amigos... Elena? No sé que nombre dar al cariño, á la veneración que siento por usted. ¿Sabe usted el heroísmo que otra mujer cualquiera necesitaría sólo para fingir esas palabras que usted dice tan sincera y tan sencillamente? ¿Amigos? Aquí me tiene usted... como usted quiera... ¡es usted una santa!

ELENA

No, señor; soy una mujer que le quiere á usted mucho y que nunca se ha enamorado de usted.

JUAN MANUEL

¡Elena!

La besa la mano devotamente

ELENA

Abráceme usted, que ahora ya no hay peligro... todo llega en el mundo... aunque un poquito tarde.

El la abraza.

Sí, amigos para toda la vida.

Entra Don Enrique en el preciso momento en que ella pro nuncia estas palabras.

¡Sin miedo, que soy de buena pasta y no me rompo!

Le abraza ella impetuosamente.

DON ENRIQUE

Precipitándose en arrebato de indignación.

¡Elena!

ELENA

Con perfectísima naturalidad.

¿Tú?

JUAN MANUEL

Por Dios... permítame usted que le explique...

DON ENRIQUE

No me hacen falta explicaciones. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

Juan Manuel intenta disculparse.

¡Inmediatamente, y agradezca usted el que, mirando que está usted en mi casa...! ¡Salga usted ó no respondo de mí!

JUAN MANUEL

¡A sus órdenes!

Sonriendo resignadamente.

ELENA

Pero, Enrique...

DON ENRIQUE

Y tú...

Cogiéndola de un brazo.

¿Esta era tu amenaza? ¿Esto era lo que había de pesarme? ¿No pudiste esperar á estar fuera de aquí?...

ELENA

Después de mirarle con mucho asombro.

Pero... ¿es que te figuras...? Precisamente ahora...

Le entra un desatinado ataque de risa.

¡Ja, ja, ja, ja!

DON ENRIQUE

Cada vez más desesperado.

¿De qué te ríes? ¡Habla! ¿De qué te ríes?

ELENA

¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué idiotas, ja, ja, ja, ja, pero qué idiotas... son los hombres... ja, ja, ja, ja!

Cae en un sillón, con un verdadero ataque de risa. Don Enrique quiere hacerla hablar, se acerca á ella, se separa de ella, con rabia, con cariño después, desconcertado, por último.

DON ENRIQUE

Elena... Elena... dime... ¡Elena! ¿Pero es que todos nos hemos vuelto locos?

Ella sigue riendo.

CAE EL TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el segundo.

Al levantarse el telón están en escena Don Enrique y Agustina. Don Enrique pasea por la habitación y Agustina mira por el ventanal al jardín; no hablan, y los dos tienen cara de mal humor. Pasado un momento, entra Pura.

PURA

¿Llamaba usted?

DON ENRIQUE

Sí; ¿se ha levantado la señora?

PURA

Sí, señor; pero está con jaqueca y dice que no tiene gana de hablar con nadie.

Pausa.

¿Mandaba usted algo más?

DON ENRIQUE

Nada.

Sale Pura.

AGUSTINA

Sin volver la cabeza.

Papá, ¿qué tiene mi madre?

DON ENRIQUE

Ya lo has oído, jaqueca.

AGUSTINA

Qué enfermedad tan rara.

DON ENRIQUE

¿La jaqueca?

AGUSTINA

La de mi madre. ¿Por qué se ha encerrado desde ayer por la tarde en su cuarto? ¿Por qué no bajó anoche á cenar, ni al desayuno esta mañana? ¿Por qué?

DON ENRIQUE

¿Por qué no vas á preguntárselo?

AGUSTINA

He ido ya tres veces y no me ha dejado entrar la Pura

Pausa.

¡Y sigue lloviendo!

DON ENRIQUE

Sí, hija; sigue lloviendo.

AGUSTINA

¡Y qué viento! No ha quedado una flor en el jardín ni una fruta en los árboles! ¡Vaya una nochecita que hemos tenido!

DON ENRIQUE

¡De perlas!

AGUSTINA

¡Y puede que sea temporal y que nos pasemos así una semana!

DON ENRIQUE

Puede.

AGUSTINA

¡Ay, padre!

DON ENRIQUE

¿Qué hay, hija?

AGUSTINA

Que estoy muy nerviosa.

DON ENRIQUE

¿Muy nerviosa ó de muy mal humor?

AGUSTINA

Es lo mismo. ¡Qué cosa tan estúpida es la vida!

DON ENRIQUE

A días... un poco.

AGUSTINA

Siempre: nacen unos y viven y se mueren para que nazcan otros y vivan y se mueran... ¿y qué?

DON ENRIQUE

Eso precisamente.

AGUSTINA

¿Morirse?

DON ENRIQUE

No; ir viviendo.

AGUSTINA

Pues es una broma .. Ir viviendo... tantos días iguales; tantos años como tiene una que pasar hasta que llegue á vieja... Levantarse, vestirse, arreglar la casa, hacerse trapos que á una no le importan, leer libros que mienten ó que no dicen nada, hablar con gentes que sabe una que le van á decir siempre lo mismo. Pensar: ya llega Octubre, ¡cómo acortan los días!; ya viene Febrero, ¡cómo van alargando! ¡Acostarse, dormirse, soñar ó no soñar, despertarse, y vuelta á lo mismo!

DON ENRIQUE

¡Hum! ¿Qué dice de todo eso el señor Don Manuel de la Fresneda?

AGUSTINA

¿Manolo? Dice que esa es la vida, y que así son felices los que son felices, y que qué más le vamos á pedir

á la suerte... y que algún día me pesará no haber sabido apreciar lo que tengo, y que este año va á haber una cosecha de maíz que asusta, y que la remolacha se pierde sin remedio, y que más rezar y menos discurrir, y que tú tienes la mitad de la culpa por haberme dejado leer tantos libros y hacer en todo mi santísima voluntad, y que el diablo que me entienda, y que estoy loca de remate... y lo malo es que puede que tenga razón. ¿Por qué no tocas un poco el piano?

DON ENRIQUE

¡Porque yo tampoco estoy para músicas!

AGUSTINA

Es este viento que hace, que le pone á uno todos los nervios de punta.

DON ENRIQUE

¡Sí, debe ser el viento!

Pausa.

AGUSTINA

¡Ay, padre! Quisiera que estuviéramos tú y yo á mil leguas de aquí, en un país donde no conociéramos á nadie, ni nadie nos hubiera visto nunca; donde, hiciéramos lo que hiciéramos, nadie pudiera sufrir por nosotros; donde no hubiese palabras empeñadas, ni compromisos, ni celos, ni exigencias, ni desconfianzas, ni exclusivismos; donde todo fuera natural; donde el hacer lo que á uno se le antoja no fuera ni pecado, ni extra-

vagancia, ni locura, ni mala fe; donde todos estuviesen alegres por la felicidad de todos.

DON ENRIQUE

Pide, hija, pide... ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA

¿Te ríes de mí?

DON ENRIQUE

¿Pero tú te figuras, alma cándida, que si en la tierra existiera un rincón donde fuera posible todo eso, hubieran tenido los hombres que tomarse el trabajo de inventar el cielo?.. Ven aquí: cuéntame esas penas tan hondas. ¿Qué te pasa?

AGUSTINA

No lo sé.

DON ENRIQUE

Yo, sí. Todos hemos perdido un poco el ritmo, la armonía interior. ¿Y sabes por qué? Porque nos hemos permitido el lujo, casi la orgía, de esperar locamente unas cuantas semanas. De estas aventurillas emocionales, siempre se saca un leve mal sabor de boca en el corazón. Lo que antes nos hacía felices, ahora nos parece insuficiente porque habíamos esperado otra cosa, y cada esperanza que no se realiza, nos parece un derecho que alguien nos arrebata... Perdóname, chiquilla.

AGUSTINA

¿Yo á ti?

DON ENRIQUE

Sí, porque te he contagiado una ilusión, sin pensar en que las ilusiones suelen pagarse con melancolías: cuando fuiste á buscar á tu madre, te empujó mi deseo sin que tú lo supieras; tú vivías tranquila y no necesitabas nada más; ahora no sé con qué derecho pedirte una resignación que sólo á mí me obliga...

AGUSTINA

¿Resignación? ¡Es decir... que... mamá... no se queda!

El padre no contesta.

¿Por qué?... ¡Por eso no sale de su cuarto, por no vernos!... Y tú estás triste, ¿verdad?

DON ENRIQUE

¡Pchs! Tanto como triste...

AGUSTINA

¡Ay, padre, padre, perdóname tú á mí...! Ahora que estás tú así, vengo á aburrirte yo con simplezas mías; porque, después de todo, ¿qué me pasa á mí? Eso es, á mí ¿qué me pasa? Que no me pasa nada, ¡vaya una desdicha! Tiene razón Manolo... y tú también: ¡qué falta me hace nadie, si con lo que tengo he sido siempre tan feliz; pues lo mismo que antes ¡eso es! Desde mañana, vuelta á nuestros paseos en lancha y á nuestros conciertos al anochecer, ¡y á ver qué pena se atreve á entrar en esta casa, entre este padre chocho y esta hija tan remal educada! ¿En qué estás pensando? Mírame, cógeme en

brazos como cuando era muy pequeña, ríñeme, dame un beso.

Cogiéndole la cabeza entre las dos manos y besándole.

¿De quién es este padre tan mío?

DON ENRIQUE

¡Ay, cabecita toda corazón! ¡Dios te bendiga!

Entra el ama Justa con cartas y periódicos en la mano.

JUSTA

¡Aquí está el correo!

DON ENRIQUE

Bueno; déjalo ahí.

JUSTA

¿No lo lees?

DON ENRIQUE

Sí, ahora.

JUSTA

¿Quieres que te traiga una taza de caldo?

DON ENRIQUE

¿A mí? ¿Por qué? No por cierto.

JUSTA

Pues con el desayuno que hemos hecho, no andaremos muy alimentados... y como por fas ó por nefas

ahora en esta casa el almuerzo se suele retrasar hasta las mil y una, no estaría demás que tomases algo.

DON ENRIQUE

Muchas gracias; no necesito nada.

JUSTA

Tú tampoco has probado el pan ni el dulce, y luego empezaremos con que si la cabeza ó si el estómago. Te advierto que tienes muy mal color.

AGUSTINA

Será el reflejo verde de los árboles.

JUSTA

Será el reflejo verde. ¿De modo que puedo quitar la mesa?

DON ENRIQUE

Vaya una pregunta; haz lo que se te antoje.

JUSTA

Es que, como todavía no ha desayunado la señora, y no sé si quiere bajar al comedor ó que le sirvan el café en su cuarto...

DON ENRIQUE

Pues sube á preguntárselo y sales de dudas.

JUSTA

¡Para que me mande á freir espárragos la tarasca de su doncella!

DON ENRIQUE

¡Pues no subas!

Con mal humor.

JUSTA

¡Ay, niño, no nos acaloremos, que no es para tanto! Aquí á todo el mundo se le consiente todo menos al ama Justa. Aquí todos son santos y no hay más que una pecadora. ¡Todo sea por Dios! ¡Cría cuervos, cría cuervos y te sacarán los ojos. ¿Dónde vas?

DON ENRIQUE

¡A paseo!

Sale.

JUSTA

¡Con la mañana que hace! Naturalmente, cuando en casa no podemos vivir, á la calle, aunque caigan chuzos de punta. ¡Ay, niño! A disgustos te han de quitar la vida. ¡Ay, Señor!

AGUSTINA

¿Qué te pasa?

JUSTA

¿Qué ha de pasarme? ¿No es un dolor ver que á tu padre, y á tí lo mismo, porque sois más buenos que el buen pan, os estén engañando como os engañan?

ACUSTINA

A tí qué te importa, si engañados vivimos á gusto.

JUSTA

A gusto, ¿eh?, por eso no comemos, ni dormimos, ni hacemos cosa como Dios manda. En esta casa no hay orden, ni paz, ni concierto, ni gracia de Dios...

AGUSTINA

Ama Justa: ¿tú dices que nos quieres tanto y cuanto?

JUSTA

¡A morir!

AGUSTINA

¿Pues sabes cuál es la primera obligación del que quiere á otro? No darle disgustos.

JUSTA

Es que hay cosas que no pueden consentirse.

AGUSTINA

Porque te molestan á ti.

JUSTA

Porque no, señor, ¡ea! Y si á tu padre y á ti os duele oirlas de puro tragadas que las tenéis, yo sé mi obligación y las digo. ¡Quien bien te quiera, te hará llorar!

AGUSTINA

Es que á los que queremos no hay que quererlos bien; con quererlos, basta.

JUSTA

Y que no soy yo la única que se lamenta de lo que aquí ocurre.

AGUSTINA

¿Qué quieres decir con eso?

JUSTA

Preguntáselo al vecino de al lado. ¡Bien temprano estaba esta mañana en la huerta mirando para tu ventana!

AGUSTINA

¿Manolo?

JUSTA

Sí, Manolo. A ese tampoco se la dan con queso.

AGUSTINA

No sé á qué viene ahora hablarme de él.

JUSTA

Como venir, á nada. Pero cuando una quiere á las personas, siempre le da gusto hablar de ellas.

AGUSTINA

Ya, y tú le quieres mucho.

JUSTA

¿Tú no?

AGUSTINA

¿No lo sabes?

JUSTA

Me lo figuro. El es el que, á lo que parece, no anda muy convencido de ello.

AGUSTINA

¿Te lo ha contado á tí?

JUSTA

No es menester que me lo cuente, que el amor y los celos á los ojos saltan, y mujer que ha tenido cerca á un hombre, se los sabe á todos de memoria.

AGUSTINA

Figuraciones tuyas.

JUSTA

Naturalmente... como que chocheamos ya. Figuraciones. ¿Pues sabes lo que te digo, hija mía? Que puede que cualquier señorito de los que vienen aquí á diario tenga que marcharse del pueblo cualquier noche con la figuración de que le han roto la cabeza. Y si no, al tiempo.

AGUSTINA

Bueno, déjame en paz. ¡A mí qué me importa!

JUSTA

¡Ave María purísima, niña!

AGUSTINA

Sin pecado concebida, ama... Alégrate, que pronto os quedaréis todos tranquilos, tú y el señorito Manolo y la casa y el pueblo. Ya volverá el orden, ya tendremos tiempo y sosiego para aburrirnos todos á gusto. Y ahora quítate de delante, que no tengo ganas, mirándote esa cara de momia, de figurarme lo que voy á ser después de medio siglo de vivir en paz y en gracia de Dios dentro de esta balsa de aceite. ¡Andando!

JUSTA

Parece mentira que después de quince años de ser para ti lo que hemos sido, por tres semanas que has pasado en Madrid, seamos la última palabra del Credo ¡Vivir para ver!

Sale.

AGUSTINA

¡Vivir para ver! ¿Para ver qué?

Muy nerviosa se acerca á la mesa donde el ama ha dejado el correo, dos ó tres cartas y unos cuantos periódicos y revistas, y, revolviéndolo, mira los sellos.

Madrid... París... Roma... Filadelfia... Berlín...

Tirándolos rabiosa.

Medio mundo ¡y nada!

Juan Manuel, que ha entrado, sin que ella le vea, por el ventanal del jardín, coge una de las cartas que está á punto de caerse.

JUAN MANUEL

¿Qué le han hecho á usted estos pobres papeles?

AGUSTINA

¡Nada!... Figúrese usted que hace diez y seis años que vivo en esta casa, que viene correo por la mañana y por la tarde, y que en tantos y tantos y tantos días, ¡eche usted la cuenta!, nunca ha traído nada para mí.

JUAN MANUEL

Sonriendo.

Sí que es triste.

AGUSTINA

Pues más triste es pensar que pasarán, no otros diez y seis, otros cincuenta, y que el correo seguirá viniendo y seguirá no trayéndome nada, y que yo seré tan idiota, que seguiré esperándole todas las mañanas y todas las tardes, como si en él hubiera de venirme ¡qué sé yo!

Seria.

¿Habrá estupidez como esta mía de esperar una cosa que no sé lo que es y desesperarse porque no llega?

JUAN MANUEL

Eso nos pasa á todos en este mundo.

AGUSTINA

¿Usted también espera el correo?

JUAN MANUEL

No, señora; espero la felicidad.

AGUSTINA

Muy triste.

Yo... la felicidad... ya la tengo.

JUAN MANUEL

¡Ah, sí! Pues por cartas no se apure usted. Yo le prometo á usted enviarle tres ó cuatro diarias desde el último rincón del mundo.

AGUSTINA

¿Cuál es el último rincón del mundo?

JUAN MANUEL

Por ahora, Pekín.

AGUSTINA

¿A Pekín se va usted á marchar?

JUAN MANUEL

Sí, señora, dentro de cuatro o cinco semanas. Se me acabaron las vacaciones. ¿Quiere usted algo para el Hijo del Sol?

Pausa; ella se acerca al ventanal y mira intensamente al jardín para disimular la pena; él pasea por la habitación.

AGUSTINA

Volviéndose de pronto.

¿Por dónde ha entrado usted que no le he sentido llegar?

JUAN MANUEL

Por el jardín; está la verja abierta.

AGUSTINA

¿Venía usted á ver á mi madre?

JUAN MANUEL

Vengo á hablar con su padre de usted.

AGUSTINA

¿Con mi padre? Ha salido; pero si quiere usted que le mande á buscar...

JUAN MANUEL

Prefiero que me haga usted compañía mientras viene, si es que no tiene usted mucho que hacer...

AGUSTINA

Tengo toda la vida por delante para no hacer nada.

JUAN MANUEL

¡Sí que es un programita español!

AGUSTINA

¿Qué quiere usted? Como no soy pobre, no me tengo que ganar la vida, y como soy mujer, no tengo derecho á disfrutarla.

JUAN MANUEL

Pero tiene usted el deber de vivirla.

AGUSTINA

El único deber de una mujer honrada *dicen* que es no hacer ruido.

JUAN MANUEL

¿Y usted se conforma con ese *decir*?

AGUSTINA

Como nadie se molestará en pedirme mi opinión.

JUAN MANUEL

¿De modo que usted piensa ser una mujercita sumisa y resignada de las que despiden al marido en la puerta y le aguardan en el balcón, de las que tienen por todo libro el de la cocina, por toda responsabilidad la cuenta de la compra, y por todo viaje la divertidísima excursión desde el ropero á la despensa?

Se ríe.

AGUSTINA

¡Qué remedio habrá!

JUAN MANUEL

¡Y puede que se divierta usted muchísimo cosiendo calcetines!

AGUSTINA

Ni eso; cuestan ya tan baratos, que no vale la pena de zurcirlos.

JUAN MANUEL

Y hasta que juegue usted al tresillo los domingos por la tarde con el teniente cura y el boticario.

AGUSTINA

Jugaré al ajedrez con mi marido.

JUAN MANUEL

Y le hará usted los pitillos á máquina.

AGUSTINA

No; porque fuma en pipa.

JUAN MANUEL

¡Qué hombre tan distinguido! ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA

No me haga usted reír.

JUAN MANUEL

No me obligue usted á mí á hablar en serio.

AGUSTINA

¿Qué me va usted á decir en serio?

JUAN MANUEL

¿Me promete usted no enfadarse si se lo digo?

AGUSTINA

¿Es muy grave?

JUAN MANUEL

Agustina, es usted demasiado inteligente para resignarse á aceptar de nadie ¿lo entiende usted? ¡de nadie! la interpretación de la vida. Tiene usted en el entendimiento y en el corazón ideas, esperanzas, sueños que son de usted, sólo de usted, tan suyos como su misma sangre y su misma carne, y todos ellos son como otras tantas voces que no pueden, que no deben callarse al imperio de ninguna otra voz. ¿Usted comprende lo que quiero decirle?

AGUSTINA

Que tengo la cabeza á pájaros.

JUAN MANUEL

Sí, señora. A una porción de pájaros que no han nacido para vivir en jaula.

AGUSTINA

Pues búsquese usted alguien que les abra la puerta.

JUAN MANUEL

¿Quiere usted venirse á Pekín en mi dulce, conyugal y diplomática compañía?

AGUSTINA

¡Juan Manuel!

JUAN MANUEL

¡Agustina!

Pausa.

AGUSTINA

¿A eso es á lo que usted le llama hablar en serio?

JUAN MANUEL

¿Le parece á usted cosa de broma casarse conmigo?

AGUSTINA

Buena pareja haríamos usted y yo.

JUAN MANUEL

Inmejorable. Créame usted á mí: hemos nacido el uno para el otro, y los dos para correr el mundo hasta que nos muramos de viejos. Mire usted, yo no juego al ajedrez, y como siempre fumo cigarrillos turcos, podríamos fumarlos á un tiempo; ¡usted no sabe lo que es un vicio á dúo! Además, como siempre estaremos de viaje, no tendrá usted que despedirme cuando me vaya, ni que aburrirse hasta que vuelva; además, me guardaré muy bien de imponer mi opinión en nada de este mundo ni del otro: usted hará el menú en todas las comidas, elegirá usted el cuarto en todos los hoteles, escogerá usted todas mis corbatas, tendrá usted en el bolsillo todo el dinero de la comunidad y llevará usted todas las cuentas; en una palabra, será usted el más déspota de los tiranos y yo el más feliz de los siervos.

AGUSTINA

Eso dice usted ahora, porque sabe usted que es imposible... pero luego... todos los hombres son iguales.

JUAN MANUEL

Eso se lo ha dicho á usted su novio.

AGUSTINA

No, señor; mi madre.

JUAN MANUEL

Pues están ustedes las dos muy equivocadas. Agustina, escúcheme usted, porque ahora sí que estoy hablando en serio, y lo que voy á decirle á usted sólo puede decírsele á una mujer cuando se la estima moral é intelectualmente, tanto como yo la estimo á usted, ¡además de quererla con toda mi alma!

AGUSTINA

¡Jesús!

Queriendo seguir en broma, pero sin conseguirlo.

JUAN MANUEL

Será usted mi mujer, si se resigna usted á serlo, con todas las sanciones legales y divinas; pero le doy á usted mi palabra de honor de que no la he de tomar á usted en cuenta firmas ni juramentos. Siempre será usted libre, y vendrá usted á mi lado sólo mientras usted quiera venir. Y aunque llegásemos á celebrar las bodas de diamante, todo lo que usted quiera darme de sí misma, de su amor, de sus sueños ó de su pensamiento, lo recibiré siempre como un don, como una gracia, como un milagro, ¡de rodillas y agradecidísimo! Quiero tener la gloria de conquistarla á usted todos los días.

Sonriendo.

¿Hace ó no hace?

AGUSTINA

Muy confusa.

¡No... no!

JUAN MANUEL

¡Agustina!...

AGUSTINA

No soy yo como esas mujerotas de novela que tienen un amor en cada capítulo. Yo ya he tenido el mío, y se acabó.

JUAN MANUEL

Eso que usted ha tenido no era amor.

AGUSTINA

¡Ah! ¿Usted cree?

JUAN MANUEL

Era una agradabilísima costumbre de dejarse querer, mientras no llegase otra cosa mejor. ¡Sí, señora! Todos hemos gozado esas dulces anticipaciones. Ellas le van á uno ablandando y dilatando el corazón para recibir al amor de verdad, al señor, al tirano... que acostumbra á venir un poquito más tarde, porque le gusta hacerse desear y encontrar el camino regado con unas cuantas lágrimas...

AGUSTINA

Todo eso es poesía....

JUAN MANUEL

Naturalmente: porque es verdad.

AGUSTINA

Está usted loco.

JUAN MANUEL

Por usted.

AGUSTINA

Sí, hace tres semanas.

JUAN MANUEL

Hace una eternidad. Y usted por mí. ¿Piensa usted que le hubiera gustado tanto leer novelas de viajes si no hubiese yo andado siempre por esos mundos?

AGUSTINA

Buscándome á mí, ¿verdad?

JUAN MANUEL

Esperando á que usted se me pusiera delante.

AGUSTINA

Mucho me querrá usted cuando ayer se marchó sin verme.

JUAN MANUEL

Por eso he venido hoy tan temprano.

AGUSTINA

A hablar con mi padre.

JUAN MANUEL

Sí, señora; de usted. Míreme usted. ¿No quiere usted mirarme? ¿De qué tiene usted miedo? ¿De que yo le vea á usted en los ojos lo poquísimo que me quiere usted, ó de encontrar usted en los míos lo muchísimo que la quiero? ¡Hay que ser valiente y mirar al amor cara á cara.

Ella le mira.

¡Así! Y ahora hay que sonreirse un poquito... entre rigor y misericordia.

Ella se tapa los ojos con las manos.

¿Prefiere usted llorar? ¡Entonces esta es la hora más feliz de mi vida!

Cogiéndole la mano con que se ha tapado los ojos; se la besa.

¡Gracias Agustina!

AGUSTINA

¡Ay!

JUAN MANUEL

¿Qué?

AGUSTINA

¡Nada... que vienen... será Manolo!...

JUAN MANUEL

¡Qué importa!... ¡Estoy yo aquí!

AGUSTINA

No, no... déjeme usted...

JUAN MANUEL

Como usted quiera, siempre como usted quiera.

Ella echa á correr y sale al jardín. Él se la queda mirando un momento, y luego se vuelve á ver quién ha entrado, disponiéndose á una batalla con el rival. Pero no es Manolo quien entra, sino el ama Justa, que le mira con bastante desagrado.

JUSTA

Buenos días.

JUAN MANUEL

Amabilísimo.

Muy buenos.

JUSTA

La señora no ha salido aún de su cuarto.

JUAN MANUEL

¿Sabe usted si ha vuelto ya Don Enrique?

JUSTA

¿Le quería usted algo?

JUAN MANUEL

Probablemente.

JUSTA

Pues, no, señor; no ha vuelto ni volverá hasta la hora del almuerzo; digo, me parece.

JUAN MANUEL

Entonces, yo volveré también. Dígaselo usted así de mi parte.

JUSTA

Con retintín.

¿A la señora no hay que decirle nada?

JUAN MANUEL

Nada absolutamente. Buenos días.

JUSTA

Vaya usted con Dios.

Sale Juan Manuel.

¡Ay!

PURA

Que entra por la derecha y se la queda mirando,

¿Está usted despidiendo al novio?

JUSTA

¡No estoy despidiendo á nadie!

PURA

Como miraba usted á la puerta y suspiraba usted tan triste.

JUSTA

Suspiro por lo que tengo que suspirar, y yo me entiendo y usted me entiende.

PURA

Yo, ni palabra. ¿Se ha muerto alguien de la familia?

JUSTA

Más valdría morirse que vivir como viven ciertas personas.

PURA

¡Quiá: no lo crea usted! Viva la gallina y viva con su pepita.

JUSTA

¡Así anda el mundo!

PURA

¡Ya ve usted! ¡Dicen que siempre al mismo paso!

JUSTA

Eso es verdad. Los hombres serán siempre tontos de la cabeza.

PURA

¡Pobrecillos! ¿Quién les tiene la culpa?

JUSTA

La culpa la tienen las mujeres que les vuelven el juicio.

PURA

¿A cuántos se le ha vuelto usted?

JUSTA

A ninguno, porque soy muy decente.

PURA

Puede que no haya sido sólo por eso.

JUSTA

¿Por qué lo dice usted?

PURA

Porque ellos son la mar de caprichosos, y suele suceder que, cuanto menos les dan, más ganas les entran. De modo que no se haga usted ilusiones de santa bendita, porque si no ha habido quien le diga á usted por ahi te pudras, habrá sido por lo mismo que á mí, ¡por fea!

JUSTA

Ha de saber usted que soy viuda,

PURA

Se moriría de susto el infeliz.

JUSTA

¡Insolente!

PURA

Fingiendo risa.

¡Ja, ja, ja! Me río yo de la virtud de algunas.

JUSTA

A usted la he de arrastrar yo del moño.

PURA

Eso dicen. ¡Ja, ja, ja!

JUSTA

¡Tarasca!

Entra Elena en traje de mañana.

ELENA

¿Ya están ustedes disputando? Tempranito empiezan las buenas obras...

PURA

Es que...

JUSTA

¿Manda algo la señora?

ELENA

Que se quite usted de delante.

JUSTA

Está el día de oro. Desde que nos hemos levantado, no hacemos otra cosa que recibir bufidos.

Sale.

ELENA

¿Y á tí, cuántas veces te voy á decir que estoy hasta el moño de cuestiones? !Aprende de mí!

PURA

¿A qué?

ELENA

A tener calma.

PURA

¿Quieres tomar café?

ELENA

¡No quiero nada!

PURA

¿Sabes que te levantas con buen humor?

ELENA

Con el que se me antoja.

Viendo entrar otra vez al ama Justa.

¿Qué se le ocurre á usted?

JUSTA

Nada, señora. Que traen un telegrama para la señora.

ELENA

Deme usted. ¿Qué está usted ahí esperando?

JUSTA

Que firme la señora el recibo.

ELENA

Tome usted.

Sale Justa.

¡Y tú no me preguntas siquiera de quién es!

PURA

Para que me contestes que ¡á mí qué me importa!

ELENA

Es del apoderado. ¿Que si nos vamos ó no nos vamos?

PURA

Eso mismo te iba yo á preguntar.

ELENA

A tí te correrá mucha prisa marcharte.

PURA

A mí, ninguna. Pero como mandaste ayer de sopetón que hiciese los baúles, y luego te encerraste con la risa nerviosa, y luego te dormiste, y luego la jaqueca, y luego el baño, no te lo he podido preguntar hasta ahora, y luego si te da la ventolera de que nos marchamos, y están las cosas sin hacer, ¡á ver quién va á pagar los vidrios rotos!

ELENA

El caso es que el contrato me conviene y que no están los tiempos para tirar dinero por la ventana. ¿A tí, que te parece?

PURA

Pues que si te conviene, mal harás en no ir, porque lo que es aquí como ganar, no estás ganando nada.

ELENA

Ni gastando tampoco.

PURA

No, pues con lo que ahorres, no echarás coche. Sólo en trapos para la niña mientras estuvo en casa, ya verás la cuenta que te pone el modisto.

ELENA

¡Si no voy á poder regalarle á mi hija lo que me dé la gana!

PURA

Por mí, como si quieres enterrarla en oro. No te pienso heredar.

ELENA

¡Cualquiera se embarca ahora y llega á New-York, con el calor que estará haciendo! ¡Y cantar para aquéllos salvajes, que lo pagan, pero que no lo entienden! Lo que me convenía á mí era descansar una temporada y tomar mis baños de mar y dejarme de historias, porque, después de todo, por unos cuantos miles de pesetas que deje de ganar, no me voy á morir de hambre tampoco.

PURA

Pues hija, la salud es lo primero; de modo que si estás cansada y no quieres empezar con trajines, más vale que te quedes.

ELENA

¡Ya lo has dicho tú! Me quedo y hazte cuenta de que me enterraron, porque si me estoy aquí quince días más, cualquiera le dice luego á este hombre que me marcho.

PURA

Pues díselo ahora mismo, y con eso cuando llegue la hora no le pilla de susto.

ELENA

Eso es... ahora mismo... como puñalada de pícaro. Si te parece modo de corresponder como Dios manda; porque él tendrá su genio, pero en esta ocasión lo que es portarse bien conmigo se ha portado, y luego la niña, que hazte cuenta que la dejo para no volverla á ver, porque lo que es tal como están las cosas, si salgo de esta casa tiene que ser de muy mala manera, y, la verdad, lo siento.

PURA

Cuando yo te decía que no vinieras, porque si venías, ¡adiós mi dinero!

ELENA

¡Adiós mi dinero! Ni que fuera alguna deshonra el que le tire á una lo único que tiene en el mundo.

PURA

Bueno. ¿Arreglo los baúles ó no?

ELENA

¡Dichosos baúles y bienaventurados!

PURA

¡Te advierto que son las once y media y á las dos sale el tren!

ELENA

¡Ay, Pura de mi alma, qué pelma eres! Ya lo sé, ya lo sé, déjame en paz. También la niña podía haber subido á preguntar por mí.

PURA

Ha subido tres veces y estabas dormida.

ELENA

¡Qué casualidad! No he pegado los ojos en toda la noche. ¡Vaya un modo de sonar el viento en esta casa! ¡Pues digo si en el mar nos coge un tiempecito como éste! ¡Mareo seguro para todo el viaje! También es gracia tener que pasar el charco para ir á divertir á aquellos cursis. ¿Qué me miras?

PURA

¡Que si tienes algo que mandarme ó no, porque con éstas y las otras yo todavía no he desayunado!

ELENA

Ni yo tampoco.

PURA

Porque no habrás querido.

ELENA

Anda, hija, anda á tomar un caldito, no te vayas á desmayar, que sería lástima.

Sale Pura.

¡Sí que está el día para tomar el tren!

Con el telegrama en la mano, patalea rabiosa. Entra Don Enrique despacio, la mira y sonríe resignadamente.

DON ENRIQUE

¿Todavía no se te ha pasado el ataque?

ELENA

Volviéndose rápidamente hacia él.

¿Te interesa mucho saberlo?

DON ENRIQUE

Bastante.

ELENA

Ya se conoce, cuando desde ayer tarde no se te ha ocurrido subir á enterarte de si me había muerto.

DON ENRIQUE

Hija mía, cuando una persona se encierra con llave en su habitación, parece indicar suavemente que desea estar sola.

ELENA

Y á ti te ha parecido prudente respetarme el gusto.

DON ENRIQUE

¿Prudente?... ¡Correcto!

ELENA

Todos somos muy correctos en esta casa.

DON ENRIQUE

Perdón... ¡todos, no!

ELENA

Es que á mí... me cargan las hipocresías.

DON ENRIQUE

Pues vamos á hablar con franqueza.

ELENA

¿De qué?

DON ENRIQUE

En primer lugar, del telegrama que tienes en la mano.

ELENA

¿Sabes de quién es?

DON ENRIQUE

Me lo figuro. ¿Te piden que te vayas, no?

ELENA

Que diga si me voy á marchar.

DON ENRIQUE

¿Y tú que has respondido?

ELENA

Todavía... nada.

DON ENRIQUE

¿Quieres que responda yo por ti y sales de dudas?

ELENA

¿Quién te ha dicho á tí que yo dude?

DON ENRIQUE

¡Perdón! Me figuré que siquiera un momento habías vacilado pensando en nosotros... queriendo ahorrarnos una pena; ¡no sabes cómo te lo hubiera agradecido! Aunque... de sobra comprendo que tienes intereses de mayor importancia que estos menudos de casa y familia...

ELENA

Con un poco de asombro, pero sin comprender del todo.

Es decir, que...

DON ENRIQUE

Nada, que contestes á eso. Me parece que piden...

Cogiendo el telegrama.

Sí, respuesta inmediata.

ELENA

¿No querías contestar tú?

DON ENRIQUE

¡Oh! Era suponiendo que dudabas; pero, puesto que dices que no dudas...

ELENA

No importa... por curiosidad... ¿Qué contestarías... pero sinceramente... si estuvieras en mi lugar?

DON ENRIQUE

En el tuyo, no sé. En el mío... sinceramente... ¡acepto el contrato!

ELENA

¿De modo que me dices que me vaya?

DON ENRIQUE

Te lo aconsejo.

ELENA

¿Con toda tu tranquilidad?

DON ENRIQUE

Con toda mi lealtad, que no es lo mismo.

ELENA

¡Ya! Te estorbo.

DON ENRIQUE

No me estorbas: me inquietas, me atormentas, me perturbas la vida...

ELENA

¿Yo?

DON ENRIQUE

Sí, tú, Elena. Tú dices que te molestan las hipocresías. Yo también reniego de ellas. ¡Se acabaron las habilidades, pobres habilidades mías que de nada han servido! Yo te llamé á mi casa esperando que en ella pudieras encontrar ¡qué se yo! una ternura, un calor, algo que te atrajese, algo que acaso hubieses echado de menos en tantos años de rodar por el mundo. Te llamé por la voz de tu hija, porque me pareció que había de ser para ti más elocuente que la mía... Viniste... ¡Me había equivocado! Ni tu hija ni yo significamos nada para ti. ¡No necesitas nada de nosotros! ¡Qué le vamos á hacer! Tu mundo te basta; tu mundo, el que te admira, el que te aplaude, el que te explota. ¡Los tuyos, ay, los tuyos!....

ELENA

¡Los míos! ¡Eso es lo que te duele! Te molesta que vengan á verme. Tienes celos...

DON ENRIQUE

¡Ja, ja, ja! ¡Celos, después de tantos años de olvidado el amor!

ELENA

Pues ayer...

DON ENRIQUE

Ayer tuve un ataque de idiotez aguda. ¡Perdónamelo! De eso también quería hablarte. ¡No tengo celos de nadie! No los tengo, porque no los puedo tener. ¡Eres un prodigio de insensibilidad! Todo el fuego de tu corazón cabe en un aria de Rossini.

ELENA

Pues entonces, ¿de qué te quejas?

DON ENRIQUE

Tienes razón, de nada... no me quejo de nada. Te pido perdón por estas violencias, te agradezco todo lo que has querido hacer por mí... por tu hija...

ELENA

Y me vuelves á rogar que me marche.

DON ENRIQUE

Presumí demasiado de mis fuerzas. Puesto que te has de ir... y nos has de olvidar, bien puedo decírtelo. ¡No es posible vivir, teniéndote tan cerca y sabiendo que no soy nada para tí!

ELENA

¡Qué vas á ser, si nunca me has querido!

DON ENRIQUE

Eso creerás tú.

ELENA

Cuando me dejaste marchar...

DON ENRIQUE

¿Qué derecho tenía á detenerte? ¡Si tu corazón no te mandó que te quedaras!

ELENA

¡Pudiste haber venido conmigo!

DON ENRIQUE

Para ser el marido de la tiple... una cosa grotesca y lamentable, entre amante pobre á quien se mantiene y administrador á quien se paga con una hora de amor en un cuarto de fonda.

ELENA

¡Ave María Purísima!

DON ENRIQUE

Para arrastrar toda mi dignidad de hombre y todo el orgullo de mi amor de camerino en camerino... No, Elena, no! Aquí he sufrido mucho, ¡no lo sabes tú bien, pero á gusto! Nadie lo supo, nadie pudo ofenderme, viniéndome á compadecer...

ELENA

Yo también he pasado lo mío, no te vayas tú á figurar...

DON ENRIQUE

No te creas obligada, por agradecimiento, á pagarme penas con penas. Cada uno es como es.

ELENA

Pues, á pesar de ser como soy, he pasado mis malos ratos.

DON ENRIQUE

¿Y en ninguno de ellos se te ocurrió la idea de acudir á nosotros? ¿En tantos años no has sentido nunca la necesidad de besar á tu hija? Yo te he estado esperando hora tras hora, desde la misma noche que te fuiste. ¡Es posible que á ti no te haya dado nunca la idea de volver!

ELENA

Sí que me ha dado algunas veces. Pero siempre me daba estando qué sé yo dónde, en Rusia ó en América, cuando no podía tomar el tren, de noche, á las mil y tantas, al salir del teatro para irme á dormir.

DON ENRIQUE

Y claro, al despertar, al día siguiente...

ELENA

Tenía que marcharme al ensayo, ó me estaba espe-

rando el modisto, ó el empresario, ¡ó el demonio!, porque, total, tanta ansia por vivir y vivir, y de prisa que lleva una siempre, no se entera ni de que vive... Diez y seis años... Pensándolo bien, sí que son una temporadita. Pues, hijo, la verdad, me parece que me he marchado ayer y he vuelto esta mañana.

DON ENRIQUE

Mirándola casi con espanto.

¡Eres una mujer extraordinaria!

Muy despacio.

No tienes una cana... ni una arruga... ni en la frente, ni en el corazón...

ELENA

¡Hijo, no soy tan vieja!

DON ENRIQUE

Trabajo, triunfos, injusticias, enfermedades, soledad, nada ha dejado en ti la menor huella. ¿Cómo ha pasado la vida sobre ti ó cómo has pasado tú por la vida?

ELENA

Como todo el mundo...

DON ENRIQUE

No como todo el mundo. Porque yo, que desde este rincón te iba siguiendo tan de lejos, pero paso á paso, ¡he sufrido tanto por ti!...

ELENA

¡Por mí!

DON ENRIQUE

Por ti, pensando en todo, doliéndome de todo, esperando con las que sospechaba que eran tus esperanzas, indignándome ante las injusticias, temiendo para ti el vértigo del triunfo, la locura de una posible desesperación, el amor, ¡no por celos!, ¡no creas que por celos!; por ti, sólo por tí, porque he creído siempre que eras buena, pero sé que al lado de una mujer bonita, célebre, y que gana dinero, no falta algún canalla, dispuesto á aprovechar la flaqueza posible de un corazón que está demasiado solo...

ELENA

Te juro....

DON ENRIQUE

¡Ya lo sé! Y no sólo eso: hasta puerilidades. Me inquietaban por ti el calor, el frío, las fiebres, el cambio de alimentos, cada vez que ibas á un país distinto; el mar si te embarcabas, el cansancio si trabajabas demasiado.

ELENA

¿Qué sabías tú de eso?

DON ENRIQUE

Lo he sabido todo, día por día, á costa de cuántos trabajos, no lo quieras saber: hasta viajes he hecho pre-

textando negoçios para acercarme á ti... te he visto dos veces... te he oído cantar...

ELENA

¿Dónde?

DON ENRIQUE

¡Qué más da! Toda esa vida que sobre ti ha pesado tan poco, la llevo sobre mí. ¡Toda tu vida! ¿La quieres repasar?

Sacando del estante y de los cajones de la mesa álbums de recortes y retratos, postales, periódicos sueltos, programas...

Tómala, mírala... Ahí la tienes: tus triunfos, tus derrotas, tus viajes... Todo lo que en el mundo se ha dicho de ti...

ELENA

Muy conmovida y aún más asombrada.

¡Enrique!...

DON ENRIQUE

No ha habido día en que de algún rincón no me haya venido tu nombre ó tu retrato... Hoy mismo, de seguro.

Revolviendo el correo.

Sí, aquí está.

Rompiendo la faja de una revista de música.

Mira...

Con ironía

¡En *Tosca!*

ELENA

¡Es posible!... Entonces... es verdad... que me has querido tanto...

DON ENRIQUE

¡Ya lo ves!

ELENA

Yo no lo he sabido... nunca me lo dijiste... ¡cómo lo iba á saber!... No creas... yo también te he querido mucho... no como tú á mí, ¡pero mucho! Puede que más de lo que yo me figuraba, ¡qué sabe una nunca lo que le pasa! No sé, pero te debo haber querido de verdad, porque nunca he podido querer á otro.

DON ENRIQUE

Lloras... ¿Por qué?

ELENA

Sí, lloro ¡no sé por qué! Ni me importa ¡ea! Lloro porque tengo coraje, pena de mí misma. ¡Y rabia, mucha rabia contra ti y contra mí! ¡Dices que soy loca, que soy como soy! ¿Por qué no me enseñaste á ser de otra manera, tú, que sabías tanto y que dices que tanto me quieres? ¿Sabes tú lo que has sido? Un orgulloso y un egoísta.

DON ENRIQUE

Tienes razón; pero perdóname, porque bien lo he pagado...

ELENA

Cómo perdonar, cuando después de todo, no le han hecho á una nada. ¡Ya ves tú qué trabajo cuesta! Perdóname tú á mí; pero de bastante nos sirve...

DON ENRIQUE

¡Por qué dices eso!...

ELENA

Porque hemos perdido lo mejor de la vida.

DON ENRIQUE

Siempre estamos á tiempo de salvar lo que queda... si tú quieres.

ELENA

Sí, quiero... Tú eres... no sé... cuando entraste en mi casa me pareció que volvía á tener veinte años... como cuando te quise. Desde que estoy aquí siento una cosa así en el corazón como si me hubiera sentado debajo de una parra tan verde y tan fresca, después de estar andando horas y horas por un camino con sol y polvoriento.

DON ENRIQUE

¡Elena!

ELENA

No me lo agradezcas. Desde que vine aquí... lo estoy queriendo; pero, hijo, cada uno tiene su alma en su almario, y donde no te llaman, qué te querrán, y tú misme has venido á decirme quo me vaya.

DON ENRIQUE

¡Pero crees que hubiera podido dejarte marchar!... Eres mejor que yo, cien mil veces mejor que yo. Tienes razón; no te supe guardar, no supe agradecer lo que tenía con tenerte; yo te debí enseñar la vida... fuí un necio...

ELENA

Bueno, ahora no te desconsueles, que no es para tanto.

Limpiándose los ojos con las manos.

¡Jesús, los años que hace qué yo no lloraba!

DON ENRIQUE

Otros tantos hace que no vivías.

ELENA

¡Tiene gracia que no haya yo llorado en este mundo más que por causa tuya!... ¡No me beses, que te vas á manchar la cara de lágrimas!...

DON ENRIQUE

Abrazándola.

¡Elena!

ELENA

Separándose de él por pudor de emoción de mujer arisca.

¡Mira que haber guardado todo esto!

Revolviendo los álbums.

A mí nunca se me ha ocurrido guardar nada... ¡Jesús,

de cuantos años! ¡Ja, ja, ja! ¡Pues no estaba yo poco flaca entonces! ¿Qué es esto? De Berlín. ¡Ah, sí! Una vez que se desbocó el caballo y tuvieron que sacarme de debajo del coche.

Ingenuamente.

¡Se me había olvidado!

DON ENRIQUE

Sonriendo.

Veintisiete de Agosto de mil novecientos...

ELENA

¡Anda, hijo, tienes tú más memoria que la Pura!

Entra Agustina; al ver á su padre y á su madre juntos, quiere volverse atrás.

DON ENRIQUE

Pasa, pasa.

ELENA

Que tenemos que darte una buena noticia.

AGUSTINA

¿Buena noticia?

Mirándolos alternativamente.

Es que... mamá.

DON ENRIQUE

¡Sí, hija!

AGUSTINA

Abrazanao á su madre.

¡Qué alegría!

ELENA

Ya se lo puedes decir á tu novio. Mira, por él es por lo único que siento quedarme.

AGUSTINA

¿Manolo?

Muy apurada.

No... sí... ya... por... eso...

DON ENRIQUE

¿Qué te pasa?

JUSTA

Entrando.

El señorito Juan Manuel que quiere hablar contigo.

AGUSTINA

¡Ay!

DON ENRIQUE

Que pase.

ELENA

¡Anda éste ahora! ¡Pobre muchacho!

Entra Juan Manuel, y don Enrique se adelanta á darle la mano.

JUAN MANUEL

Ya he venido antes y no estaba usted. Usted perdone la insistencia, pero quería á toda costa hablar con usted... Necesito darle á usted explicaciones... Ayer...

DON ENRIQUE

Interrumpiéndole.

Yo soy quien tiene que pedir á usted disculpas por mi arrebato estúpido. Si hubiera sabido que estaba usted en el pueblo, hubiera ido á buscarle.

JUAN MANUEL

¿Ya Elena y Agustina le han dicho á usted...?

DON ENRIQUE

Mirando con un poco de asombro á la madre y á la hija.

No, nada...

JUAN MANUEL

Sonriendo.

Bien, entonces... Yo me marcho á Pekín dentro de unas cuantas semanas... y como Agustina no tiene inconveniente en hacer el viaje conmigo, vengo á pedir á usted las bendiciones.

DON ENRIQUE

¡Agustina!

ELENA

¡Pero tú...!

AGUSTINA

Sí...

Mira á su padre; pero como le da mucha vergüenza, termina contestando á su madre.

Mamá.

DON ENRIQUE

¡Válgame Dios! Este era el tedio, la inutilidad de la vida, el viento que nos pone los nervios de punta. ¡Ja, ja, ja!

AGUSTINA

No te rías, papá, que yo no lo sabía.

Apuradísima.

Y si tú no quieres...

DON ENRIQUE

¿Por qué no he de querer?

Muy serio.

Pero te advierto que en Pekín también crecen los días cuando llega Febrero y también menguan para Octubre, porque da la casualidad de que estamos en el mismo hemisferio.

AGUSTINA

No te burles de mí.

Sonríe y de pronto se queda seria y triste.

¡Ay, Manolo!

ELENA

¡No te apures por él, que bien merecido lo tiene por... *Busca una razón, y no encontrando otra mejor, dice:* por antipático!

DON ENRIQUE

¡Pícara vida!

ELENA

Abrazando á Agustina.

¡A Pekín! Estará de Dios que siempre haya una mujer de esta familia corriendo mundo. Pero tú eres más feliz, hija, que no vas sola.

DON ENRIQUE

Como si hablase consigo mismo, pero en voz alta.

¡No va sola porque sabe querer!

ELENA

Protestando ofendida.

Porque saben quererla. ¡Hay hombres y hombres, hijo de mi alma!

DON ENRIQUE

En tono de riña.

¡También hay mujeres y mujeres, hija de mi vida!

ELENA

También en tono de riña.

¡Me querrás tú decir á mí!...

AGUSTINA

Pero, mamá, papá, ¿vais á reñir ahora que estamos tan contentos?

ELENA

Hija, tienes razón.

A Don Enrique.

A callar la boquita, siquiera mientras ella esté en casa.

DON ENRIQUE

Es verdad; años nos quedan por delante para discutir.

ELENA

En tono de riña.

Sí, porque lo que es tú, veo que no pierdes la costumbre.

DON ENRIQUE

También riñendo.

Pues lo que es tú...

AGUSTINA

¡Mamá!

JUAN MANUEL

Señores...

DON ENRIQUE

Perdón, hijos, perdón. No tomen ustedes ejemplo de nosotros.

ELENA

¡Ave María! ¡Ni que fuésemos algún par de tigres! Después de todo, ¿qué? Lo mismo da reñir que abrazarse. El caso es querer y que la quieran á una como Dios manda. Ya lo dice la copla:

Al querer lo he *comparao*
con los días del invierno:
ya se nubla, ya se aclara,
ya graniza, ya hace bueno.

CAE EL TELON

LA SUERTE DE ISABELITA

COMEDIA LÍRICA

PERSONAJES

ISABELITA
PACA
CARMEN
PILAR
ELVIRA
LA APRENDIZA
LA CATALANA
LA NOVIA
SEÑORA MANUELA
LA NIÑA
JUANITO
MR. LEÓN
EL PERIODISTA
EL SEÑOR GORDO
SEÑOR TORIBIO
EL NOVIO
EL FRANCÉS
EL INGLÉS
CARLOS
JUAN
ANTONIO
ENRIQUE
UN CANTOR ITALIANO
UN CAMARERO

Oficialas, excursionistas, napolitanos, napolitanas, camareros, coro general y cuerpo de baile.

ÉPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda, las del actor.

CUADRO PRIMERO

Tienda obrador de flores artificiales. Mostrador. Estanterías ocupadas por coronas, prendidos, ramos, cajas de cartón, etc. Puerta y escaparate que dan á la calle. Sobre el mostrador, cajas y libros. Dos mesas de trabajo, y sobre ellas prendidos de flores, ramos de azahar, una corona fúnebre de flores, tarros y botes con anhilinas, pinceles, telas, grupos diferentes de flores de todas clases y cajas pequeñas para guardar las ya confeccionadas. Varios hierros, maquinillas de alcohol, telas, alambres, etc., para la confección de flores. En el fondo, dos rejas, como las que hay en algunas casas viejas de Madrid, que dan á una escalera. En un rincón, un perchero; en el suelo, un botijo. En un cestillo hay un perro pequeño que está dormido.

Carmen, Pilar, Elvira y dos oficialas más han dejado un momento la labor y hablan por las rejas del fondo con Carlos, Juan, Antonio y otros dos ó tres muchachos estudiantes que suben la escalera dirigiéndose á una Academia que hay en uno de los pisos altos.

Música.

TODAS

¡Ay, estudiante tunante!

ESTUDIANTES

¡Ay, florista retrechera!
Por pensar en tu querer
voy á perder la carrera.

CARMEN

¡Ojos que te vieron ir,
cuando acabes la carrera!

TODAS

¡Ay, estudiante tunante!

ESTUDIANTES

¡Ay, florista retrechera!

—

CARMEN

Camino del obrador
iba yo una mañanita,
y di con un estudiante
á la vuelta de una esquina.

ESTUDIANTES

¡Sí que fué casualidad!
El día que tropezamos,
cerca ya del obrador,
en los flecos del pañuelo
un botón se me enganchó.

TODAS

¡Vaya con el tropezón!

CARMEN

¡Vaya un enredo enredao!
¡¡Menuda guerra nos dió!!

TODAS

¡Vaya con el tropezón!

TODOS

¡Vaya un enredo enredao!
¡¡Menuda guerra nos dió!!

—

TODAS

!Ay, mi estudiante!

ESTUDIANTES

¡Ay, mi florista!
¡El fleco se enredó
y el corazón con él!

TODAS

Fué sin querer.
¡Ay, mi estudiante!

ESTUDIANTES

¡Ay, mi florista!
Aquello que pasó
fué sin querer.

TODAS

¡Ay, estudiante tunante!

ESTUDIANTES

¡Ay, florista retrechera!
Por pensar en tu querer
voy á perder la carrera.

TODAS

¡Cualquiera te pesca á ti
cuando acabes la carrera!
¡Ay, estudiante tunante!

ESTUDIANTES

¡Ay, florista retrechera!

Sigue la orquesta piano hasta que termina el número.

Hablado.

CARLOS

Desde la reja de la derecha.

Acérquese usted un momentito á la reja, prenda.

CARMEN

Me iba á cansar.

JUAN

Desde la de la izquierda.

Míreme usted, á ver si se me enciende esta colilla en la luz de esos ojos.

ELVIRA

Se acabó el mixto, amigo.

JUAN

¿Y con quién lo ha gastado usted tan temprano, si puede saberse?

ELVIRA

Con el archipámpano de Sevilla.

PILAR

A nosotras nos da por la gente de rumbo.

ANTONIO

Le advierto á usted, que yo voy á ser alcalde en mi pueblo cualquier día de éstos.

PILAR

Que aproveche.

CARMEN

Y que le florezca á usted la vara, como á San José.

ANTONIO

Señalando una rosa que tiene Carmen en la mano.

Si me regala usted esa rosa, puede.

CARMEN

¡Ay, hijo, están muy malos los tiempos para dar flores de balde!

JUAN

¿Cuánto quiere usted por un capullo?

CARMEN

Un millón.

JUAN

No es mucho. ¿Y por un beso?

CARMEN

¡Toma!... ¡Otro!

ESTUDIANTES

¡Venga, venga!

CARMEN

¡Pero de quien á mí me haga tilín!

ESTUDIANTES

Imitando, en broma, el sonido de una campanilla.

¡Tilín-tilín-tilín!

ELVIRA

Al oír ruido por la puerta izquierda

¡Niñas, que viene el *coco!*

PILAR

¡*Musiú* León, *musiú* León!

CARMEN

¡Silencio, silencio!

Corren á ocupar cada una su sitio y se ponen á trabajar.

CARLOS

Hasta la vista, nenas.

JUAN

¡Adiós, florista de mi corazón!

Desaparecen todos.

CARMEN

Que aprovechen las matemáticas.

ELVIRA

¡Que viene, que viene!

PILAR

A ver, esos bolillos.

CARMEN

¿Dónde he puesto yo el tarro del azul?...

Trabajan en silencio. Entra por la izquierda monsieur León, belga, de unos cincuenta años, más bien ridículo. Las Oficialas le miran y se ríen por lo bajo.

LEÓN

¿Por qué es que hacian ustedes tanto ruido?

CARMEN

¿Ruido nosotras?

LEÓN

¿Por qué es que se rien ustedes?

CARMEN

Porque hemos nacido.

LEÓN

¿Por qué es que cantan ustedes á todas horas del día?

PILAR

Para no oirle á usted gruñir.

LEÓN

¿Esto es impertinencia?

PILAR

No, señor; es broma.

LEÓN

Paseando con agitación.

¡Broma, broma!... ¡Eso es lo que pasa mis medios: cómo es que las gentes en España tienen gana de hacer broma cuando ellas son pobres!

CARMEN

Pues lucidas estábamos si hasta la elegría costara dinero.

PILAR

Cada uno se divierte con lo que puede.

LEÓN

¡Diversión, diversión! ¡Eso es lo que tiene á este país

perdido: diversión, toros, *caleos*, risa..! Ustedes se emborrachan con agua del *tinaco*.

PILAR

Bebiendo á chorro con el botijo.

¡Y que no falte!

LEÓN

¡Y así anda todo! Pero no importa: reirá bien quien reirá el último, y pespunte en boca y no digo más.

Viendo el perrillo.

¿Quién ha traído al taller ésta bestia?

CARMEN

¿Qué bestia?

Ofendida.

ELVIRA

¿A *Machaquito* le llama usted bestia?

LEÓN

¿A un perro le llaman ustedes *Machaquito*?

PILAR

¡Claro que sí! ¡Como que es el perro más chulo de España!

LEÓN

Chulo ó no chulo, ¿quién lo ha traído?

PILAR

No lo ha traído nadie; ha venido él solo.

CARMEN

Pasó por la calle, miró á la puerta, nos vió á nosotras y dijo el alma mía: «Aquí, que no peco».

LEÓN

¿Aquí que no peco? ¡No entiendo!

CARMEN

¡Pues es bien fácil! Que era un perro sin amo, que tenía hambre, que le dimos un pedazo de pan y que se quedó á hacernos compañía.

LEÓN

Bueno, bueno; que no lo vuelva yo á encontrar aquí.

PILAR

¿Es que le da á usted celos por si acaso?

LEÓN

Y que se arregle todo esto. ¿Quién se ocupa de la flor de *naranco*?

CARMEN

Del azahar, servidora.

LEÓN

¿Está listo el prendido para la boda de esta noche?

CARMEN

Si, señor; ¡lástima de flores!

LEÓN

¿Y las azucenas para el Santo Antonio de las monjas Descalzas?

PILAR

Servidora. Si, *musiú* León; falta forrar los tallos. ¡Ya se podía acordar de una el santo bendito!

LEÓN

¿*Que es que es* esto? ¡La corona para esta tarde y todavía sin terminar! ¿Quién es la encargada de las coronas funerales?

CARMEN

Isabelita, *musiú* León.

LEÓN

¿Y dónde está la Isabelita?

CARMEN

Aun no ha venido.

LEÓN

¡¡Cómo que no ha venido!!

PILAR

No, señor; no ha venido.

LEÓN

¡Este país es insoportable! Se entra en el taller, la una obrera se ríe, la otra canta, la otra no ha venido, las azucenas sin forro, la corona sin terminar... ¡Este es un país perdido!

Sale muy enfadado por la izquierda

ELVIRA

Echele usté un pregón.

Entra Isabelita por la derecha, muy de prisa; se quita la mantilla y se pone el delantal de trabajo.

ISABELITA

Entrando.

Buenos días, niñas. ¡Vaya una mañanita de Mayo para irse á cortar lilas al Retiro!

CARMEN

Sí que debe estar buena, por lo que tú has tardado en venir.

ISABELITA

Mientras deja en el perchero mantilla y bolso.

Pues ¿qué hora es?

CARMEN

¡No sé! El *musiú* ha preguntado por ti. Ha visto la corona sin terminar...

ISABELITA

¡Adiós mi dinero!

PILAR

Y que lo digas. Hoy te descuenta medio jornal.

ISABELITA

Si; «¡tras que hay mucho cómetelo. chucho!» Y hablando de chuchos, ¿dónde está *Machaquito*?

Cogiendo al perro en brazos y acariciándole.

Buenos días, precioso. Toma.

Dándole un terrón de azúcar.

¡Para ti es la vida! ¡Qué mal peinado estás, hijo mío! ¿Quién es la pánfila que te ha puesto este lazo del revés?

Se sienta delante de la mesa baja.

¡Hijas, están esas calles que no puede una dar un paso sin tropezar con un compromiso!

PILAR

¡Será la primavera!

ISABELITA

Me ha venido siguiendo un chico más guapo y más elegante... Debe de ser de la aristocracia, ó por lo menos, por lo menos, militar vestido de paisano. ¡Con unos bigotes y un modo de andar...!

ELVIRA

¡Eche usté y no se derrame!

CARMEN

¡Ya será algo menos!

ISABELITA

¡O algo más! ¡Y una labia...! Puede que esté todavía parado en la esquina.

Se asoma á la puerta de la calle con el perro en brazos.

¿No lo dije? ¡Sácale tú la lengua, rico mío! ¡Ládrale, que todos los hombres son muy perros!

TODAS

Levantándose y corriendo á su lado.

A ver, á ver...

ISABELITA

No os molestéis, que ya se fué. Hasta la vista. Vamos á la corona, que le debe estar corriendo mucha prisa al difunto.

Deja el perro en el canastillo y se pone á trabajar vertiginosamente. Entra de la calle la Aprendiza con una gran caja de madera.

APRENDIZA

Buenos días. ¡Hola, Isabelita! ¡Bien entretenida venías por la calle! ¿Es tu novio ese albañil tan feo que venía contigo y que se ha quedado en la esquina?

TODAS

¡Ja, ja, ja!

CARMEN

Burlona

Niña... ¿quién te ha dicho á tí que es albañil?

APRENDIZA

¡Como no sea trapero, que es de lo que tenía trazas. .!

PILAR

¡Pero, niña, si era un chico de la aristocracia!

CARMEN

Tú te has confundido.

APRENDIZA

¡Como que os he venido siguiendo hasta la misma esquina! ¡Y que no era patoso el hombre! Chiquito así, y sin pelo de barba.

Se sienta.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

ISABELITA

¡Hijas, no sé á qué viene reirse de ese modo! Porque tenga una un poco de imaginación...

PILAR

Un poco, ¿eh?

ISABELITA

Bueno, ¿y qué? Es que es lunes y tiene una la cabeza un poco trastornada pensando en el domingo. ¡Chicas,

lo que me pude divertir anoche! Ha venido de América un primo de la Paca—la que vive conmigo—y ése sí que es buen mozo.

Haciendo cruces.

¡Por éstas!... ¡Y que trae guita!... Y nos convidó á ella y á mí y al novio de ella. ¡Y fuimos en automóvil de punto á la Moncloa! ¡Y cenamos en Parisiana! ¡Vaya un lujo! Todas las señoras descotadas y con sombrero.

CARMEN

¿Y os dejaron entrar á vosotras?

ISABELITA

Hija, con dinero se entra en todas partes. ¡Y bebimos champagne! A la Paca se lo podéis preguntar, ó á su novio.

PILAR

¿Estaría de smoking?

ISABELITA

El, no, pero su primo, sí. Y con gabán de pieles.

ELVIRA

Burlándose.

En Mayo.

PILAR

Mujer, como viene de América, le tendrá miedo al frío.

Todas ríen.

ISABELITA

Sí, sí; os podéis reir. En casa tengo el abanico que me regalaron, porque á los postres á cada señora la regalan un abanico.

APRENDIZA

Eso sí que es verdad, que me lo ha dicho á mí la doncella de la señora de mi entresuelo.

ISABELITA

Ya lo estáis oyendo.

Pequeña pausa. Todas trabajan.

CARMEN

Suspirando.

¡Sí que debe ser bueno ser rica!

ELVIRA

¡Y que lo digas!

ISABELITA

¿Qué haríais vosotras si se muriese un tío—como en un folletín que yo he leído—y resultara que era tío vuestro y os dejara un millón en el testamento?

CARMEN

¡Un millón!... ¡no eres tú nadie!

APRENDIZA

Yo, ponerlo en el Banco y cobrar la renta.

PILAR

Yo me compraba en seguidita una caja de medias de seda y seis pares de botas de charol.

ELVIRA

Yo ponía una tienda de ropa blanca, para estrenar enaguas todos los días.

CARMEN

¡Yo me hacía una casa en la Ciudad Lineal, con un jardín, y un cenador, y un gallinero!

ISABELITA

Con un millón... ¡qué con un millón!..., con mil duros le daba yo la vuelta al mundo. Echaba á correr y no paraba hasta que se me cayesen los dientes con el traqueteo del tren.

CARMEN

¡Pero á cualquier hora se le muere á una un tío!

PILAR

Sobre todo, cuando una no le tiene.

APRENDIZA

¿Dónde hay un tío, niñas?

ISABELITA

Al perro.

Eh, *Machaquito*, ¿dónde hay un tío?

CARMEN

Suspirando.

Trabajo tenemos para toda la vida.

ELVIRA

¡Y que no falte!

PILAR

Puede que una se case.

CARMEN

Con otro infeliz como una, para tener media docena de hijos y pasar miseria.

ISABELITA

O con un señorito, vaya usted á saber.

CARMEN

¿Como estos que vienen á la Academia á estudiar para militares?

ISABELITA

Como ésos ó como otros; mujer es una como las demás y tiene una lo suyo, qué demonio.

PILAR

¡Buena anda también la clase de señoritos! En la tienda de comestibles te pueden dar razón.

CARMEN

Además, que éstos, aunque la hagan á una el amor, se casan con la otra.

Movimiento de extrañeza en las demás.

Sí, con la otra; la que les hace gestos por detrás del visillo y les manda cartitas con la peinadora. Lo que es que, ¡claro!, como á la otra no la dejan los papás salir sola, con alguna han de ir ellos á la Bombilla.

PILAR

Y nosotras somos tan imbéciles que les hacemos cara.

ISABELITA

¡Chicas, chicas, el caso es divertirse siquiera el domingo por la tarde! ¿Qué os pasa? ¡Pues no os habéis puesto vosotras poco fúnebres! ¡Aire, aire! *Machaquito,* hijo mío, báilate un tango. Se acabó la corona. ¡Mire usted que también es ocurrencia dejar que á uno lo entierren en un día como hoy, con el sol que hace!

Pasa Enrique corriendo por la escalera.

PILAR

¡Adiós, Enrique!... ¡Pues no corre usted poco!

ELVIRA

¡Ya podía usted decir buenos días!

ENRIQUE

Parándose en la reja.

Muy buenos.

ISABELITA

Déjale, que llega tarde á clase y luego le da azotes el maestro.

ENRIQUE

Ya la he visto á usted anoche, Isabelita.

ISABELITA

¿A mí?

ENRIQUE

Comiendo churros en los Cuatro Caminos.

Las Oficialas sueltan la carcajada.

¡Vaya un par de organilleros que llevaban ustedes al lado, usted y la Paca! Cuando quiera usted ir bien acompañada, avíseme usted á mí.

Echa á correr escalera arriba.

OFICIALAS

¡Ja, ja, ja!

PILAR

¡A Parisiana, niñas!

CARMEN

¡Con el primo que ha venido de América!

OFICIALAS

¡Ja, ja, ja!

ISABELITA

Qué gracia, ¿verdad?

Siguen riendo.

Bueno, bueno; ¡pues no os da á vosotras poco fuerte la risa! ¡Vaya!

Casi llorando.

¡Todo sea por Dios! ¿Habéis acabado ya?

APRENDIZA

No te enfades, mujer.

CARMEN

¿Qué gusto le sacas á tanto mentir?

ISABELITA

Si no es que miento; es que me lo figuro.

CARMEN

Te figuras ¿el qué?

ISABELITA

Ya ves tu, nada... todo... ¡Yo qué sé! ¡Esta vida que lleva una es tan perra! Trabajar como negras para no ganar nada; comer mal, vestir peor, destrozarse las manos para que otras lleven flores en el gorro, aguantar al *mosiú* en el obrador y á la familia en casa—es decir, quien la tenga, que yo, ni eso... ¿Qué va á hacer una? ¿Pensar en los trabajos que pasa, para que todavía le parezcan más negros? ¡Más vale figurarse los buenos ratos que le podían á una haber caído en suerte! Mientras piensa una que está comiendo pollos y faisanes, como si los comiera; y luego... lo único que queda en el

mundo, de todo lo que pasa, es acordarse de que pasó... Pues á acordarse tocan. ¿Yo me acuerdo de que ayer estuve bailando con un marqués que se quería casar conmigo? ¡Pues que me quiten lo bailado!... -

Todas se ríen.

¡Sí, sí; reirse! ¡Poco buen mozo que era! ¡Con un bigote rubio y unos ojos azules y un rumbo para gastar la plata!... Lo que es que, ¡claro!, no me caso con él porque á mí me gustan los hombres morenos... ¡y le di calabazas!

VOZ

En la calle.

¡Suplemento á *La Iberia!* ¡La lista grande!

ISABELITA

¡¡La lista grande!! ¡Puede que á estas horas ya seamos ricas!

CARMEN

¿Jugáis algo?

ELVIRA

Yo, no.

CARMEN

Ni yo tampoco.

APRENDIZA

Yo juego un real en la tienda de sedas.

PILAR

Yo, dos, con mi portero.

ISABELITA

Levantándose.

Yo, tres pesetas.

CARMEN

¡Hija, no eres tú nadie!... ¡Tres pesetas!

ISABELITA

¡A ver!... ¡Un décimo para mí solita! De perdidos, al río. Yo no juego nunca; pero para una vez que le da á una el arranque, que le toque á una algo.

PILAR

Pues á ver, á ver.

Se levantan todas, y Pilar, la Aprendiza, Carmen é Isabel se asoman á la puerta.

¡Chico!... ¡chico!...

A Elvira.

A ver, una perra.

Paga la lista y vuelven todas al obrador, rodeando á Pilar, que lee.

El gordo, en Madrid; pero nada. El segundo, en Cuenca. El tercero, en Madrid. Como si no. ¡Ni una aproximación!

Entrega la lista á Isabel.

APRENDIZA

A mí tampoco. ¡No está la suerte para quien la busca!

ISABELITA

De pronto, dando un grito.

¡Agua!... ¡Agua!... ¡Socorro!.., ¡Una silla!... ¡Que me ahogo!... ¡El gordo!... ¡A mí! ¡A mí!... ¡A mí!...

CARMEN

Pero ¿qué te pasa?

PILAR

¿Te has vuelto loca?

ISABELITA

¡A mí!... ¡A mí!... ¡El gordo!

Dando saltos de alegría.

¡Me ha tocado, chicas; me ha tocado!

ELVIRA

¡Qué dices!

ISABELITA

¡El gordo!... ¡Cien mil pesetas para mí solita!... Es decir, para mí solita, no; que hay diez décimos de á tres pesetas. Diez por tres, treinta... Treinta entre uno... Cien mil entre treinta... ¡Chicas, qué lío!

A la Aprendiza.

Tú, que has ido á la escuela, ¿á cuanto toca?

La Aprendiza coge papel y un lápiz y se pone á echar la cuenta, rodeada de las Oficialas.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

CARMEN

¡Anda ésta, con lo que sale ahora!

PILAR

¡Eso ya es demasiada figuración!

ISABELITA

¡Pero si es verdad! ¡Por éstas!... ¡Por éstas!...

Haciendo cruces.

CARMEN

¡Como el primo de América!

ISABELITA

¡Que es verdad! ¡Os juro que es verdad! ¿Dónde tengo el décimo?

PILAR

En Parisiana.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

ISABELITA

El 28.265, aquí está. ¡Ajajá!

Mirando el décimo que ha sacado del bolsillo.

28.263... no, sesenta y cinco. ¡Vaya un susto! 28.265.

Mirando la lista.

28.265. ¿Y ahora?

PILAR

¡Pues tiene razón!

ELVIRA

Sí que es verdad.

CARMEN

¡La primera que has dicho en tu vida!

TODAS

¡Que sea enhorabuena!

ISABELITA

A la Aprendiza.

¿Has echado ya la cuenta, tú?

APRENDIZA

Aguarda; ciento entre treinta.... tres entre diez, no puede ser. ¡Ay, hija, ten paciencia! Ya está. ¡Diez mil duros!

ISABELITA

¿Diez mil duros?

APRENDIZA

No; diez mil reales. No; diez mil pesetas. Eso es, diez mil pesetas.

ISABELITA

¿Seguro?

APRENDIZA

Seguro.

ISABELITA

¡Diez mil pesetas!... ¡Diez mil pesetas!... Es decir... ¡dos mil duros! Chicas, ¿queréis café? ¿Queréis pasteles? ¡Pedid por esa boca!... Digo... esperad á mañana que cobre, por que hoy tengo cuatro perras por junto. Cuatro perras... ¡Y pensar que mañana á estas horas...! ¿Cuántas perras gordas serán dos mil duros?

CARMEN

¿Y qué vas á hacer?

ISABELITA

¡Pocas cosas! Lo primero de todo, comprarle á *Machaquito* un collar de plata. Después, ¡ancha Castilla! ¡Correr mundo! Ir á ver todo lo que hay que ver: París, el mar, el Monasterio de Piedra... Comprarme muchos trajes... darme la gran vida... ¡viajar! Viajar sobre todo: en *eslipin*, en barco, en automóvil, ¡en globo, si me dejan!... Correr... correr...

CARMEN

¡Lo que es á ese paso, poco te va á durar el dinero!

ISABELITA

Pero mientras tanto, cualquiera me tose.

ELVIRA

¿Y después?

ISABELITA

Después... á ser pobre ya lo tengo aprendido, ¡pues á ser pobre! Pero entonces no tendré que mentir para recordar que alguna vez en la vida lo he pasado bien.

PILAR

El que no se consuela es porque no quiere.

ISABELITA

¡*Machaquito,* hijo mío, lo que nos vamos á divertir!... Porque tú te vienes conmigo, ¡no faltaba más!

Todas la rodean abrazándola y felicitándola. Sale monsieur León por la izquierda.

LEÓN

Furioso.

¿Por qué es que hacen ustedes tanto ruido? ¡Ah, Isabelita! ¿Ya ha venido usted?

ISABELITA

Sí, señor; pero no se moleste usted en incomodarse, que ya me marcho.

LEÓN

¿Cómo?

ISABELITA

En el exprés.

LEÓN

¿Adónde?

ISABELITA

¡Al fin del mundo!

LEÓN

¿Al fin del mundo? No entiendo..

APRENDIZA

Es que le ha tocado la lotería.

ISABELITA

Dos mil duritos, sí, señor.

LEÓN

¿A usted?

ISABELITA

¡No, que iba á ser á usted!

LEÓN

Yo no juego nunca. La lotería es una cosa inmoral.

ISABELITA

¿Inmoral?

LEÓN

Sí, señora; no hay más dinero legítimo que el que se gana con el sudor,

ISABELITA

Con el sudor del prójimo, ¿eh?

LEÓN

Si ustedes sudan de las manos, yo sudo del cerebro. Pero es una cosa loca esa que va usted á hacer de marcharse. Dos mil duros son poco dinero.–Lo que usted debe hacer es ponerlo en mi casa; yo le daré á usted un interés del seis por ciento, y usted puede seguir trabajando.

ISABELITA

Muchas gracias... *por el interés;* prefiero el capital. Hasta la vista, y que siga usted sudando con aprovechamiento. Hasta la vista.

Va al perchero, coge la mantilla y el bolso y se dirige hacia la puerta.

LEÓN

Es usted una loca. Aguarde usted que le ajuste la cuenta.

ISABELITA

No se moleste usted; le perdono á usted el medio día de jornal que me debe.

LEÓN

Eso es; los españoles todo lo arreglan con perder el dinero.

ISABELITA

Con eso los franchutes se lo pueden ustedes ir encontrando.

LEÓN

Yo no soy franchute; soy belga.

ISABELITA

Da lo mismo. Para mí, en el mundo no hay más que dos clases de hombres: los de aquí y los de fuera. Franchutes de Francia ó franchutes de China, ¿qué más da?, si ni ellos me entienden á mí ni yo los entiendo á ellos. Andando, *Machaquito*.

Coge al perro en brazos.

Hasta la vista, niñas.

TODAS

¡Adiós!

PILAR

¡Que escribas!

CARMEN

¡Que te acuerdes de nosotras!

La acompañan hasta la puerta de la calle, despidiéndose de ella, abrazándola y besándola.

LEÓN

Llevándose las manos á la cabeza.

¡Este es un país perdido!.... ¡perdido!

Telón rápido.

El telón que cae es anuncio de uno de los viajes de La Correspondencia de España. *Dice así:*

CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

NUESTROS VIAJES

Excursión de lujo.

A París—Bruselas—Amberes—La Haya—Amsterdam—Colonia—El Rhin—Francfort—Munich—Oberammergau—El Tirol (en automóvil)—Innsbruck—Paso del Ariberg—Zurich—Lucerna—Berna—Ginebra y Lyon.

Los que participen de esta excursión experimentarán junto á los lagos, las montañas, los valles y los ventisqueros *las más puras emociones artísticas.* El viaje, como se verá, es muy completo y *absolutamente veraniego.* No sufrirán calores los excursionistas, y las diversas etapas transcurrirán entre gratas emociones y placeres inefables.

PRIMERA CLASE: 1.450 FRANCOS

En el precio indicado están comprendidos todos los gastos del viaje.

Un intérprete acompañará al grupo, ocupándose de todos los detalles.

CUADRO SEGUNDO

Jardín-restaurant del Kursaal de Lucerna. En el fondo, balaustrada. Más al fondo, el lago con su horizonte de montañas. Sobre el lago, vaporcitos y barcas automóviles. Repartidas por la escena, mesas; sobre ellas, manteles con dibujos azules ó encarnados y ramos de flores, en cuyo interior van bombillas eléctricas, que á su tiempo

se encienden también. Sillas y butacas de mimbre esmaltado. En primer término, á la izquierda, gran arco, que figura dar paso al teatro del Casino. En segundo derecha, gran macizo de flores y tiestos grandes con plantas. Empieza la acción á la caída de la tarde, y después anochece.

Al levantarse el telón la terraza está llena de señoras y caballeros que, sentados á las mesas, refrescan y contemplan un número de baile. Terminado éste sale una expedición española, compuesta por una Catalana, con cuatro niñas; un señor gordo, que va muy sofocado y no puede más; una pareja de enamorados, en luna de miel; el señor Toribio y la señora Manuela, comerciantes ordinarios; Juanito, muchacho del comercio madrileño, con muchas pretensiones de elegante, y Paca, fea, bizca, con sombrero y traje chillones. Esta lleva en brazos á Machaquito, *que va muy elegante con manta de terciopelo, con bolsillo y pañuelo de encaje y collar de cuello de pajarita. En la manta lleva bordada una corona de marqués. Delante del grupo viene un Periodista con una bocina pequeña para hablar á los expedicionarios. Varios Camareros, de frac, sirven á las mesas. Al salir del grupo, el Periodista se vuelve hacia los que le siguen y habla como quien da una lección.*

PERIODISTA

Señoras y caballeros: estamos junto al lago de los Cuatro Cantones, el más azul de todos los de Suiza. Suiza es un país con muchas montañas y abundantes pastos. Las mujeres son feas, y el vino caro. Los productos más acreditados de esta patria feliz son el queso de Gruyère y el Gobierno federal. Este ameno jardín pertenece al Kursaal de Lucerna. Pueden ustedes sentarse y descan-

sar, mientras empieza en el teatro una divertidísima función de *variétés*... He dicho.

Los expedicionarios se dirigen hacia las mesas.

Nota: los refrescos no están comprendidos en el precio de la expedición.

Se sientan Paca y Juanito en la mesa de la derecha; frente á Juanito, el señor gordo. En la mesa de la izquierda, la Catalana con sus niñas, menos la mayor, que se queda junto á la balaustrada contemplando el paisaje. Los recién casados se quedan á un lado, y en la mesa del centro se sientan la señora Manuela y el señor Toribio. Los Camareros se acercan á servir.

PACA

Siempre con el perrito en los brazos; mirando al Periodista.

¡Qué bien habla este hombre!

GORDO

¡Sí; declama, declama! ¡Valiente viajecito y valiente organización!... ¡Cosas de España!... París-Lucerna de un tirón, y lloviendo. Cambio en la frontera á media noche, y lloviendo. ¡Pues no digo nada en los hoteles! Ni un alma que entienda lo que usted habla; cocido con almíbar; edredones de pluma en pleno mes de Agosto... ¡Y luego sale el sol y se achicharra usted lo mismo que en Marruecos!... ¡Le digo á usted que cosas de España!

NOVIO

¿Me quieres mucho, vida?

NOVIA

Muchisimo. ¿Y tú á mí?

NOVIO

¿Más que en Madrid?

NOVIA

Más que en Madrid.

NOVIO

¿Más que en París?

NOVIA

Muchísimo más que en París.

NOVIO

¡Ay, qué cosa tan rica es hacer un viaje de novios!

CATALANA

Contando las niñas.

Una... dos... tres... Me parece que me falta alguna. ¡La *noya!*

Llamando.

Noya, ¿aon estás?

UNA NIÑA

¡Aquí, mamá; mirando el lago! ¡Qué cosa más azul!

CATALANA

¡Asul, asul!... Mucho más asul es el estanque que tenemos á la torre de la Barseloneta! Siéntate.

Lā Niña se sienta.

MANUELA

¡Ay, Toribio, mi alma, que pedí una chuleta porque muero de hambre, y trajéronme té, como si me doliese algo!

TORIBIO

Pues calla y tómalo, que eso es lo elegante.

Los Novios se sientan á la misma mesa.

CAMARERO

Acercándose á la mesa de Juanito é interrogando.

¿Café?... ¿Té? .. ¿Chocolate?... ¿Champagne?...

GORDO

Champagne.

PACA

Café.

JUANITO

Champagne.

El Camarero sirve lo pedido. Los caballeros obsequian á Paca.

¡Parece mentira lo fáciles que son las lenguas extranjeras!

PACA

¡Oh, *facilismas!*

PERIODISTA

Señoras y caballeros: mientras empieza la representación en el teatro, la empresa ha dispuesto, para amenizar la espera, que oigan ustedes una canción italiana.

Salen por la primera derecha un grupo de Napolitanos y Napolitanas. Tocan las panderetas y bailan.

Música.

NAPOLITANA

¡La dulce cadenita de amor,
alma mía, la siento por ti;
aprieta bien los hierros,
que no quiero más sufrir!
La negra cadenita de amor
me tenía en prisiones por ti;
pero rompí los hierros,
que no quiero más sufrir.
¡Ay qué á gusto se está
atadito á tu cuerpo!
¡Ay que á gusto se está
junto á ti padeciendo!
¡Atame así!
¡Quiéreme á mí,
que te quiero á ti!
La fuente se reía de mí,
que quería en sus aguas beber.

—No pienses que mis besos
han de mitigar tu sed.
—¡Ay, fuente, no te rías de aquel
que quería tus aguas probar,
que tu piedad prometo
con besos de amor pagar.
¡Ay qué clara que vas,
fuentecita del huerto!
¡Ay qué á gusto se está
á tu lado sediento!
¡Mátame así!
¡Quiéreme á mí,
que te quiero á ti!
La-là, la-la, la-la,
lara-lara, la-lalá.

Muestras de aprobación de los expedicionarios. Los Napolitanos se alejan.

Hablado.

JUANITO

Acariciando al perro

¡Qué animalito tan simpático!

PACA

No lo sabe usted bien.

JUANITO

Se parece á su dueña. ¿Dónde la ha dejado usted, Paquita.

PACA

¡Vaya usted á saber! Al saltar del vapor se ha escabullido, y cualquiera se paraba á esperarla con este tío de la bocina, que la lleva á una siempre con la lengua fuera. Pero no se pierde, no hay *cuidao*. ¡Mucho interés tiene usté en que vuelva!

JUANITO

Un interés grandísimo. ¡Me ha trastornado el juicio!

PACA

Pues ¿por qué no va usted á buscarla?

JUANITO

Tiene usted razón.

Vase fondo derecha

Entra por primera derecha Isabelita, acompañada de dos caballeros: un Francés y un Inglés. Naturalmente, son tipos de caricatura. Hablan tanto por señas como con palabras, y ella gesticulando mucho.

Música.

Entran en escena. Isabel, riendo á carcajadas.

FRANCÉS

Madame, je vous adore.

INGLÉS

¡Oh, madam! I love you.

ISABELITA

¿Francés?

FRANCÉS

Oui.

ISABELITA

¿Inglés?

INGLÉS

Yes.

FRANCÉS

¡Adorez-moi!

INGLÉS

¡Love me, love me!

ISABELITA

Ne compran pa.
Mersí, mersí.

FRANCÉS

¿Vous española?

INGLÉS

¿Españolá?

ISABELITA

Oui, oui.

FRANCÉS

Toreador ser mi por vous.

INGLÉS

Banderiliero por el amour.

ISABELITA

¿Usted? ¿Usted?

FRANCÉS

Oui.

INGLÉS

Yes.

ISABELITA

¿Por mí? ¿Por mí?

INGLÉS

Yes.

FRANCÉS

Oui.

INGLÉS

¿Osté ser Carmen?

ISABELITA

Ca; no, señor.

FRANCÉS

¿Osté bailar
el *fandangó?*

ISABELITA

No tengo tiempo
de eso yo.

FRANCÉS

¿Osté en la liga
llevar la navaca?

ISABELITA

¡Me iba á pinchar!

FRANCÉS

¿Osté beber la mansanilia?

ISABELITA

¡Ca!

INGLÉS

¿Osté dansar la seguidilia?

ISABELITA

No.

FRANCÉS

¿Osté tocar la castañeta?

ISABELITA

¿Qué?

INGLÉS

¿Osté sonar la pandereta?

ISABELITA

¡No, señor!
Yo bailo schotis y polkas
á compás de un organillo;
colgadita del balcón
tengo la jaula del grillo;
bebo en el botijo á chorro
y el agua me sabe á gloria;
soy alegre, soy honrada...
y aquí se acabó la historia.

Hablado.

FRANCÉS

¡Oh, madame!

INGLÉS

¡Aoh, madam!

ISABELITA

¿Qué les ocurre á ustedes?

FRANCÉS

Con muchas señas explicativas.

Madame... moi... vous... mon coeur amour.

INGLÉS

Yes... yes... amour mi... you...

ISABELITA

Imitando la pantomima de ellos.

¡Ah, vamos! ¿Amur?... ¿Amor?

FRANCÉS

Oui, oui.

INGLÉS

Yes, yes.

ISABELITA

Amur... vu... vu... ¿á mí? ¿Los dos? ¿Yu, yu? ¿Corazón?

FRANCÉS

Oui, oui... corasón.

INGLÉS

Yes, yes; corrasón.

ISABELITA

¿Quererme á mí?... ¿Mucho, mucho, mucho?

Ellos no la entienden.

¿Fuerte?

INGLÉS

Aoh, yes; fuerrte.

FRANCÉS

Oui; fogte.

ISABELITA

Pues lo siento tanto; porque vu, vu *(Señalándolos alternativamente)* corasón, corasón... uno, dos... dos corazones, muchos y mí... corazón, uno; uno solo, español... y no entender más que una lengua: la mía española, ¿eh? De modo que ustedes disimulen, y hasta otra.

Medio mutis. Presentándose á sí misma.

Isabel Luján, marquesa viuda de la Siempreviva, Castellana, 27, hotel, tienen ustedes una casa. ¡Tanto gusto!

Se aparta de ellos y se acerca á la mesa de Juanito, el cual sale por la primera derecha momentos antes; el señor Gordo le cede su silla, y todos los hombres de la excursión se acercan á la mesa, entusiasmados. El Novio continúa al lado de su pareja. El Francés y el Inglés, despechados, se van por el fondo izquierda, llamando al Camarero.

FRANCÉS

Garçon.

INGLÉS

Garçon.

FRANCÉS

Cognac.

INGLÉS

Whisky.

PERIODISTA

¡Isabelita!

JUANITO

¡Señora marquesa!

TORIBIO

Pero, ¿dónde se ha metido usted?

ISABELITA

¡Gracias, gracias! En ninguna parte; que al salir del vapor me entraron ganas de ir á ver la ciudad yo solita, sin explicaciones de trompetilla, y á poco me pierdo. Gracias á que á la vuelta de una esquina encontré á esos caballeros tan amables.

PERIODISTA

Sí; ya hemos visto que venía usted muy bien acompañada.

JUANITO

Un poco molesto.

¡Demasiado!

ISABELITA

Por mucho pan nunca es mal año. A ver, café, limón, cualquier cosa, que estoy muerta de sed.

Se sienta. Juanito y el señor Gordo le ofrecen cada uno una copa. Isabel bebe de las dos.

Gracias, gracias. ¡Ay! ¿Dónde he dejado yo á mi perro?

Todos se precipitan á buscarle.

JUANITO

Cogiéndole de manos de Paca y entregándosele.

Aquí lo tiene usted, señora marquesa.

ISABELITA

Tantas gracias, Juanito.

Al perro.

¿Qué te parece á ti de todo esto, *Zumalacárregui*?

GORDO

¿*Zumalacárregui* se llama el animalito?

ISABELITA

Sí, señor; en recuerdo de mi difunto esposo, que el pobre era carlista. ¿Verdad, Paca?

PACA

¡Verdad será!

ISABELITA

¡Ay, pobrecito mío!

PERIODISTA

No se acuerde usted ahora de cosas tristes.

JUANITO

Porque si se pone usted melancólica, ¿qué va á ser de nosotros?

PERIODISTA

Tiene razón Juanito; usted es la alegría de la excursión.

JUANITO

¡Más que la alegría!... ¡El encanto!..., ¡la vida!

GORDO

¡El buen humor!

ISABELITA

Sí; ya se que me llaman ustedes la viuda alegre.

PERIODISTA

¡Qué mala es usted, pero qué malísima!

GORDO

¡Y qué encantadora!

JUANITO

¡Y qué marquesa!

ISABELITA

Eso sobre todo.

JUANITO

Sobre todo.

Pequeña pausa.

ISABELITA

¡Qué noche tan hermosa hace!

JUANITO

¡Y tan fresca!

PACA

¡Con la calor que tendrán ahora en Madrid!

Estúpidamente.

JUANITO

Sí; ¡porque hay gentes que se pasan allí todo el verano!

ISABELITA

¡Pobrecillas!

JUANITO

Sí, pobres; ¡á lo mejor, en una casa pequeña!

ISABELITA

¡O en un taller con moscas! ¡Ay, no quiero pensarlo!

JUANITO

¡Qué corazón tan compasivo tiene usted, marquesa! ¿Otra copita?

ISABELITA

¡No!

JUANITO

Dándole la copa.

Sí; ésta por mí.

PACA

A Isabelita.

Bebe de esto con fresas, que está mu rico.

ISABELITA

Paca, no bebas más, que te va á hacer daño.

Suena dentro una campana.

PERIODISTA

Señoras y caballeros, empieza el teatro.

Todos los excursionistas se levantan. Los Camareros recogen los servicios, dejando sólo en una de las mesas una botella de champagne empezada y dos copas.

JUANITO

A Isabel.

¿Viene usted?

ISABELITA

Vamos todos; ustedes delante. ¿Quiere usted llevar á *Zumalacárregui?*

JUANITO

Con mucho gusto.

GORDO

Lo llevaré yo.

Coge el perrito en brazos.

PERIODISTA

Pasen ustedes á coger sitio.

Entran todos por la primera izquierda, quedándose las últimas Paca é Isabel, que, cuando han pasado todos, se detienen un momento, se miran y se abrazan.

Se ha hecho de noche.

ISABELITA

¡Paca!

PACA

¡Isabelita!

ISABELITA

Esto es vivir; esto es divertirse, y reirse, y bailar, y que la quieran á una, y música, y jaleo.

PACA

Pero á este paso se te acaba el dinero en un dos por tres, porque la comida sí que nos la pagan los de la *Correes,* quiere decir que la traes pagada tú; pero tanto *champán*, y tanto sombrero, y tanto traje—que sólo en París te has comprado cinco—, y vengan automóviles, y barcas, y primer piso en todos los hoteles, y vengan tés, y refrescos, y teatro en butaca *cuasi toas* las noches, y cenita especial á la salida y convidar al prójimo por añadidura, porque todos te quieren tanto y cuanto, pero te dejan pagar que es un gusto, y ya verás lo que dura el *parné.*

ISABELITA

No se acaba nunca. ¡El dinero no se acaba nunca! ¡Abrázame, Paca!

Se abrazan dando vueltas.

¡Qué aire tan raro tienes! ¡Tú estás un poquitín...!

Haciendo ademán de beber.

PACA

¿Yo? ¡Ni pensarlo!

ISABELITA

¿Cuántas copas de champagne te has bebido?

Se ríen las dos.

¡Anda un poco hacia allá, á ver si vas derecha!

Paca pasea hacia la izquierda con paso no muy firme.

¡Ja, ja, ja!

Muy seria.

¡Si el marqués levantara la cabeza!

Se rien.

Oye, ¿tú crees que ha existido el marqués?

PACA

Cuando tú lo dices, y era tu marido, tú lo sabrás; digo yo.

ISABELITA

Calla, calla, que se te traba la lengua. ¡Ay, qué ganas tengo de bailar! ¡Uf, qué calor! Agua, agua; dame un poco de agua, volandito.

Se sientan á la mesa de la izquierda y se sirven de la botella de champagne que hay sobre ella. Paca, después de beber, se abanica un poco con el mantel y se queda profundamente dormida.

¡Ay, qué noche! ¡Qué noche! ¿No te parece á ti que hay por el aire una alegría rara!

Se oye música dentro.

No; no es alegría: es como si estuviera una segura de que le va á pasar una cosa muy buena. ¡Sí!... ¡Sí!... Se

oye una música... una música que suena muy lejos... ¡y que huele muy bien!... ¡No sé lo que me digo!

Mirando á Paca.

¡Anda, ésta! ¡Pues no se duerme ahora! ¡Dormirse en una noche como ésta!

Se levanta y va poco á poco á sentarse en la mesa que ocupaba Juanito cuando salió.

¡Dormirse! ¡A buena hora! ¡Para despertar luego y encontrarse, si á mano viene, con que no es verdad nada de lo que uno se figura! ¡No durmiéndose, no hay que despertarse, y con eso la noche dura toda la vida!

Queda mirando al suelo. Sale Juanito del teatrillo.

JUANITO

Pero, marquesa, ¿por qué no viene usted? ¡La esperamos con impaciencia! ¡Qué veo! ¿Está usted durmiendo?

ISABELITA

Por lo menos, soñando.

JUANITO

¿Y puede saberse con quién?

ISABELITA

¡Ay, con nadie! Estaba yo solita á la orilla del mar, subida en un peñasco.

JUANITO

¡Que lástima no haberlo sabido antes!

ISABELITA

¿Por qué?

JUANITO

Porque hubiera ido á hacerle á usted compañía.

ISABELITA

Le advierto á usted que había tormenta.

JUANITO

Mejor.

ISABELITA

Y que el agua se iba tragando la peña.

JUANITO

¡Muchísimo mejor!... Con eso hubiéramos tomado un baño juntos.

ISABELITA

¿Le gusta á usted nadar?

JUANITO

Me gusta usted de un modo escandaloso.

ISABELITA

¡No será tanto!

Riendo.

JUANITO

¡Es mucho más! ¡No se ría usted!

ISABELITA

¿Quiere usted que llore?

JUANITO

Quiero... que me quiera usted á mí.

ISABELITA

¿Así, de repente?

JUANITO

De repente la he querido yo á usted; palabra. En un abrir y cerrar de ojos. Los abrí el otro día, al verla á usted subir al tren en la estación del Norte; los cerré, porque me hacían chiribitas como si hubiese mirado al sol, y desde entonces, lo mismo me da abrirlos que cerrarlos, porque se me había usted quedado dentro.

ISABELITA

¿Es usted andaluz?

JUANITO

Madrileño.

ISABELITA

Es lo mismo; con ser hombre basta para saber mentir.

JUANITO

Le juro á usted, por éstas, que es la pura verdad.

ISABELITA

Y aunque no lo sea, ¿qué va una perdiendo con creerlo siquiera una noche?

Música.

Durante el cantable, se van iluminando las casas del fondo, las líneas de funiculares que hay en las montañas, los vapores y los aparatos de luz que hay sobre las mesas. En el lago, efecto de luna.

ISABELITA

¡Está la noche de soñar!

JUANITO

¡Está la noche de querer!

ISABELITA

¿Me lo podría usted jurar?

JUANITO

¿No me lo quiere usted creer?

ISABELITA

Dicen que el amor es sueño
de dos que nunca se entienden,
porque mientras sueña el uno,
el compañerito duerme.

JUANITO

A usted no le dé pesares
que el compañerito duerma,
que el amor, cuando es amor,
hasta cuando duerme vela.

Hablado con música.

ISABELITA

¿Usted cree?

JUANITO

Míreme usted á mí, que hasta ahora me he pasado todas las noches de mi vida durmiendo como un tronco, de un tirón y sin sueños. Pues desde que la conozco á usted, ¡sonámbulo perdido! ¡Ay, señora marquesa!... ¡Me ha hipnotizado usted con esos ojos!

ISABELITA

¿Yo?

JUANITO

En cuanto me mira usted dos segundos seguidos, me entra el sueño magnético.

ISABELITA

Ya, ¡y ve usted visiones!

JUANITO

¿Quiere usted hacer la prueba? Míreme usted fijo; no, un poquito más de frente y entornando los ojos.

Cantado.

ISABELITA

¿Así?

JUANITO

Así.

ISABELITA

¿Se duerme usté?

JUANITO

Creo que sí.
Deme usté la mano
que comienza el sueño.

ISABELITA

¿Será magnetismo
ó será mareo?

JUANITO

Sueño, sueño, sueño,
que vamos muy juntos
y muy despacito
por un caminito
frondoso y florido.

ISABELITA

Sueño, sueño, sueño,
que vamos muy juntos
y muy de prisita
por una sendita
florida y frondosa.

JUANITO

Que empieza en un beso.
y acaba en la dicha mía.

ISABELITA

Que empieza en un beso
y acaba en la Vicaría.

PACA

Adormilada.

Esos no son sueños,
que son pesadillas...

JUANITO

Sueño que me quieres.

ISABELITA

Sueño que me adoras.
Que corren los días.

JUANITO

Que vuelan las horas.
Que soy tu marido.

ISABELITA

Que soy tu mujer.

LOS DOS

¡Qué bueno es soñar!
¡Qué bueno es querer!

Hablado.

JUANITO

¡Ay!

Suspirando como si despertase.

ISABELITA

Se acabó el magnetismo, amigo.

JUANITO

Pero queda el amor.

ISABELITA

Puede que sí.

Suenan dentro los acordes de una canción italiana. Voz de tenor acompañada de piano.

¿Qué música es ésa?

JUANITO

No sé... unos italianos en el teatrillo.

Cantado.

CANTOR

Dentro.

¡Alma mía!
Mientras tú dormida sueñas,
para tí canta el amor;
el silencio de la noche
hasta tí lleve mi voz.
Triste está la primavera
si el rosal no dió su flor.
¡Corazón que no has amado,
Mayo que no floreció!

Mientras suena dentro la canción, Juanito é Isabel hablan.

JUANITO

Suplicante.

¡Quiérame usted!

ISABELITA

Bueno; por esta noche...

JUANITO

¡Por toda la vida!

ISABELITA

Deje usted que amanezca y hablaremos.

JUANITO

¿De qué vamos á hablar?

ISABELITA

De cosas buenas y de cosas malas; ¡qué importa! ¡Dios dirá! Tiene razón la música: hay que quererse. Quiérame usted mucho, mucho, mucho y dese usted mucha prisa á decírmelo, porque el tiempo vuela y hay que aprovecharlo.

JUANITO

¡Señora marquesa!...

ISABELITA

¡Puede usted ir suprimiendo el tratamiento!

Cae el telón lentamente.

CUADRO TERCERO

Decoración que representa las montañas de Suiza al fondo, completamente nevadas, y en primer término, valle pintoresco, bañado por el sol. En primer término izquierda ,un hotel de montaña.

Al levantarse el telón salen por la derecha el Periodista, el Señor gordo, Toribio y Manuela, con trajes de calle y guardapolvos de viaje; la Catalana y sus Niñas y los recién casados. Ellas, traje de alpinista. Todos llevan palos ferrados y mochilas. Algunos, gemelos de campaña. Vienen rendidos.

MANUELA

¡Jesús, Ave María, qué viento!

PERIODISTA

¡Y qué frio!

MANUELA

¡Ay, Toribio de mi alma; reventada vengo! ¡Aquí mismo quiérome caer muerta si esto no es cosa de Satanás! ¡Nevar en Agosto!

TORIBIO

Calla, mujer, calla; que eso es lo elegante.

CATALANA

¡Nevar en Agosto! *Aquestes* cosas me parese que no son naturales.

NIÑA

Sí, mamá; es que las montañas son muy altas, y, es claro, nieva.

CATALANA

¡Muy altas! ¿Qué sabes tú?

NIÑA

Sí, mamá; que lo pone la Geografía.

CATALANA

Mucho más alto es el Tibidabo, y no nieva.

GORDO

¡Vaya un viajecito de recreo! ¡Esto no pasa más que en España.

PERIODISTA

¡Pero, hombre de Dios, si estamos en los Alpes!

GORDO

Estamos en los Alpes, materialmente; pero, moralmente, venimos á la sombra de una bandera, digo, de una empresa periodística española, y ¡claro!... ¿qué había de suceder? ¡Mala organización! ¡Sencillamente, mala organización! Esto no puede quedar así. ¡Reclamaré, me oirán, recogeré firmas!... Sí, señor; me oirán.

Encarándose con el Periodista, que viene más maltrecho que ninguno.

PERIODISTA

Caballero, permítame usted que le diga que está usted en un error.

Con trompetilla.

Estos huracanes de nieve, no sólo son inevitables en una ascensión á estas montañas, sino que forman parte de las emociones inefables que hemos ofrecido á ustedes en el programa de nuestra expedición.

Todos le huyen, paseando nerviosamente, por no oirle.

No hay ningún peligro. Además, ya estamos en el valle y con sol. Aquí tienen ustedes un hotel donde pueden ustedes descansar una hora, secarse la ropa y beber lo que gusten. Pasen ustedes, pasen.

Los expedicionarios van entrando al hotel; los últimos, los recién casados.

NOVIO

¿Te has asustado mucho tú, vidita?

NOVIA

Yendo contigo no me asusta nada.

NOVIO

Porque me quieres mucho, ¿verdad?

NOVIA

Muchísimo.

NOVIO

¿Más que en Madrid?

NOVIA

Más que en Madrid.

NOVIO

¿Más que en París?

NOVIA

Más que en París.

NOVIO

¿Más que en Lucerna?

NOVIA

Más que en todas partes.

NOVIO

¡Ay, qué cosa más rica es un viaje de novios!

Entran en el hotel.

Sale por la derecha Isabelita, seguida de Paca; ambas visten de alpinistas, con palo y mochila.

PACA

Pero, ¿dónde vas?

ISABELITA

Aquí, ¿no lo ves?

PACA

¡Mujer, no seas loca! Entra en el hotel y toma algo caliente.

ISABELITA

Entra tú y toma fósforos, si te parece. Ya estoy harta de hoteles, y de expedición, y de compañeros, y de ti... ¡y de mí misma!

PACA

¡Tú estás triste, Isabel! ¿Qué te pasa?

ISABELITA

¿Qué quieres que me pase? ¡Que se acabó el dinero! Parece mentira, ¿verdad, tú? ¡Qué poco duran diez mil pesetas!

PACA

¿Se te ha acabado todo? ¿Lo que se dice todo?

ISABELITA

Cien pesetas me quedan.

PACA

¿Y qué hacemos?

ISABELITA

Tomar el caminito de Madrid; el billete de vuelta lo tenemos pagado... ¡y á trabajar! ¡¡Ay!!

PACA

¡Ya te decía yo que este viaje era una locura!

ISABELITA

No me arrepiento de lo que he hecho, y cien veces

que se me presentara la ocasión de hacerlo, cien veces que lo volvía á hacer.

PACA

¡Entonces sí que no te entiendo!

ISABELITA

Lo único que me pasa es que había contado sin la huéspeda... ó sin el huésped.

PACA

¿Qué huésped?

ISABELITA

¡Hija, qué tarugo eres! Nada; que no siento dejar de ser marquesa, sino que alguien que se creía que lo era, tenga que saber que no lo soy... y que más valiera que la ahorcaran á una la primera vez que mira á un hombre con buenos ojos... y que maldita sea mi suerte... ¡y que no me mires con esa cara, porque me dan ganas de tirarte al lago, á ver si con el baño se te pasa el susto!

Llora rabiosa contra sí misma.

PACA

Pero, Isabelita, ¡tú has perdido el juicio! ¡Cualquiera diría que estás enamorada!

ISABELITA

Cualquiera, ¿eh? ¡Pues ya lo puedes ir diciendo tú!

PACA

¿Y de quién?

ISABELITA

¿Has reparado en ese joven del sombrero flexible y los botines amarillos?

PACA

¡Don Juanito!

ISABELITA

Sí; don Juanito.

Paca hace un mohín.

¿No te gusta?

PACA

¿Le quieres?

ISABELITA

¡Como un animal!

PACA

Pues entonces, no sé á qué viene el desesperarse; *sus* casáis, y en paz.

ISABELITA

Sí; casarse.

PACA

Siempre está con señora marquesa arriba, señora marquesa abajo.

ISABELITA

Señora marquesa; ahí está el quid.

PACA

Pues ahora te entiendo menos que nunca.

ISABELITA

Mirando hacia la derecha.

Pues ya no te puedo explicar más, porque viene gente.

PACA

Mirando.

Es él, que andará buscándote, como de costumbre.

ISABELITA

¡Ah!, ¿sí?; pues quítate de en medio. Los malos tragos, pasarlos pronto.

Paca entra en el hotel.
Entra Juanito. Viste de alpinista.

JUANITO

Entrando.

¿Estorbo?

ISABELITA

No, señor.

JUANITO

¿En qué está usted pensando, tan sola?

ISABELITA

No estaba sola, pero estaba pensando en usted.

JUANITO

Con arrebato.

¡Isabelita!

ISABELITA

No se entusiasme usted demasiado, que puede que luego se arrepienta usted.

JUANITO

¿De quererla á usted? ¡Nunca!

ISABELITA

Vamos á ver: ¿usted, por qué me quiere á mí? La verdad.

JUANITO

¿La verdad? ¡Porque es usted la mujer más bonita del mundo!

ISABELITA

¿Qué más?

JUANITO

La más alegre y la más simpática.

ISABELITA

¿Qué más?

JUANITO

Porque tiene usted unos ojos negros que le vuelven á uno tarumba; y una boquita que le pone á uno hidrófobo; y unas manos que le hacen antropófago sin remedio; y unos pies...

ISABELITA

Tranquilícese usted, que tenemos que hablar. ¿A usted, de chiquitín, no le han contado nunca un cuento?

JUANITO

Muchos.

ISABELITA

Pero uno es especial; ¿uno de una pastora que guardaba gansos y que luego se convirtió en princesa?

JUANITO

Puede que sí; pero ahoro no recuerdo.

ISABELITA

Pues yo le voy á contar á usted otro igual, sólo que todo lo contrario.

JUANITO

Echándoselas de listo.

¿Una princesa que se convirtió en pastora?

ISABELITA

Por ahí, por ahí. Escúcheme usted, pero no se asuste. En primer lugar, amigo mío, yo no soy viuda.

JUANITO

Asustado.

¡Cómo!... ¿el señor marqués vive?

ISABELITA

El señor marqués no ha existido nunca.

JUANITO

Entonces, usted...

ISABELITA

Yo no soy pastora ni guardo gansos, precisamente; pero soy una pobre muchacha que se gana la vida honradamente con su trabajo. Una pobre muchacha; ¿oye usted? Pobre como las ratas.

JUANITO

¡Señora marque!...

Sin saber qué decir.

¡Isabelita!

ISABELITA

Eso es: así me llaman todos en el taller.

JUANITO

¿En el taller?

ISABELITA

Sí, señor; de flores artificiales. Calle de Romanones, 18, sección de coronas fúnebres, para lo que usted guste mandar.

JUANITO

¡Eso es imposible!

ISABELITA

Pero es verdad.

JUANITO

Entonces su... su...

ISABELITA

¡Rompà usted, hombre!

JUANITO

¡Su conducta de usted es incalificable!

ISABELITA

¿Eh?

JUANITO

Quiero decir... ¡indigna! Me ha engañado usted. Yo creía... pensaba...

ISABELITA

¿De modo que ahora, ¡claro!, no se decide usted á casarse conmigo?

JUANITO

Una mujer honrada no emplea esos medios para seducir á los hombres.

Cómicamente digno.

ISABELITA

¡Infeliz! ¿Pero usted se figura que yo he intentado seducir á alguien con estos cuatro trapos y esta fantasía de señorona rica y elegante?

JUANITO

Usted dirá lo que se proponía.

ISABELITA

¡Creérmelo yo misma unas cuantas horas! ¡Ser feliz

unos días como lo son los ricos! Total, ya ve usted: ¡dos meses y medio! ¡Setenta y cinco días! Creo que es bien poco pedirle á la vida. ¿Qué le he encontrado á usted en el camino? Peor para mi, si me hubiese llegado á figurar que me quería usted por mi linda cara... Y no me pida usted más explicaciones.

Pequeña pausa.

¿Qué está usted ahi cavilando?

JUANITO

Nada, nada.

ISABELITA

Con pena.

¡Sí que tengo los ojos negros, sí!... y las manos bonitas... y los pies pequeños!

JUANITO

Con rabia.

Sí que los tiene usted, sí.

ISABELITA

Acercándose.

Entonces...

JUANITO

Con despego.

No es lo mismo.

ISABELITA

Riendo amargamente.

¡Ja, ja, ja!

JUANITO

¿Se ha vuelto usted loca?

ISABELITA

No, señor; cuerda. ¡Válgame la Virgen, la experiencia que dan diez mil pesetas gastadas á tiempo!

JUANITO

¿Qué es eso de diez mil pesetas?

ISABELITA

Todo el dinero que he tenido en este mundo pícaro, y que me he gastado en sesenta días para tener el gusto de conocer á usted. ¡Ja, ja, ja!

JUANITO

Conste que yo no he dicho... No he querido decir...

ISABELITA

¡Lo bastante!... ¡Lo que yo estaba temiendo oir! Por supuesto que, si vamos á cuentas, usted lleva botines amarillos y chaleco blanco, pero á saber quién será usted, que yo no se lo he preguntado nunca... ¿Es usted por casualidad el zar de Rusia, que viaja de incógnito?

JUANITO

Yo... yo tengo un almacén de tejidos en la calle de Postas.

ISABELITA

¿Y dinero?

JUANITO

Bastante; sí, señora.

ISABELITA

Vaya, me alegro; todo no habían de ser desdichas. Que le aproveche á usted.

JUANITO

Si algún día necesita usted algo...

ISABELITA

Secamente.

Tantas gracias.

JUANITO

Porque una cosa es qué en lo del matrimonio no nos hayamos entendido, y otra, que tenga yo mucho gusto en servirla de algo, si llega la ocasión, y que quedemos tan amigos, porque, simpática... *(suspirando)*, simpática sí que lo es usted.

Pausa.

¿En qué está usted pensando?

ISABELITA

¡Que sé yo! En una copla que cantamos allá, en el taller:

«A la mar fuí por naranjas,
cosa que la mar no tiene...»

Se dirige lentamente al hotel, á cuya puerta se asoma Paca.

PACA

Misteriosamente.

¿Qué hay, qué hay?

ISABELITA

Amargamente.

Nada; que el chico tiene *guita* y se le ha metido aquí *(señalando la cabeza)* casarse con una marquesa. Después de todo, hace bien. ¡Quién le mandaba á una haber nacido pobre!

Entran en el hotel y cae rápido el telón de cuadro.

CUADRO CUARTO

La misma decoración del primero.

Carmen, Pilar, Elvira y las tres Oficialas están trabajando como en el primer cuadro, pero abanicándose de cuando en cuando furiosamente. Entra de la calle la Aprendiza, con su caja al brazo; la deja en el suelo y se sienta, abanicándase también.

APRENDIZA

¡Chicas, qué calor! ¡Echan chispas las piedras!

PILAR

¡Y encima riegan, y sale un vaho del suelo, que ni el de la olla!

APRENDIZA

En la Puerta del Sol se me han quedado las suelas pegadas al asfalto.

CARMEN

Es que este año, el verano no se acaba nunca.

ELVIRA

¡Y dicen que hay sitios donde en el mes de Agosto hace frío!

PILAR

Frío, no sé; pero fresco, sí. Te lo digo yo, que he estado en Santander un verano.

CARMEN

No hables de viajes, que cuando los domingos voy por la carretera del Pardo, y oigo pitar el tren, no sé lo que me pasa. Hablando de trenes: ¿habéis vuelto á saber de la Isabelita? ¡Ya hace quince días que no escribe! ¿Dónde están las postales?

PILAR

Aquí.

Saca unas postales del cajón de la mesa, y todas se reúnen para mirarlas.

¡Vaya unas montañas!

CARMEN

¡Y cuántos árboles!... ¡Y qué casitas rústicas!...

APRENDIZA

Parece un nacimiento.

PILAR

Pues mira ésta con su retrato: descotada y con cola. ¡Ave María Purísima!

ELVIRA

¡Pues no te digo nada, la Paca con *chapiri!*

PILAR

¡Y *Machaquito* con abrigo y corbata!

CARMEN

¿Quién será ese tipo que va con ellas en el automóvil?

ELVIRA

Algún inglés.

PILAR

Os advierto que el automóvil no es de verdad. Los tienen así, de cartón, en las fotografías.

CARMEN

¡Anda ésta!

PILAR

¡Palabra!

CARMEN

El caso es que ella está en París.

ELVIRA

¡Y en Suiza!

PILAR

¡Y en Holanda! ¡Vaya usted á saber dónde estará á esta horas!

Entra Isabelita, con Machaquito *en brazos. Viene muy elegante, con guardapolvo de seda y capota de automóvil.*

CARMEN

A Pilar.

Eh, tú; á despachar.

PILAR

Acercándose al mostrador.

¿Qué desea la señora?

ISABELITA

Una corona fúnebre para una marquesa que ha fallecido hace cinco minutos.

PILAR

Reconociéndola.

¡Isabelita!

Todas corren hacia ella, y entre abrazos y besos la traen al centro del obrador, formando grupo á su alrededor.

CARMEN

Pero ¿eres tú?

ISABELITA

La misma.

APRENDIZA

¿Ya has vuelto?

ISABELITA

Así parece. ¡Hijas, no me miréis con esas caras, que no soy la estatua del Comendador!

CARMEN

¡Qué elegante!

PILAR

Tocando el guardapolvo.

¡De seda!

ELVIRA

¡Y la falda de abajo!

Levantándola un poco el abrigo

A ver, á ver.

CARMEN

Date vuelta.

APRENDIZA

¡Anda; *Machaquito* con su pañuelo de bolsillo y todo!

CARMEN

Ahora mismo estábamos hablando de ti.

ISABELITA

Pues aquí me tenéis.

ELVIRA

Cuenta, cuenta.

Hablan todas rápidamente y á un tiempo.

CARMEN

¿Es verdad que París es tan grande, tan grande como dicen?

ELVIRA

¿Y que va un tren por debajo del río?

PILAR

¿Y que en los teatros bailan las mujeres desnudas?

CARMEN

¿Has ido en autómovil?

PILAR

¿Has subido en globo?

APRENDIZA

¿Has visto el mar?

ISABELITA

Sí, hijas, sí. El mar y los peces. Sí; París es muy grande, y las francesas son muy desahogadas, y los franceses son muy feos, y hay un restaurant que tiene las mesas encima de los árboles...

CARMEN

¡Anda ésta!

ISABELITA

¡Palabra! Y bicicletas que van por el agua.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

ISABELITA

Sí, sí; reirse. Y un tren que se mete en un barco y pasas un pedazo de mar, y si no te avisan no te enteras, porque, como es de noche, vas durmiendo. Bueno, eso

no es en París, ni lo de las bicicletas tampoco, pero da lo mismo. Y en Holanda los chicos van vestidos como en las tarjetas postales, y hay agua por las calles, y pasan los barcos, y hay muchísimos cisnes que andan sueltos. Y no me acuerdo dónde, amanece á las doce de la noche, y en las montañas nieva en el mes de Agosto.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

ISABELITA

¡Pues no sois vosotras poco desconfiadas! A la Paca se lo podéis preguntar.

CARMEN

¿Y te has divertido?

ISABELITA

¡No lo sabes tú bien! ¡Qué cafés!... ¡qué teatros!... ¡qué alegría!

PILAR

¿Y te ha salido novio?

TODAS

¡Eso, eso!

ISABELITA

Sonriente.

Sí me ha salido, sí.

PILAR

¿Inglés?

ELVIRA

¿Francés?

ISABELITA

Ingleses, franceses, alemanes... ¡y un chino!

APRENDIZA

¿Con coleta?

ISABELITA

Con sombrero de paja.

PILAR

Enseñándole una de las tarjetas que no ha dejado de la mano.

Y éste del automóvil, ¿de dónde es?

TODAS

Eso; éste, éste.

ISABELITA

¡Juanito! ¡Válgame la Virgen del Carmen!

Un poco confusa.

Este... pues éste era... *(Decidiéndose á decir la verdad y arrepintiéndose á mitad de la frase.)* pues éste era español... pero era duque.

CARMEN

¡Como feo, si es feo!

ISABELITA

¡Lo dirás tú!

PILAR

¡Ja, ja, ja!... ¡Cómo le defiendes!

ISABELITA

No le defiendo, porque no me importa un comino: pero tiene muy buena figura.

ELVIRA

¿Y dices que es duque?

ISABELITA

Y con mucho dinero.

APRENDIZA

¿Y erais novios de veras?

ISABELITA

Casi, casi.

CARMEN

¿Y te quería mucho?

ISABELITA

¡A morir, chicas!

PILAR

¿Y tú á él?

ISABELITA

Regular.

APRENDIZA

¿Y cómo no te has casado con él?

ISABELITA

Queriendo cortar la conversación.

Porque íbamos en tren y llevábamos mucha prisa, ea.

CARMEN

Me parece que el duque te ha dado á ti mico.

ISABELITA

¡Mico á mi! ¡Estás tú fresca! La tarde que nos despedimos estaba el pobre que se le podía ahogar con un cabello. ¡Me daba una lástima decirle que no!...

PILAR

¡Toma!... ¿Y por qué se lo dijiste?

ISABELITA

Porque... *(Pensando un momento la mentira.)* porque... Bueno, esto es un secreto; pero á vosotras os lo puedo decir. Le dije que no, porque la Paca se había enamorado de él como una loba, y á mí no me gusta dar disgustos á nadie!

TODAS

¡Ja, ja, ja!

APRENDIZA

Por Machaquito.

Y á ti, ¿no te ha salido novia?

ELVIRA

Cogiéndola en brazos.

¡Anda... y lleva corona en el abrigo!

PILAR

Se habrá casado por ahí con alguna duquesa de lanas.

Todas ríen y se quitan el perro unas á otras, abrazándole y besándole.

ELVIRA

¡Ven acá, rico!

APRENDIZA

¡Hermoso!

PILAR

¡Vida mía!

CARMEN

¡Quién fuera tú!

Entra por la izquierda Mr. León, tan enfadado como siempre.

LEÓN

¿Qué es que este escándalo?

Todas corren á su sitio. Isabelita se acerca al mostrador.

¿Por qué es que hacen ustedes tanto ruido?

Viendo á Isabelita y sin conocerla en el primer momento.

¡Señora!

ISABELITA

Haciéndole una reverencia.

¡Caballero!

LEÓN

Fijándose.

¿Qué es lo que yo veo? ¡Isabelita! ¿Usted aquí?

ISABELITA

Sí, señor; por desgracia.

LEÓN

¿Cómo es eso?

ISABELITA

Ya ve usted; vueltas que da el mundo: una me llevó y otra me ha traído.

LEÓN

¿Ya se ha gastado usted todas las pesetas?

ISABELITA

Sí, señor; la última en venir aquí en coche.

LEÓN

¿Y ahora qué va usted á hacer?

ISABELITA

Lo de siempre: coronas fúnebres.

LEÓN

¿En mi casa?

ISABELITA

Usted verá. ¿Hay otra en mi puesto?

LEÓN

Todavía no. Como ha sido verano...

ISABELITA

Hemos hecho diez realitos diarios de economías, ¿eh? ¡Si todavía me tiene usted que agradecer el viaje!

LEÓN

Tiene usted muy poca formalidad.

ISABELITA

Pero muy buen gusto. Conque no hay más que hablar.

LEÓN

Como usted quiera, porque es usted una buena obrera, á pesar de la fantasía; pero no me alborote usted el taller.

Sale.

ISABELITA

¡Aire, aire!

Al perro.

Machaquito, hijo mío, quítate el gabán que ya hemos vuelto á ser proletarios.

Se sienta en su sitio de costumbre.

¡Chicas, lo que es la vida! Hoy hace ocho días estaba yo en un lago, á la luz de la luna, paseando en barca, y me estaba diciendo un príncipe egipcio...

Aparece Juanito y se detiene en la puerta con cierta timidez.

JUANITO

¿Se puede?

ISABELITA

Adelante.

Viéndole.

¡Jesús me valga! ¡Juanito aquí!

Todas le miran, llenas de asombro.

PILAR

¡El duque!

CARMEN

¡Pues era verdad!

ELVIRA

Oye...

ISABELITA

Dejadme sola, dejadme sola.

Se acerca al mostrador.

JUANITO

Señorita.

ISABELITA

¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

JUANITO

¿Usted no me conoce?

ISABELITA

No tengo ese gusto.

JUANITO

¿Es usted la encargada de las coronas fúnebres?

ISABELITA

¿Necesita usted una?

JUANITO

No, señora; es decir... sí, señora.

ISABELITA

¿Quién se le ha muerto á usted, si no es indiscreción?

JUANITO

Una novia.

ISABELITA

¿Bonita?

JUANITO

Como un ángel.

ISABELITA

¡Todo sea por Dios! ¿De pluma ó de abalorio?

JUANITO

Como á usted más le guste.

ISABELITA

Pues ni que fuera yo la difunta.

JUANITO

Puede.

ISABELITA

¡Jesús, Ave María! Me parece que viene usted equivocado.

JUANITO

Me parece que no.

ISABELITA

¿Usted, por casualidad, no venía buscando á una marquesa?

JUANITO

Yo la vengo buscando á usted.

ISABELITA

¿Y para qué, si puede saberse?

JUANITO

Para decírla á usted que he sido un alcornoque.

ISABELITA

Cuando usted lo dice, habrá que creerlo.

JUANITO

Créalo usted, y perdóneme usted. Isabelita, yo no puedo vivir sin usted.

ISABELITA

¿Se ha enterado usted ahora?

JUANITO

Me enteré en cuanto la perdí á usted de vista. Me hubiera dado de puñetazos. ¡No dormía! ¡No comía! ¡No descansaba pensando en usted! ¡Palabra! La quiero á usted más que á mi vida, y si no se casa usted conmigo, me muero de ésta.

ISABELITA

Pues se va usted á tener que morir, porque ahora me ha salido á mí un novio.

JUANITO

¡Isabelita!

ISABELITA

Y me voy á casar con él el mes que viene.

JUANITO

Conmigo se casa usted, si quiere, esta misma semana.

ISABELITA

Eso ya es cosa de pensarlo.

JUANITO

No se moleste usted, que lo traigo pensado yo.

ISABELITA

¡Pues á casarse tocan!

JUANITO

Queriendo abrazarla.

¡Es usted un ángel!

ISABELITA

Separándose y con burla.

¡Pues no *te* corre á *ti* poca prisa!

A sus amigas.

Niñas, noticia sensacional: me caso esta semana. Ya podéis ir dando á este joven la enhorabuena.

Todas se levantan.

CARMEN

¿De veras?

PILAR

¿Es verdad?

JUANITO

Si, señoritas; se casa. Es decir, nos casamos.

CARMEN

Que sea enhorabuena, señor duque.

PILAR

Que sean ustedes muy felices, señor duque.

APRENDIZA

Y que tengan ustedes muchos duquesitos.

JUANITO

Asombrado.

¡¡Señor duque!! ¿Qué es esto?

ISABELITA

Sonriendo.

Nada, hijo, nada: un *lapsus linguæ.*

A sus compañeras.

El señor no es duque.

TODAS

Desilusionadas.

¡¡Ah!!

ISABELITA

Pero os convida á todas á cenar esta noche en los Viveros.

A Juanito.

¿Eh?

JUANITO

Con muchísimo gusto.

ISABELITA

Y, como las buenas obras, empezarlas con tiempo, vamos á buscar ahora mismo un coche con seis caballos y muchos cascabeles y á tomar el aperitivo.

A Juanito.

Tú, encarga por teléfono la cena, con mucho champán y un organillo, y que pongan flores en la mesa y farolillos á la veneciana y un *menú* de primera.

A ellas.

¿Qué queréis comer?

CARMEN

Yo, langostinos á la mayonesa.

ELVIRA

Yo, flan.

APRENDIZA

Yo, tortilla al ron, de esa que arde.

PILAR

Yo, jamón en dulce.

UNA

Yo, pavo trufado con galantina.

ISABELITA

Apunta, apunta. Lo único que siento es no tener un novio para cada una.

Se oye ruído y aparecen, bajando de la Academia, Car-

los, Juan, Enrique y varios Estudiantes, que, como de costumbre, se asoman á las rejas.

¡Digo!... En nombrando al ruin de Roma... Tú, convida á ésos, que son amigos de éstas.

CARLOS

Buenas tardes, niñas. Adiós, Isabelita; ¿ya está usted de vuelta?

JUANITO

Caballeros *(todos se descubren)*, yo no tengo el gusto de conocer á ustedes, pero... me caso.

ISABELITA

Nos casamos.

JUANITO

Eso es: nos casamos. Y como Isabelita convida á sus amigas á cenar, yo les convido á ustedes, y en marcha, si no tienen ustedes inconveniente.

CARLOS

¡Qué hemos de tener!

ENRIQUE

¡Enhorabuena, Isabelita!

ISABELITA

Gracias, gracias.

JUANITO

Pues andando; cada uno con su cada una.

TODOS

¡Viva la novia!

Mucha alegría. Los estudiantes desaparecen por la puerta, figurando salir á la calle para entrar en la tienda. Sale Mr. León desesperado por el escándalo.

LEÓN

¿Ya están ustedes alborotando otra vez?

Los Estudiantes, que entran de la calle alegremente, al ver que está Mr. León, dan media vuelta y vuelven á salir corriendo. Las Oficialas, entretanto, se quitan los delantales, y unas se ponen el velo al cuello y otras cogen sus sombrillas.

¿Qué es qué es esto? ¿Qué pasa?

ISABELITA

Nada; que me caso.

PILAR

Que se casa.

APRENDIZA

Que vamos á cenar á los Viveros.

ISABELITA

Y que si usted quiere venir con nosotras...

TODAS

Muy alegres

Eso; sí, sí.

APRENDIZA

Conmigo, que no tengo pareja.

LEÓN

No comprendo... no entiendo...

ISABELITA

Ni hace falta. ¿Viene usted ó no viene?

LEÓN

Rechazando el ofrecimiento.

Muchas gracias.

ISABELITA

Pues usted se lo pierde. Andando niñas, el *mosiú* os dispensa que salgáis media hora más temprano, porque un día es un día. ¿No es verdad? ¡Alegría por todo el cuerpo! ¡Y ya veis cómo no siempre es mentira lo que una se figura! ¿Dónde está *Machaquito*?

La Aprendiza lo lleva en brazos.

Andando, tú.

Salen todos hacia la calle dando vivas y con gran alegría.

LEÓN

Mirándolos marchar.

¡Este es un país perdido, perdido!

TELÓN

LIRIO ENTRÉ ESPINAS

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

SOR TERESA
DOÑA TOMASA
LULÚ
AMELIA
ANA MARÍA
CLARITA
LA BAILADORA
RICARDITO
AGUSTÍN
CARLOS
RAMÓN
MARIANITO
UN SEÑOR FORMAL

La acción en una casa de mal vivir. Salón de mal gusto, y con pretensiones de elegancia.

A levantarse el telón la Bailadora está sobre una mesa bailando, y todos los demás la jalean.—Clarita fuma tendida en un diván; Amelia, sentada en el suelo delante de Marianito, que hace de pachá; Carlos hace pareja con Ana María; Lulú mira por la ventana, y doña Tomasa, sentada en un sillón, preside con benevolencia casi maternal. Amelia canta una copla.—La Bailadora, terminado el tango, se tira de la mesa y va á caer en brazos de Agustín.

Clarita canta.

TODOS

¡Bravo, olé!

AGUSTÍN

Besándola en el cuello.

¡Cómo pesas, rica; pero qué bien sabes!

LA BAILADORA

Sin hacer caso.

¡Vino, vino!

AGUSTÍN

En broma.

Tienes la majestad del mármol griego y el fuego de la sangre gitana.

LA BAILADORA

¡Vino, vino!

AGUSTÍN

Abrazándola.

¿Te quieres enterar de lo que se te dice?

LA BAILADORA

¡Qué más me da! ¡Vino es lo que hace falta!

AGUSTÍN

¡Toma vino!

Le echa toda una copa de champagne por la cara y el cuello.

LA BAILADORA

¡Salvaje, más que salvaje!

Se agarran, peleándose.

AGUSTÍN

Sujetándole las manos.

¡Ruge, pantera, ruge!

Ella le muerde las manos.

¿A morder tocan? ¡Ahora verás tú!

Forcejeando, van á caer en el diván sobre Clarita, que protesta con mal humor.

CLARITA

¡Ay, hijos! ¿Os gusta caer en blando? Ya podíais dejarle á una hacer la digestión en paz.

AGUSTÍN

¿Y en gracia de Dios? Pues no pides tú poco.

CLARITA

A tí, ni la Unción.

AGUSTÍN

¿Sabes lo que es eso? Que estás muerta por mí.

CLARITA

¡Adiós el tifus!

CARLOS

¡Pues no sabes tú por quién te mueres, hija!

AMELIA

Sí, goloso es el niño para agonías. En cuanto cierra la puerta, te suelta un discurso sobre el amor en tiempos de Matusalén.

AGUSTÍN

¡Qué más quisieras tú que oirme disertar á mí!

LULÚ

Pero ¡qué idiotas sois todos los hombres!

AGUSTÍN

Agradeciendo, prenda.

CARLOS

Tienes razón, hija mía. ¿Por qué?

LULÚ

Porque en una noche como hoy, mientras pasa en la calle lo que pasa, sois capaces de estaros aquí haciendo el burro... ¡Ah, si yo fuera hombre!

AGUSTÍN

¿Quieres que vayamos los dos á tomar una barricada?

AMELIA

Sí que es verdad que podiais estar haciendo algo que valiese la pena.

Marianito la abraza

Mira éste.

MARIANITO

Pero si estamos aquí para defenderos.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

MARIANITO

Palabra; en cuanto se cansen de quemar conventos vienen á achicharraros á vosotras.

CLARITA

¡Ay!

CARLOS

Prepárese usted, doña Tomasa.

DOÑA TOMASA

Con mucha gravedad

No sé qué daño le hacemos nosotras á nadie.

CLARITA

Si á eso vamos, las monjas tampoco.

DOÑA TOMASA

Muy convencida.

Es muy distinto: ellas no pagan contribución.

CARLOS

Pero vosotras, hijas de mi alma, sois objetos de lujo, privilegio del infame burgués que paga vuestras gracias con el sudor del pobre, del explotado...

AMELIA

En eso sí que tienes razón.

CLARITA

Pues bien pronto se arregla. Con poner turno gratis para los pobres y subir los precios para los ricos.

MARIANITO

¡Como los médicos de fama!

LA BAILADORA

O como el bandido generoso.

AGUSTÍN

Todo es socialismo.

LULÚ

A ver. En el mundo no hay más que dos cosas: dinero y hambre. Con el dinero de todos tienen que comer todos. Pues que lo den por buenas ó que se lo quiten por malas.

CARLOS

¡Arreglo radical!

LULÚ

Y que, en resumidas cuentas, nada es de nadie. Es decir, que á nadie le sirve de nada que lo suyo sea suyo; porque tú tienes un dulce en la mano, es un suponer, y dices que es tuyo y retuyo, y viene otro más fuerte, y te le quita y se le come en tus mismas narices, y tú dices que tuyo sigue siendo, pero ¡échale un galgo!

TODOS

¡Bravo, bravo!

MARIANITO

Chica, ¡qué elocuencia!

LULÚ

Y así pasa con todo: lo que es que los hombres sois muy ilusionistas y muy fantoches, y os llenáis la boca cuando habláis, con *mi* casa y *mi* dinero y *mi* mujer y

mis hijos. ¡Mío! ¡Miau, digo yo; *pa* el gato! Vaya usted á saber de quién es ni la tierra que pisa.

CARLOS

¡Al Congreso, al Congreso!

AGUSTÍN

¡Bravo, bravo!

MARIANITO

¡Hurra, hip!

CLARITA

¡Ay!

DOÑA TOMASA

¿Qué pasa?

CLARITA

Este Ricardito, que se figura que tiene una las piernas para que él se afile los dientes.

RICARDITO

¡Ju, ju, ju! ¡Saben á guayaba!

CLARITA

Te voy á dar yo á tí canela.

Le pega.

RICARDITO

¡¡Ay!!

Como si lo desollasen.

DOÑA TOMASA

¿Qué le hacéis á la pobre criatura? ¡Ven acá!

Acariciándole.

¡No llores tú, alma mía!

Entran Ramón y el Señor formal.

RAMÓN

¡Buenas noches, niñas!

AMELIA

¡Anda, Ramón! ¿Qué vienes á hacer tú aquí esta noche?

RAMÓN

Lo de todas. ¿Sabéis vosotras algo nuevo?

CLARITA

Hijo, como tu padre es gobernador, creímos que estarías con él.

RAMÓN

Se basta y se sobra solito para ametrallar populacho. Yo no quiero ensuciarme las manos. Soy más aristócrata que todo eso.

DOÑA TOMASA

Bueno; ¿pero es verdad que han prendido fuego á tres ó cuatro iglesias?

RAMÓN

Y á cinco ó seis conventos. Desde esa esquina misma se ven las llamas de uno.

LULÚ

Precipitándose á la ventana.

¡A ver!

AMELIA

A ver.

ANA MARÍA

Sí que es verdad.

Al echar á correr tropieza con el Señor formal, que se ha quedado quieto junto á la puerta, sin decir palabra.

¡Ay! Usted perdone.

EL SEÑOR FORMAL

Muy turbado.

No hay de qué... señorita.

ANA MARÍA

A Ramón.

¿Quién es ese... señor tan fino y tan silencioso que ha venido contigo?

RAMÓN

Es verdad; se me había olvidado.

Al señor Formal.

Venga usted, hombre, venga usted. Doña Tomasa,

tengo el gusto de presentar á usted á un amigo mío, hombre formal y de dinero.

DOÑA TOMASA

Muy bien venido á esta su humilde casa. Ya Ramoncito sabe lo que somos aquí para él, y en siendo cosa suya, conmigo tiene crédito.

RAMÓN

No hace falta; saquéele usted, que hace una buena obra. Ha tenido tres casas de préstamos, y ha sido contratista para el ejército. Niñas, miradle. Aquí, donde le veis, tiene cuarenta y cinco años, es viudo hace tres meses, y no conoce más mujer que la suya.

TODAS

¡Ja, ja, ja!

EL SEÑOR FORMAL

No hagan ustedes caso; Ramoncito, siempre tan bromista. Sí que he tenido la desgracia de perder á mi señora, que era lo que se dice un ángel; pero eso no quiere decir...

ANA MARÍA

No se moleste usted en dar explicaciones. Aquí todos los hombres son viudos mientras no se demuestre lo contrario.

LULÚ

¡¡Ay!!

Junto á la ventana.

DOÑA TOMASA

¿Qué es eso?

Todas se acercan á la ventana.

ANA MARÍA

Que pasan, pasan... los revolucionarios.

LULÚ

¡Las turbas!

CLARITA

¡Qué silenciosos van!

AMELIA

Así dan más miedo.

ANA MARÍA

¿Dónde llevarán las latas de petróleo?

DOÑA TOMASA

¡No abráis la ventana!

ANA MARÍA

¡Callad, que no nos oigan!

CLARITA

Echa el store.

AMELIA

De seguro que van al convento de los Escolapios... No, al Asilo de las Hermanitas.

CLARITA

¡Ay, no digas eso, que allí me eduqué yo!

ELLOS

¡Ja, ja ja!

CLARITA

¿De qué os reís, mastuerzos?

RAMÓN

De que se lucieron las madres con la educanda.

CLARITA

Hijo, ellas no tuvieron la culpa. Por falta de sermones... Aquella sor Andrea: "¡Niñas, cuidado, que en el sexto mandamiento no hay veniales: todo es pecado mortal!" Lo que es que, claro, de chica, allí metida, lo reza una todo junto; después lo peca una todo junto... todo junto lo pagará una luego...

AGUSTÍN

Muy bien, niña; veo que te aprovechan mis lecciones sobre la necesidad de la expiación.

CARLOS

¡Ni el padre Astete!

CLARITA

¡Puedes hablar tú, que te has criado con los Jesuítas, y has sido Luis, y Kostka, y has pasado tres años en el

correccional, digo, en la escuela de Reforma! De padres y madres allá nos andamos, y aquí estás tú y aquí estamos todos.

CARLOS

¡Calla, sirena, calla! ¿Por quién me pierdo yo más que por vosotras?

CLARITA

Sí, que le hacen falta bichos de la mar al que nace como tú con pellejo de anguila. La estrella, hijo, la estrella con que uno nace.

LA BAILADORA

Que ha estado hasta entonces silenciosa y rompe á hablar como iluminada.

¡Eso sí que es verdad!

AGUSTÍN

¡Ya rompiste á hablar tú!

MARIANITO

¡Ya era hora!

LA BAILADORA

Es porque tiene *muchisma* razón. ¡Las estrellas son las que todo lo saben, y las líneas de la mano las que todo lo cuentan! ¡Ya ves tú lo que está pasando esta noche, pues en el cielo estaba *clavao* como la Biblia! Y á éstas se lo había dicho yo ya. ¡Niñas, que va á pasar

algo muy gordo! ¡Mirad que las estrellas traen fuego y sangre!

MARIANITO

¡Sangre y fuego!

CARLOS

¡Guerra y exterminio!

AGUSTÍN

¡Chica, echas chispas por los ojos!

RAMÓN

¡Vaya una pitonisa con salero!

MARIANITO

¡A ver, á ver la buenaventura!

LA BAILADORA

¡Sois ustedes unos descreidotes, pero ello vendrá, porque venir tiene, y al tiempo, el tiempo, y ojalá no salgamos todos de aquí esta noche oliendo á chamusquina!

CARLOS

¿Otra?

AGUSTÍN

¡Cómo estáis esta noche, hijas mías!

LULÚ

¡Cómo vamos á estar! Como todo el que tenga sangre en las venas y no horchata de chufas como vosotros.

RAMÓN

¡Piérdase usted para esto por las mujeres!

LULÚ

Por las mujeres, ¿eh? Vosotros sois perdidos de nacimiento.

CARLOS

Pero, vamos á ver: ¿qué queríais que hiciésemos?

LULÚ

¡Ay, mi madre! Cuando en la calle gritan unos, y otros les contestan á tiros, por algo será. Los de abajo queman los conventos, los de arriba abrasan á los otros á cañonazos, los ricos llaman á los pobres canalla, y los pobres á los ricos, ladrones: digo yo que unos ú otros han de tener razón. Pues echarse á la calle á ver quién la tiene, y con el que la tenga, dar de firme. ¡Eso es lo que habíais de hacer si tuvieseis vergüenza!

MARIANITO

Justo, para ganarnos un linternazo y morir por la causa de la justicia.

AMELIA

Con desprecio.

¡Pues no le tienes tú poco apego á la vida!

ANA MARÍA

Hace bien, que es preciosa para la patria. ¿No te va á hacer tu futuro suegro diputado de la mayoría?

CLARITA

Tienes razón, niño; lo mejor en el mundo es vivir en paz y pasarlo á gusto. Estas están chifladas porque son histéricas; ya ves tú, Lulú fuma opio.

LULÚ

No, que voy á fumar como tú, picadura de á diez y ocho.

ANA MARÍA

Es para acordarse de un novio que tuvo que era carabinero.

CLARITA

Furiosa sin saber por qué.

¡Oye, tú!

AGUSTÍN

Calma, señoras, calma.

A Clarita.

No pierdas el reposo olímpico.

LA BAILADORA

Lo que sí me parece es que ya es hora de que el señor convide á algo.

EL SEÑOR FORMAL

Con muchísimo gusto... ustedes dirán...

AMELIA

Sí, porque con cuarenta y cinco años de virtud, le deben estar rebosando las onzas del bolsillo.

LULÚ

Con resolución súbita.

¡Yo me voy á la calle!

AMELIA

¿A qué?

LULÚ

A ver lo que pasa. ¿Quién viene conmigo?

DOÑA TOMASA

Nadie, ¿quién se ha de ir? Estás loca; á estas horas y con ese traje. ¿Tú sabes los peligros que corre una mujer por la calle en una noche de éstas?

LULÚ

Me los figuro... ¿Quién viene?

AGUSTÍN

Tienes razón. ¡Andando!

LULÚ

Pero has de hacer todo lo que yo te diga.

AGUSTÍN

Y un poco más. ¿Ves lo que te importa la vida á ti? Pues á mí, tres ochavos menos.

LULÚ

Me gustas tú porque siquiera algunas veces pareces hombre.

AGUSTÍN

No me lo digas, hija, que no quiero recordar que lo soy.

DOÑA TOMASA

Asustada.

Pero, ¿dónde vais, dónde vais?

AGUSTÍN

A ver si hay quien nos pegue un tirito en mitad del corazón, como dice la copla.

LULÚ

¡Ay, no tendremos esa suerte! Tú y yo tenemos que morir de asco ó de calentura, ó, como el otro, de una teja que caiga de un tejado.

AGUSTÍN

Vamos.

Salen del brazo.

Pareces mi mujer.

LULÚ

¡No digas desatinos!

Salen.

CARLOS

Lo que son esos es un par de *poseurs.*

CLARITA

Y que lo digas; ella se las echa de angel caído.

MARIANITO

Y él de desesperado silencioso. Y, en resumidas cuentas, le habrá pasado lo que á todo el mundo: nada.

AMELIA

Suspirando ruidosamente.

¡Ay, qué ganas tengo de querer mucho á alguien!

RAMÓN

Pues aquí estoy yo.

AMELIA

No; había de ser alguien á quien no hubiese visto nunca.

RAMÓN

Al Señor formal.

Aproveche usted, amigo.

EL SEÑOR FORMAL

Verdaderamente; sí, el amor es cosa de misterio, de encuentro, de destino, de estrella, como decía hace un momento esta señorita.

TODOS

¡Fuera, fuera, fuera!

Escándalo contra el romanticismo del buen señor, que se queda espantado. Ricardito aprovecha la confusión, y anda á cuatro patas, ladrando.

RICARDITO

¡Guá, guá, guá!

Muerde á Ana María en un brazo.

ANA MARÍA

¡Ay! ¡Bruto, salvaje, toma!

Le pega.

RICARDITO

Llorando.

¡Ay, ay, ay!

DOÑA TOMASA

Hija, todas la habéis tomado con él. Ven acá tú, no llores; ¿no veis que el pobrecito no sabe lo que hace?

Le acaricia para consolarle.
Ruido en la calle.

CLARITA

¡Ay!

DOÑA TOMASA

¿Qué pasa?

CLARITA

Corriendo á la ventana.

¡Ya vuelven!

AMELIA

Ahora llevan teas.

ANA MARÍA

Mirad cómo corre la gente.

Todos se acercan con ansiedad al balcón. En este momento se oye en la calle el estruendo del motín en toda su fuerza; voces, carreras, tiros, gritos: «¡Muera!» «¡Mueran los burgueses!» «¡Canalla!» Las mujeres se asustan horriblemente.

DOÑA TOMASA

¡Cerrad ese balcón, cerrad ese balcón!

RAMÓN

Viendo que Amelia se acerca á cerrarle.

¡No te acerques, que te van á dejar seca de un tiro!

CLARITA

Retrocediendo asustada.

¡Ay!

LA BAILADORA

¡Ay, maresita mía del Carmen!

ANA MARÍA

Lo que había que hacer es sacar colchones y atrancar las ventanas.

MARIANITO

¡Sí que es una nochecita de abrigo!

DOÑA TOMASA

¿Nochecita? ¡Es el fin del mundo!

Los ruidos van alejándose.

CLARITA

Escuchando con espanto.

¡Ay!

TODOS

¿Qué?

CLARITA

¡Que suben, que suben!

AMELIA

¿Pon dónde?

CLARITA

¡Toma! ¡Por la escalera!

RAMÓN

Acercándose á la puerta.

Sí; se sienten pasos...

DOÑA TOMASA

¡Callad, que no nos oigan!

AMELIA

¡Apagad las luces!

DOÑA TOMASA Y RAMÓN

¡No!

Hay un momento de expectación angustiosa. Suena el timbre de la escalera.

TODOS

Con voz ahogada.

¡Ah!

Después de una pausa breve, vuelve á sonar el timbre. Amelia se dirige á la puerta.

ANA MARÍA

Con terror.

¿Dónde vas?

AMELIA

A ver quién es.

TODOS

¡No, no!

AMELIA

Sí; despacio... por el ventanillo...

Sale.

DOÑA TOMASA

¡No abras!

Silencio. Pasado un momento, so oye dentro un grito ahogado de sorpresa. Todos se alarman.

MARIANITO

¡Ha abierto!

DOÑA TOMASA

¡Está loca!

Aparece en la puerta Sor Teresa. Viene muy asustada y se queda un poco deslumbrada por las luces de la habitación, pero se domina y sonríe.

SOR TERESA

Sonriendo.

¡Ave María purísima!

TODOS

¡Una monja!

Nadie contesta, excepto la Bailadora, que responde con ímpetu.

LA BAILADORA

¡Sin pecado concebida santísima!

AMELIA

Pase usted, hermanita.

SOR TERESA

Ustedes disimulen, señores y señoras. He llamado aquí... servidora se ha tomado la libertad... ustedes perdonen... por si tenían la caridad de abrir. Servidora no conoce las calles, venía huyendo, entré en el portal á esconderme; como estaba oscuro, subí; no quería llamar, ya comprendo yo que á estas horas... Ustedes disimulen, pero servidora creyó que venían detrás, por la escalera.

Mira con temor á la puerta y sonríe.

Ustedes disimulen.

CARLOS

Pase usted, señora; pase usted.

SOR TERESA

Muchas gracias.

ANA MARÍA

¡Pobre mujer! Está temblando.

AMELIA

Siéntese usted, hermanita.

SOR TERESA

No, no, muchas gracias.

MARIANITO

Brutalmente.

¡Parece un pájaro atontado!

RAMÓN

¡Vaya unos ojos que tiene la madre!

ANA MARÍA

Muy indignada,

¡Cállate!

AMELIA

Siéntese usted, hermanita, y descanse.

DOÑA TOMASA

No tenga usted cuidado: está usted en una casa... bueno, está usted en su casa.

SOR TERESA

Dios se lo premie á usted, señora; no sabe usted la buena obra que hace, porque ya no sabía dónde ir.

CLARITA

¿Les han quemado á ustedes el convento?

SOR TERESA

Sí, señora; pero nos han dejado salir á todas antes... ¡No sabe usted qué susto tan grande nos llevamos con los gritos que daban y al ver las llamas luego, y cuando entraron! Salimos todas: lo que es que, como no tenemos costumbre, no sabemos las calles; gracias á que nos acompañó el demandadero... Ibamos juntas toda la Comunidad; pero, en una revuelta, no sé cómo servidora se ha quedado sola. Hemos estado ya en dos ó tres casas de señores muy buenos, que miran mucho por la Comunidad, pero no se atrevieron á recibirnos. ¡Es natural!, por no comprometerse en una noche así... y servidora, ¡bendito sea Dios! *(sonríe)*, ya iba teniendo un poco de miedo... sobre todo cuando me vi metida entre esos hombres que volvían gritando.

CARLOS

Tranquilícese usted; aquí no han de venir á buscarla.

SOR TERESA

No, si ellos dijeron que con nosotras no querían nada.

Sonriendo al ver que los otros se ríen, pero sin comprender.

¡Válgame Dios, se me va la cabeza!

Se apoya en la mesa, medio desmayada.

DOÑA TOMASA

Siéntese usted.

AMELIA

¡Serán las luces!

ANA MARÍA

¡Ay, que se desmaya!

LA BAILADORA

¡Pobrecilla!

CLARITA

¡Dadle champagne!

CARLOS

¡Mujer!

CLARITA

¡Hijo! ¡Beber champagne no es pecado! ¡Beba usted, hermana!

La monja bebe el champagne que le dan y se reanima poco á poco, sonriendo siempre.

SOR TERESA

Si no es nada, no se asusten ustedes... muchísimas gracias. El Señor se lo premie.

Mirándoles á todos.

Por mí no se molesten... sigan lo que estuvieran haciendo.

Todos se ríen.

Yo, con que me dejen pasar aquí la noche...

RAMÓN

Precipitándose hacia ella.

¡Con el alma y la vida!

AMELIA

Apartándole.

No le haga usted caso; está chiflado.

SOR TERESA

¡Qué lástima; un señor tan amable!

RAMÓN

Gracias, hermana; es usted una madre la mar de simpática y requetebonita.

SOR TERESA

¡No diga tonterías!

Mirándolos á todos y á la mesa.

¿Están ustedes de boda?

Todos se ríen.

MARIANITO

Nosotros estamos siempre de boda.

SOR TERESA

¿Eh?

ANA MARÍA

No, señora; no estamos de boda; es que nos reunimos unos cuantos amigos para pasar el rato.

SOR TERESA

Ustedes perdonen. Como es tan tarde ya, y les veía á todos tan bien vestidos y tan animados...

CARLOS

Estas niñas son muy elegantes.

MARIANITO

La vida es corta, hermana, y hay que aprovechar los momentos para divertirse.

RAMÓN

No sabe usted la gente que hay velando á estas horas.

SOR TERESA

Sí lo sé, sí; los infelices que no tienen dónde recogerse, los pobres enfermos que no pueden lograr el sueño... y los que están ofendiendo á Dios.

CARLOS

En cuya última categoría puede que tengamos nosotros el negro privilegio de contarnos.

Ana María se echa á reír como una tonta.

SOR TERESA

Con un poco de alarma.

¿Eh?

MARIANITO

Sí, hermanita, sí; aquí donde nos ve usted, con esta

cara de buenas personas, somos unos distinguidísimos pecadores.

SOR TERESA

¡Quién no lo es!

Todos los hombres rodean á la monja con entusiasmo peligroso.

CARLOS

Es que nosotros somos pecadores... especialistas.

RAMÓN

Y empedernidos.

MARIANITO

¡Gracías á Dios! ¡Ja, ja, ja!

RAMÓN

¡Pero buenos muchachos!

MARIANITO

¡Eso sí!

CARLOS

¡Y capaces hasta de condenarnos por unos ojos negros *(acercándose)* como esos!

RAMÓN

¿De condenarnos? ¡Hasta de convertirnos!

MARIANITO

¿Quiere usted hacer la prueba conmigo?

CARLOS

¡No, conmigo!

RAMÓN

¡Vaya un mirar retrechero y gitano!

SOR TERESA

Llena de congoja. Va retrocediendo á medida que ellos van acercándose.

¡Jesús me valga! ¡Apártense, dejen, déjenme!

LA BAILADORA

Poniéndose al lado de la monja y apartando á los hombres con ademán resuelto.

¡Quitad, de ahí, estúpidos, idiotas! ¡Largo! ¿No os da vergüenza, pedazos de alcornoque?

CARLOS

¡Hija, no eres tú nadie!

MARIANITO

¡Las manos, quietas!

AMELIA

Acercándose también á la monja.

Tiene razón; ¡sois idiotas del todo!

SOR TERESA

¡Déjenme que salga, que me vaya á la calle!

DOÑA TOMASA

Interviniendo.

¡Eso no, señora! Está usted en mi casa y no le pasa nada; ¡yo respondo!

SOR TERESA

¿Dónde he venido yo á meterme? ¡Cómo iba yo á pensar que ustedes... ustedes...!

ANA MARÍA

Con altivez triste.

Sí, señora, nosotras; ¡qué le vamos á hacer! Tampoco hacía falta que usted lo supiera; pero los hombres son como Dios les ha hecho, y usted es bonita...

SOR TERESA

¡Calle, calle!...

ANA MARÍA

O á ellos se lo parece usted, que candilito nuevo tres días en estaca, ¡y para qué hemos querido más! ¡Pero no tenga usted cuidado de que le lleguen ni al pelo de la ropa, que aquí estamos nosotras!

AMELIA

¡Sí, señora, nosotras!

LA BAILADORA

¡Eso es!

Todas las mujeres rodean á la monja.

EL SEÑOR FORMAL

Muy decidido y caballeresco.

¡Y yo!

SOR TERESA

Muchas gracias, muchas gracias por todo... pero lo mejor será que me vaya.

DOÑA TOMASA

¿Usted sabe cómo están esas calles?

SOR TERESA

Sí, pero...

LA BAILADORA

Lo que dirá ella: peor que aquí...

Todas las mujeres se apartán, tristemente.

SOR TERESA

No es eso, no se ofendan.

CARLOS

Adelantándose, un poco avergonzado

No crea usted tampoco que nosotros somos unos facinerosos, señora. Puede usted estar tranquila... todo ha sido una broma, una chispita de mal gusto... pero nada más... usted perdone.

SOR TERESA

No, si no tengo nada que perdonar... ustedes á mí... tantas gracias por todo... buenas noches.

Va hacia la puerta, sin que ninguno se atreva á detenerla. En el momento en que ella va á salir entran Agustín y Lulú. Ella trae una herida en la frente y viene vendada con un pañuelo: él la sostiene, porque ella apenas puede andar.

AMELIA

¿Qué es eso?

CLARITA

Lulú, Agustín...

DOÑA TOMASA

¡Herida! Cuando yo lo dije...

AGUSTÍN

Vamos, mujer, que ya estamos en casa.

Lulú se desmaya, y al soltarla Agustín va á caer al suelo; pero la monja, que pasa á su lado, la recoge en los brazos. Todas dan un grito, asustadas.

TODAS

¡Ay!

DOÑA TOMASA

Pero ¿qué es ello? ¡Válgame mi madre, qué trastorno!

CLARITA

¡Lulú, Lulú!...

SOR TERESA

Ayudada por Agustín y Carlos consigue reclinar á Lulú en el diván.

No se asusten ustedes, si no es nada, uñ desmayo... con el susto y la sangre de la herida... pobre señora, qué pálida está... pero no se alarmen.

A Amelia que quiere incorporarla.

No la toquen; estando desmayada es peor levantarla.

A Carlos, con autoridad.

¡Acérqueme la luz!

Carlos obedece; ella quita á Lulú el pañuelo con que tiene vendada la herida.

¡Jesús!

LAS MUJERES

¡Ay, sangre!

Todas se asustan.

SOR TERESA

A ver: un poco de agua fría, algodón, vendas.

Doña Tomasa y una de las mujeres salen en busca de lo que ha pedido y vuelven pasado un momento.

Unas tijeras para cortarle el pelo.

CLARITA

Con susto.

¿Cortarle el pelo?

SOR TERESA

Claro, para encontrar la herida.

A Ana María.

Eche en el agua un poco de vinagre.

Ana María va á buscar el vinagre y vuelve. La monjita corta el pelo sobre la herida y la lava con destreza y rapidez.

Vamos, no es nada... con tanta sangre parecía otra cosa... una escalabradura. ¿Fué una piedra, no?

AGUSTÍN

Creo que sí...

SOR TERESA

Ya vuelve... Ni un punto hay que darle... con un poquito de tafetán inglés. ¿No tienen?

MARIANITO

Sacando de la cartera un librito de tafetán.

Sí, señora; sí.

SOR TERESA

Eso es.

Humedece el tafetán y lo pone en la herida.

Ea, ya está todo... ni venda necesita.

LULÚ

Volviendo en s .

¡Ay!... ¿Qué es esto?

SOR TERESA

No es nada, señora.

LULÚ

Mirando con un poco de espanto á la monja.

¿Quién es usted?

SOR TERESA

Nadie, señora... ¿Qué más da?

LULÚ

Pero ¿dónde estamos?

DOÑA TOMASA

Acercándose.

En casa, mujer; ¿dónde vas á estar?

LULÚ

Mirando en derredor.

¡Ah, sois vosotros... ya me acuerdo!... Agustín... ¿qué nos ha pasado?

AGUSTÍN

¡Qué nos ha de pasar! Que te han abierto la cabeza las turbas, como dices tú, y esta señora te ha curado la herida.

LULÚ

Con alarma.

¿La herida? ¿Se me conoce?

SOR TERESA

No, señora, no; cae debajo del pelo... y aunque le hemos cortado un mechón.

Sonriendo.

Pronto crece.

RAMÓN

No te han echado á perder el físico, tranquilízate.

LULÚ

Muchas gracias, señora... ¡Ay, qué susto!... No os podéis figurar qué gritos y qué cara de energúmenos *(exaltándose)*; pero, de todos modos, daba entusiasmo verlos, ¿verdad, tú?, ganas de subirse á cualquier parte y decirles á gritos que tenían razón... porque tienen razón.

A la monja.

¿Verdad, señora?

SOR TERESA

Bajando los ojos.

Dios lo sabe...

LULÚ

Sí, tienen razón; en el mundo no debe haber pobres ni ricos: todos felices *(con exaltcción febril)*, todos iguales... ¿Han pasado ya por aquí? ¿Dónde estarán ahora?

Va á levantarse, pero le faltan fuerzas y se desvanece.

¡Ay, mi cabeza!

DOÑA TOMASA

Lo que tienes que hacer es meterte en la cama y dejarte de discursos ahora...

SOR TERESA

Sí, sì; acuéstenla y denle un calmante... tila con un poco de azahar... está nerviosa...

AMELIA

Vamos, vamos.

ANA MARÍA

Anda, Lulú...

DOÑA TOMASA

A dormir...

Entre doña Tomasa y Amelia la sacan de la habitación; la monja va á seguirlas, pero se detiene y da un grito, porque Ricardito, que anda á gatas por el suelo, intenta morderla.

SOR TERESA

¡Ay, Jesús me valga!...

RICARDITO

¡Ju, ju, ju... sabe á chocolate!

Todos los hombres se echan á reir.

SOR TERESA

¿Qué es esto?

CLARITA

No se asuste usted hermana... es idiota...

SOR TERESA

¿Sí?...

Le mira con compasión.

RICARDITO

¡No soy idiota!

Amenazando á Clarita.

Vuelve á decir que soy idiota...

SOR TERESA

Calmándole.

¡Pobrecillo!... tiene razón. ¿Por qué ha de ser idiota?

RICARDITO

Confidencialmente á la monja.

Ella es una perdida...

SOR TERESA

Con autoridad suave.

¡Silencio!...

RICARDITO

Y una fregona... y le huele muy mal el aliento...

CLARITA

Precipitándose hacia él.

Oye, tú...

SOR TERESA

Interviniendo.

¡Por Dios! ¿Se va á formalizar por lo que diga este infeliz?

A Ricardito.

Calla, calla, que á mí no me gustan los niños deslenguados...

RICARDITO

¡Yo soy un hombre!

SOR TERESA

Claro que sí... y, por lo mismo, tienes que ser bueno y no insultar á nadie...

RICARDITO

Es que ésa no me puede ver á mí...

SOR TERESA

¿Qué te importa? No te vá á querer todo el mundo...

RICARDITO

Sentimental.

Es que á mí no me quiere nadie.

Se echa á llorar como un niño.

SOR TERESA

¡Qué tontería! Te quiero yo...

RICARDITO

¿Me conoces?

Mirándola con asombro.

SOR TERESA

A ti, no; pero en casa tenemos muchos como tú...

RICARDITO

¿En tu casa?

SOR TERESA

Sí, que es muy grande y muy limpia y muy alegre; muchos, y á los que son muy buenos les queremos más, y les damos tantas cosas, ¡si vieras! ¿A tí te gusta el chocolate? Pues tengo yo allí una de bombones... A ver si me queda uno.

Busca en el bolsillo.

Es un caramelo... de piña; mira que suerte tienes... Ya verás mañana, cuando pase todo esto; te llevan á casa y te curas... porque á ti te duele muchas veces la cabeza, ¿verdad?

RICARDITO

Sí...

SOR TERESA

Por eso dices tonterías... Pero allí, ya verás... te curamos y aprendes á ser bueno... y á leer... y á rezar... y un oficio, y luego eres un hombre de provecho y te ganas la vida, ¿qué te parece?

RICARDITO

Chupando el caramelo.

¡Qué rico está!

SOR TERESA

¡Infeliz!... Anda, vete tú también á dormir, que ya es hora...

RICARDITO

¿Y mañana me llevas de veras contigo?

SOR TERESA

De veras... anda...

RICARDITO

Bueno.

Va á salir dócilmente.

SOR TERESA

Pero di buenas noches...

RICARDITO

Buenas noches... ¿Cómo te llamas?

SOR TERESA

Sor Teresa...

RICARDITO

Buenas noches, Sor Teresa...

SOR TERESA

Y la compañía.

RICARDITO

Y la compañía...

SOR TERESA

Vete ya.

Ricardito sale

AGUSTÍN

Le ha domesticado usted, hermana...

SOR TERESA

¡Pobrecillo! ¿Está así desde siempre?

DOÑA TOMASA

Entrando apurada.

¡Ay, mi madre... esa mujer se ha vuelto loca! Yo no sé si delira ó qué; pero se quiere tirar de la cama y dice no sé cuántas barbaridades. Ya podíais ir á buscar un médico...

MARIANITO

¡Buenas están las calles!

RAMÓN

Ahorita mismo...

DOÑA TOMASA

Es que yo no me paso la noche con ella; mete miedo...

MARIANITO

Tendrá calentura...

Se ríe bestialmente

DOÑA TOMASA

No sé lo que tiene; el demonio en el cuerpo... Allí, entre las dos chicas y Amelia, no hay quien la sujete...

SOR TERESA

Será fiebre nerviosa... Si usted me da licencia iré á ver...

DOÑA TOMASA

¿Usted entiende de enfermos?

SOR TERESA

No mucho; pero algunas veces, en casa, servidora está de guardia en la enfermería.

DOÑA TOMASA

¡Ay, señora, Dios se lo pague á usted! Sí que ha caído usted del cielo. Bien dicen que no hay mal que por bien no venga... Vamos allá.

SOR TERESA

Buenas noches, señores, que ustedes descansen.

Todos se inclinan y la dejan pasar.

CLARITA

¡Anda la monja, pues no sabe cosas que digamos!

CARLOS

Y es valiente la indina...

RAMÓN

¡Digo, con esa cara de mosquita muerta!

AGUSTÍN

De mosquita muerta, pero guapa de veras...

CARLOS

¡Cuando baja los ojos se queda uno tarumba!

MARIANITO

Chicas, yo creí de verdad que no se iban monjas más que las feas; pero va á ser cosa de asaltar un convento...

Vuelven á entrar Amelia y doña Tomasa.

TODOS

¿Qué, qué hay?

DOÑA TOMASA

Hijos, tiene manos de santo; yo no sé qué le ha hecho: pero ello es que la otra se ha callado de pronto y se ha quedado quieta. Ahora no hace más que suspirar... Le ha dado á beber un potingue, se ha sentado á la cabecera de la cama, ha sacado su libro de rezos, y dice que se va á pasar la noche velándola.

LA BAILADORA

Impetuosamente.

Pues yo me voy con ella.

Sale.

RAMÓN

Chiquilla, ¿dónde vas?

ANA MARÍA

Tiene razón; yo también...

AMELIA

Y yo.

RAMÓN

Pero, niñas, niñas, niñas. ¿Es que nos vais á dejar en cuadro?

ANA MARÍA

A ver...

AGUSTÍN

Considerad que si os consagráis todas al altruismo, este amigo, que viene aquí por vez primera *(por el señor formal)*, se va á llevar una desilusión.

EL SEÑOR FORMAL

Muy grave.

No, por cierto; celebro ver que hasta en las clases que se suelen considerar como degradadas, ¡ustedes perdonen, que no lo digo por ofender!, quedan sentimientos humanitarios. ¡Hay espectáculos que refrescan el alma! Felicito á ustedes, señoritas, por su solicitud para con su... compañera.

A doña Tomasa.

Señora, he tenido tantísimo gusto en conocer á usted... Buenas noches...

DOÑA TOMASA

Un poco espantada y dudando entre tomarlo en serio ó echarse á reir.

El gusto es mío... pero ¿volverá usted?

EL SEÑOR FORMAL

Sí, señora; cualquier noche de éstas.

MARIANITO

Pero ¿y ese champagne?

EL SEÑOR FORMAL

Cualquier noche de éstas. Hasta la vista.

Sale.

ANA MARÍA

¡Buenas noches, hijos de mi alma!

AMELIA

Y hasta mañana, si Dios quiere.

RAMÓN

Pero ¿es en serio?

AMELIA

En serio. Dormid bien.

ANA MARÍA

Y que no os hagan pupa las bombas.

Salen las dos.

CLARITA

Sin levantarse del diván, donde lleva buen rato tumbada.

Chicos, están chifladas, pero tienen razón. Marcharse.

AGUSTÍN

¿Tu quoque?

CLARITA

A mí me da lo mismo; pero ¿qué queréis que os diga? Sí que parece mal eso de tener una monja en casa, y... vamos... Nada, que no está bien. Y luego, que cualquiera responde de vosotros en cuanto tenéis la tajada en el cuerpo. Capaces sois de sentiros también enfermeros y querer ayudar á la hermana.

Con un asombro de energía.

¡Y eso sí que no!

AGUSTÍN

¡Ay, amor, estás desconocida! ¿Todo ese discurso se te ha ocurrido á tí solita? Por lo visto, hoy es noche de elocuencia.

CLARITA

Hoy es noche de dormir.

Da media vuelta en el diván y se queda cara á la pared.

CARLOS

Pero, doña Tomasa, ¿usted consiente que estos ángeles se declaren en huelga?

DOÑA TOMASA

Hijo, hoy andan sueltos los socialistas, ¡qué le vamos á hacer! Mañana será otro día.

CARLOS

Pues hasta mañana.

MARIANITO

Conformarse, amigos.

AGUSTÍN

Mis respetos á la hermana Teresa.

RAMÓN

A Clarita, que no responde.

¡Adiós, prenda!

DOÑA TOMASA

Andando, andando, que no me gusta gastar luz en balde.

Salen todos, y doña Tomasa inmediatamente apaga todas las luces, menos una. Acercándose al diván.

Anda ésta, ya se ha dormido.

Sacudiéndola.

¡A la cama! ¡Sí, sí, cualquiera la despierta! ¡Qué bruta eres, hija!

Se acerca á la puerta del fondo y escucha.

¿Eh?

Se oyen voces de mujeres que rezan.

¡Pues no están ésas rezando el rosario con la monja!... ¡Pobrecillas!

Con convicción profunda.

Es lo que yo digo. Una puede llegar á ser lo que sea, pero tiene una su religión, porque es una mujer, y se ha

criado una como Dios manda y no estos sinvergüenzas de hombres, que no tiene el diablo por dónde desecharlos.

Se santigua devotamente y entra por la puerta del fondo.

TELON

